

***Primera parte:
Lucha y militancia***





Las “mujeres políticas” y las feministas en los tempranos setenta: ¿Un diálogo (im)posible?

Karin Grammático

La militancia de los años sesenta y setenta ha dado lugar a un singular recorrido político posterior que ha trocado la participación de las mujeres en ese ámbito en un compromiso político con el feminismo. Desentrañar la historia de este devenir tiene importantes implicancias no solamente para evaluar dicha participación durante aquellas turbulentas décadas, sino también porque resulta necesario para reconstruir y comprender la historia del movimiento de mujeres y del movimiento feminista de la Argentina.

En testimonios brindados por mujeres militantes de diversas agrupaciones políticas, se puede identificar una serie de momentos significativos en ese derrotero: el malestar por el rol secundario que cumplían en sus organizaciones; la manifestación de ciertas inquietudes en torno a lo que la época podría denominar “la problemática de la mujer” y a su vez, el rechazo a cualquier tipo de cuestionamiento de raigambre feminista por considerarlo expresión de una conciencia burguesa y pro imperialista; y finalmente, el acercamiento al feminismo que se dio, en la mayoría de los casos, en condiciones de exilio. A partir de la observación de este trayecto político, son numerosos los interrogantes que se abren para el análisis y la reflexión históricas. Algunos de ellos son: las condiciones que hicieron posible aquel pasaje, la influencia de las experiencias políticas previas en el devenir feminista de estas mujeres, el exilio como contexto en que se produce un primer acercamiento comprometido con el feminismo y la situación

del movimiento feminista argentino en los años setenta.

El presente trabajo intenta contribuir a la comprensión de este recorrido político interrogando por uno de sus aspectos: el de sus orígenes a partir de los diálogos que pudieron haber existido entre las militantes políticas y las feministas en los primeros años de la década del setenta.

Uno. Entre 1970 y 1975, se constituyeron diversas asociaciones feministas en la Argentina.¹ Al calor de una intensa movilización política, grupos de mujeres decidieron luchar contra la opresión y la discriminación que sentían en sus múltiples manifestaciones. En 1970, Nelly Bugallo, Leonor Calvera, María Luisa Bemberg y Gabriella Roncoroni de Christeller, entre otras, fundaron la Unión Feminista Argentina (UFA). Al impulso pionero de la UFA, se sumaron el Movimiento de Liberación Femenina (MLF), liderado por María Elena Oddone, en 1972, y dos años más tarde, el Movimiento Feminista Popular (MOFEP), agrupación parida en el seno del Frente de Izquierda Popular (FIP) y la Asociación para la Liberación de la Mujer Argentina (ALMA), fundada por antiguas integrantes de la UFA y del MLF. En 1975, con motivo de la *Declaración del Año Internacional de la Mujer* por las Naciones Unidas, estos grupos (con excepción del MOFEP) más la Agrupación de Mujeres Socialistas (AMS) convergieron en el Frente de Lucha por la Mujer (FLM), que, a pesar de su corta vida, llevó adelante un interesante programa de propuestas y actividades.²

El surgimiento y la presencia de estas organizaciones feministas se inscriben en la intensa actividad política y la movilización social que caracterizaba al país por aquellos años. Y a la vez, no hay que perder de vista el contexto internacional. Estos grupos locales se constituyeron en momentos en que el Movimiento de Liberación de la Mujer desarrollaba, en varios puntos del planeta, una aguerida lucha por los derechos de las mujeres. Es importante insistir sobre estos aspectos porque la historiografía argentina se ha mostrado resistente a incluir la experiencia política del feminismo de los años sesenta y setenta entre las distintas manifestaciones contestatarias del período.³

Dos. Una de las características que definió al movimiento feminista de principios de los setenta fue el ejercicio de la doble militancia (política y feminista a la vez) practicado por varias de sus adherentes. Si bien esto pudo ser evaluado por algunas feministas como una forma de “entrismo” de las organizaciones políticas de izquierda, lo cierto es que muchas de las “dobles” militantes terminaron optando por el feminismo.

La militancia paralela generaba, en quienes la practicaban, tensiones tanto a nivel personal como dentro de los grupos feministas. En el primer caso, se presentaban bajo la forma de un conflicto de lealtades entre su partido y la agrupación feminista a la que pertenecía. En el segundo, en controversias con las feministas “puras”.

Marcela Nari señala que el problema de la doble militancia se planteó de manera explícita después de 1973, “acorde al clima general de politización y radicalización que vivía el país”.⁴ 1973 fue un año crucial para el feminismo porque colocó a las “dobles” militantes en una encrucijada definida por el fin de la dictadura militar y el llamado a elecciones en el mes marzo.⁵ Para muchas de ellas, la nueva coyuntura política que se abría entonces, las obligaba a tomar una decisión: continuar con su experiencia feminista o ponerla entre paréntesis y volcarse de lleno a las demandas y necesidades de sus respectivos partidos. Las tensiones derivaron en crisis, como la que sufrió la UFA en septiembre del 73. Las desavenencias fueron tales, en el seno de esta agrupación, que un número muy importante de mujeres abandonó sus filas y quienes resolvieron quedarse, muy pocas, optaron por clausurar el ingreso de nuevas activistas y dedicarse “al trabajo interno, sin proyección al exterior. Estudiábamos y discutíamos mucho...”.⁶

Sin embargo, la crisis de la UFA se anunció un año antes, en el malogrado plenario del 22 de agosto. “...Luego de que algunas mujeres pertenecientes a organizaciones políticas se acercaran a la UFA para considerar su incorporación al movimiento feminista [...] se organizó una sesión plenaria para discutir estrategias feministas y objetivos generales”.⁷ Era 22 de agosto de 1972 y la reunión ya había

comenzado cuando se conoció la noticia de los fusilamientos de presos políticos en el sur de país.⁸ Un fuerte debate se produjo en torno a qué acción debían realizar: si continuar con el temario ya establecido o planear posibles acciones de repudio a la represión del gobierno. Las discusiones naufragaron y el plenario fracasó. Las “mujeres políticas” y algunas feministas se retiraron de la reunión disgustadas por como algunas compañeras habían minimizado el trágico suceso. A pesar de este desenlace, la experiencia del plenario nos permite inferir que los contactos entre “políticas” y feministas, además de existir, fueron lo suficientemente importantes como para organizar una actividad conjunta que sellaría la incorporación de las primeras al feminismo, además de fijar estrategias conjuntas de acción. Por otro lado, el fracaso de esta actividad indicaría el inicio de la crisis que concluiría con la fractura en 1973.

La doble militancia, que pudo haber funcionado como una instancia enriquecedora, tanto para el ámbito político como para el feminista, en tanto espacio de intercambio de ideas, marcó un límite en el desarrollo del movimiento feminista argentino. Tal como sostiene Alejandra Vassallo:

“La facilidad con la que el grupo de las ‘políticas’ entró a la UFA da testimonio de la proclamada política de no discriminación, aunque resulta difícil evaluar si la UFA como colectivo realmente se dio a la tarea de resolver de qué forma serían concretadas las políticas de integración, horizontalidad y no liderazgo. No se ha podido rastrear ninguna evidencia de que la UFA reflexionara de forma colectiva sobre los problemas (en la práctica política) que conllevarían esta heterogeneidad; lo que implica pensar en la construcción del movimiento como un aspecto específico y clave de la teoría y la praxis feministas.”⁹

Sin embargo, la cuestión de la doble militancia y sus derivaciones, están en estrecha relación con otra, anterior, a nuestro entender, que es la defensa de los principios de horizontalidad y no liderazgo. Tempranamente, la feminista Jo Freeman alertaba sobre los riesgos

de la falta de *estructura* en el Movimiento de Liberación de la Mujer.¹⁰ En su opinión, la conformación de grupos sin *liderazgo y estructura* resultó la principal, si no la única, forma organizativa en los primeros años de conformación del movimiento, pero esta comenzó a manifestarse agotada “cuando los pequeños grupos de concienciación agotaron las virtudes de la concienciación y decidieron que querían hacer algo más concreto”. Para Freeman:

“La noción de grupo sin estructura se convierte en una cortina de humo que favorece a los fuertes o a aquellas personas que pueden establecer su hegemonía incuestionable sobre los demás. Esta forma de hegemonía puede establecerse muy fácilmente porque la noción de falta de estructura no impide la creación de estructuras informales; solo lo impide las formales. [...] En la medida en que la estructura del grupo es informal, las normas de cómo se toman decisiones son solo conocidas por unas pocas, y la conciencia de que existe una relación de poder se limita a aquellas que conocen las normas. Aquellas que no las conocen, o no han sido seleccionadas para su iniciación permanecerán en la confusión o sufrirán la paranoica impresión de que ocurre algo de lo que no tienen plena conciencia.”¹¹

Si bien estas reflexiones han sido elaboradas al calor de la experiencia de los feminismos en los países centrales, son válidas, además de estimulantes, para pensar el caso argentino.

Los efectos nocivos que pudo provocar la falta de estructura para la construcción de un movimiento político feminista de largo aliento, la ausencia –como señala Vassallo– de un debate serio en torno a cómo trabajar políticamente a partir de la heterogeneidad que planteaba la doble militancia y la aparente despreocupación por la cuestión generacional (en referencia a la formación de las nuevas camadas) son algunos de los elementos que permitirían entender por qué las agrupaciones feministas de los setenta.

“[N]o fueron capaces de construir un movimiento de largo plazo que incluyera la transformación de la conciencia personal y

grupales en un programa de acción feminista, la creación de espacios inclusivos desde los cuales construir el *empoderamiento* de las mujeres y relacionarse con otros actores sociales, y la producción y transmisión de conocimientos y experiencias para las generaciones siguientes.”¹²

Por otro lado, es importante reparar en el repliegue político de la UFA luego de su fractura en 1973, como otro de los aspectos a tener en cuenta a la hora de pensar las peculiaridades del feminismo argentino y sus conflictos.

Tres. La doble militancia no fue la única experiencia que permitió vincular a las feministas con las “políticas”. Otro tipo de relaciones, a un nivel más institucional, si se quiere, tuvieron lugar en aquellos años. Un ejemplo de ello, han sido los lazos tendidos entre las mujeres del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y el movimiento feminista, en especial con la UFA quien prohijó, durante algún tiempo, a *Muchacha*, un grupo de jóvenes mujeres militantes del PST.¹³ Esos lazos se tradujeron en acciones conjuntas como el recibimiento de la feminista norteamericana y dirigente del Partido Socialista de los Trabajadores, Linda Jenness, en 1972, y la participación “en la tarea de construir el Frente de Lucha por la Mujer en ocasión del *Año Internacional de la Mujer*”.¹⁴ Las militantes del PST consiguieron incorporar algunas de las demandas feministas en el ideario del partido y en sus publicaciones sindicales y políticas se “han destinado en forma permanente parte de las páginas al tema de la opresión de la mujer”. Lograron, además, la edición de la revista *La liberación de la mujer* y del libro *Los problemas de la liberación de la mujer* de Evelyn Reed.

Para las mujeres del PST esta doble inscripción política y feminista no pareció generar un conflicto de lealtades. Ellas resolvieron la cuestión aceptándola:

“Sabemos que así como tenemos en común una base: el reconocimiento de la necesidad de participar de la lucha y la

organización de las mujeres por ser el sector oprimido más numeroso de la sociedad por cumplir una función clara en el mantenimiento del sistema, compartimos la validez del feminismo pero también tenemos cosas que nos separan. Nosotras opinamos que la opresión de la mujer tiene sus raíces en la sociedad de clases y que por lo tanto es una condición necesaria para la liberación de todas las mujeres, la liberación de la sociedad toda por la única clase revolucionaria de nuestra historia: la clase obrera. Por eso hemos elegido el camino de la lucha política, porque somos feministas pero también socialistas. Para poder llevar a la práctica estas ideas no hay otra herramienta para nosotras que la construcción de un partido político, revolucionario, que dé respuesta al conjunto de los sectores oprimidos.”¹⁵

Otro ejemplo es el caso del Movimiento Feminista Popular (MOFEP). A comienzos de 1974, un grupo de militantes mujeres del Frente de Izquierda Popular (FIP) comenzó a realizar reuniones para conversar sobre su situación en el partido en tanto mujeres.¹⁶ Los encuentros prosperaron y decidieron plantear el asunto a la dirección del partido. A pedido de ésta, las mujeres elaboraron un documento que resultó aprobado con entusiasmo por la conducción, tal es así que se resolvió incorporar las banderas del feminismo al programa del partido.

A diferencia de las militantes del PST, estas inquietas mujeres del FIP terminaron por abandonar el partido. A mediados de 1974, ya habían formado el MOFEP. Es interesante citar el testimonio que María Amelia Reynoso le brindó a Inés Cano: “Al poco tiempo advertimos que la partícula popular del nombre elegido parecía restringir su convocatoria a mujeres de determinado sector. Pero nosotras habíamos llegado a la conclusión de que la opresión femenina abarcaba a todos los sectores sociales”.¹⁷ Al advertir sobre las tensiones entre clase y género se prefiguraba la futura ruptura. La cuestión del nombre finalmente se resolvió con la adopción de una nueva denominación. En 1975 pasó a llamarse Centro de Estudios Sociales de la Mujer Argentina (CESMA).

Las dificultades que obstaculizaron la convivencia dentro del partido se debieron, según la apreciación de Reynoso, a la manera de actuar y funcionar del grupo basado en el principio feminista de no jerarquías. También ciertas medidas del partido ayudaron a la ruptura.

“...El partido, sin malas intenciones, pero con una actitud netamente paternalista impulsó a varias compañeras feministas a ocupar puestos directivos. Una de ellas incluso llegó a la máxima jerarquía: la Mesa Nacional. De esta manera, el grupo perdía compañeras pero el partido no ganaba feministas. ¿Por qué? Porque para poder avanzar en el feminismo nosotras necesitamos nutrirnos y fortalecernos ideológicamente en el propio núcleo. La compañera que pasaba a integrar los núcleos directivos quedaba aislada de su fuente. Rápidamente se desestabilizaba y pronto recuperaba los mecanismos tradicionales, especialmente los manejos ‘burocráticos’. Por esta razón el partido tampoco ganaba una feminista.”

Finalmente, en 1976, gran parte del grupo fundador del CESMA se alejó del partido, aunque “siguió funcionando con compañeras que consideraban posible una doble militancia.”¹⁸

Cuatro. En 1973, el PRT-ERP y Montoneros decidieron crear sendos frentes de masas de mujeres: el Frente de Mujeres y la Agrupación Evita (AE) respectivamente. No podemos considerar la constitución de estos frentes como el resultado de una reflexión genérica realizada por las conducciones políticas. Menos aún por una influencia feminista.¹⁹ Las organizaciones políticas de izquierda, en general, se han mostrado reacias a aceptar cualquier planteo por fuera del binomio interpretativo “liberación o dependencia”. Aún así, la presencia de estos frentes resulta significativa para nuestros intereses planteados al comienzo del presente trabajo.

En el caso del PRT-ERP, Pablo Pozzi señala que la creación de un frente de masas destinado al trabajo político con mujeres se debió al

incremento de militantes femeninas a partir de 1970 y que llegó a un 40% en 1975.²⁰ Un número significativo, sin duda, pero que no se vio reflejado en la composición de las dirigencias mayores del partido.²¹ En abril de 1973, el Buró Político informó la creación de un frente de masas dedicado a la mujer. Estaría presente en todas las regionales y sus respectivos responsables contarían con la ayuda de equipos partidarios para el desarrollo de sus actividades. Anunció, además, la edición del folleto *El ERP a las mujeres argentinas*. Sin embargo, en 1974, ninguna de estas propuestas se había concretado. Fue la insistencia de un grupo de militantes mujeres la que obligó a la constitución formal del Frente de Mujeres.

En esta nueva etapa, el papel del Frente parecería estar mejor delineado: "El Frente de Mujeres es distinto de cualquier organismo político precisamente porque su misión es incorporar a este sector popular[se refiere a las mujeres]".²² Funcionaría solamente en dos regionales, a la manera de experiencia piloto "para que de ahí pudiese surgir una línea política que la organización pudiera implementar sobre el tema mujer".²³ Según Pozzi, este segundo intento introdujo importantes modificaciones respecto de su antecesor. En un documento elaborado en el mes de julio, se evidencia, por primera vez, "que se dejaba de lado toda referencia a la familia, los hijos y la maternidad, para considerar a la mujer argentina como una parte fundamental de la revolución en un pie de igualdad con el hombre".²⁴ Además, el Frente dio a conocer una serie de orientaciones para la propia organización y la mujer en general. Para la primera sugería la realización de "reuniones periódicas generales [...] para que las compañeras partidarias y allegadas al Partido expresen de conjunto sus inquietudes, sugerencias, iniciativas". Para la segunda, planteaba la conformación de agrupaciones que "partan de las necesidades y preocupaciones más sentidas por las mujeres".²⁵

Para esta segunda versión, la suerte no fue muy distinta que la de su antecesora. Todo indicaría que, en 1975, el proyecto del Frente había sido abandonado.²⁶

Aunque somero y provisorio, este relato de la historia trunca del

Frente de Mujeres perretista nos permite reflexionar sobre algunos aspectos. En primer lugar, es importante destacar la presencia femenina en términos numéricos porque es indicadora de un cambio cualitativo que da cuenta de un avance de las mujeres en territorios hasta ese momento poco explorados por ellas y escamoteados socialmente. En segundo lugar, se refuerza la pregunta acerca de las razones y los objetivos que perseguía el Buró Político con la creación del Frente. Es claro el desinterés que el partido demostró por Frente en toda su historia. ¿Por qué hacerlo, entonces? ¿Una respuesta a la formación de la montonera Agrupación Evita? ¿La presión de las militantes? Esto último nos lleva a la tercera cuestión para pensar. Evidentemente, las demandas de un grupo de mujeres perretistas jugaron un rol de peso en el relanzamiento en 1974, sin embargo debemos preguntar por qué el impulso no fue lo suficientemente fuerte para que el Frente prosperase en el largo plazo.

La Agrupación Evita se formó a mediados de 1973. La conducción de Montoneros, a instancias de la nueva coyuntura política que planteaba el triunfo del peronismo en las elecciones de 1973, se dispuso a reorientar su estrategia.²⁷ El abandono de la lucha armada dio lugar a la conformación de un conjunto de frentes de masas a través de los cuales Montoneros buscaba profundizar el trabajo político con los sectores populares. La presencia y labor de estos frentes se enmarcaban en un objetivo mayor: desbancar a la ortodoxia peronista para de ese modo asegurarse el control del movimiento.

Para Montoneros era vital desarticular y/o intervenir aquellos espacios donde la derecha –el enemigo a combatir– conservara algún poder, real o simbólico. En esos momentos, el sector femenino del peronismo era conducido por Silvana Rota, aliada de los burócratas sindicales y miembro del Consejo Superior Provisorio del Movimiento Peronista. Si el vigor político de la Rama Femenina era escaso y no parecían zanjarse en su seno cuestiones decisivas, Montoneros reconocía el lugar que esta y su fundadora, Eva Perón, ocupaban en el imaginario peronista. Es por ello que decidió crear su propia línea política propia dentro de la Rama: la Agrupación Evita.

La trayectoria de la AE, aunque breve, fue muy intensa. Intervino básicamente en ámbitos vinculados a la niñez y la familia. Desplegó una variada gama de actividades que incluyó la organización de campamentos infantiles, la limpieza y canalización de zanjones en los barrios, la reparación de escuelas, charlas sobre educación femenina e infantil, difusión de materiales políticos (en especial cintas y audios de Eva Perón). Emprendió labores conjuntas con cooperadoras escolares y municipios, dictó cursos de alfabetización de adultos, organizó colonias de vacaciones y produjo festivales en los barrios en celebraciones como el Día de la Madre o el Día del Niño. También se hizo presente en las campañas contra el desabastecimiento y en algunos conflictos salariales. Estas acciones estaban en consonancia con la clásica interpelación política que el peronismo hizo a las mujeres a partir de su rol de madres y esposas y que Montoneros retomó en iguales términos. Pero aún así, la AE resultó un espacio transformador para muchas mujeres que participaron en él. Porque les permitió cuestionar sus propias realidades, consideradas hasta entonces monolíticas e inamovibles. Este aspecto transformador de la AE lo analizaremos en el siguiente punto.

La suerte política de la AE estuvo asociada a la de Montoneros. La estrategia montonera para el período que se iniciaba en 1973 mostró rápidamente sus límites. Las relaciones con Perón se fueron tensando con el paso del tiempo a la par que este corría su apuesta política hacia la derecha. Los endebles vínculos se quebraron definitivamente el 1° de Mayo de 1974 cuando Montoneros y sus organizaciones de masas abandonaron la Plaza de Mayo luego de un enfrentamiento verbal con el líder. Tras la muerte de Perón, ocurrida dos meses después, Montoneros decidió desandar el camino iniciado con el triunfo de Cámpora. El 6 de septiembre de 1974, en una conferencia de prensa secreta, Mario Firmenich, jefe máximo de la organización daba a conocer la determinación de Montoneros: “volver a la resistencia” o, lo que es lo mismo, retornar a la clandestinidad y a la lucha armada. Así, las organizaciones de masas quedaron desguarnecidas y a merced de la extrema derecha reunida

en la Asociación Anticomunista Argentina (Triple A) liderada por José López Rega. En este contexto, la AE se diluyó.

Cinco. Existen interesantes similitudes entre las agrupaciones feministas y las organizaciones políticas de los setenta. Nos interesa remarcar el valor político que la reunión y la conversación tuvieron para ambas. Tanto la práctica grupal de la *concienciación* feminista como los encuentros políticos de mujeres encontraron en la conversación un poderoso instrumento para la “reflexión genérica”.²⁸ Analizaremos esta cuestión tomando como ejemplos las experiencias de la UFA (y sus grupos de concienciación) y de la AE (y sus “reuniones políticas” con las mujeres de los sectores populares, que se acercaban a las unidades básicas). Tanto en una como en la otra, el diálogo y la escucha resultaron elementos fundamentales para que las mujeres comenzaran a cuestionar(se) sobre sus roles y lugares.

La concienciación –uno de los mayores logros de la práctica feminista durante los años setenta– se proponía encontrar una “raíz común” a determinados temas o problemas que involucraban directamente a las mujeres, y de ese modo, poder dar cuenta del “subyacente social de la problemática individual”. Organizadas en grupos de entre seis y ocho integrantes, las mujeres se reunían para relatar sus experiencias personales acerca de diferentes temáticas propuestas por la coordinadora del grupo, función esta última que era asumida de manera rotativa por cada una de las participantes. Las materias a discutir giraban en torno a la maternidad, los celos, la sexualidad, la simulación, la dependencia económica, la inseguridad, etcétera. A partir de los relatos, la responsable de la coordinación se sumía en la tarea de buscar aquel elemento común que los unía.

Una de las situaciones más llamativas que se planteaban en los grupos de concienciación era la utilización de una frase que todas las participantes solían pronunciar al iniciar sus respectivos relatos: “El mío es un caso muy particular”. La sorpresa sobrevinía cuando la supuesta particularidad se disolvía en los relatos de las compañeras. Con la concienciación, se sintieron menos solas y con más herramientas

para comprender(se) en sus situaciones personales.

Si para las participantes de la concienciación, el poder decir y escuchar los relatos del “el mío es un caso muy particular”, les permitió entender hasta qué punto lo personal es político. Para las mujeres de la AE, el descubrimiento fue saber que “esto a mí sola no me pasa”.

Tal como se señaló en un trabajo anterior, las unidades básicas se convirtieron en centros de reunión donde las mujeres podían discutir “sus problemas”: el “sentirse menos que los hombres” o que “sin un hombre al lado una es menos”, por ejemplo. Lejos de las miradas escrutadoras de los varones sentían que podían hablar abiertamente de todo lo que les interesaba: cuestiones políticas, pero también cuestiones cotidianas y personales. Para las mujeres era muy liberador saber que “a mí sola esto no me pasa”. De hecho exigieron la intervención de sus dirigentes en situaciones que no eran consideradas parte del trabajo político de la agrupación, como evitar que el marido ingrese a la casa familiar con “su otra mujer” o que deje de pegarle o gritarle.

“Así la AE, a pesar de estar subordinada a los objetivos de una estructura mayor como Montoneros y sometida a sus continuas injerencias, cuya propuesta política estaba igualmente condicionada y donde las mujeres eran interpeladas en tanto esposas y madres, posibilitó un aprendizaje personal/político que llevó a muchas de sus participantes (incluidas las dirigentes) a revisar las relaciones con sus compañeros varones (de militancia y/o de vida) y cuestionar el lugar de subordinación en el que se encontraban.”²⁹

Como se dijo al comienzo, la experiencia militante de los años sesenta y setenta dio lugar a un singular recorrido político posterior que involucró particularmente a las mujeres. Para un número considerable de mujeres militantes de aquellos años, su compromiso político fue deslizándose con los años y no sin desgarramientos, hacia otro, de diferente cuño, que las hizo interesarse por la situación de las mujeres y desde allí, acercarse al proyecto feminista. Si bien para

algunas de ellas, un cierto cuestionamiento de género se inició durante el período de militancia política, se mantuvo en estado larvado; para otras, ese espacio de crítica y reflexión coincidiría con la especial condición de exilio. No es el objetivo tratar este tema aquí, pero sí es importante decir que una de las preguntas que han sostenido este trabajo, aun cuando no se la haya respondido explícitamente, es: ¿por qué el interés político por la situación de las mujeres y/o el compromiso con el feminismo para las militantes de los sesenta y setenta se produjo en el exilio y no en Argentina?³⁰

Por el interés en historizar este devenir político, es que resulta pertinente indagar sobre los posibles vínculos entre las “mujeres políticas” y el movimiento feminista argentino durante los primeros años de la década del setenta.

Las relaciones entre las feministas y las “políticas” asumieron diversas formas: la doble militancia, la adhesión de agrupaciones políticas a colectivos feministas (como la de *Muchacha* a la UFA), la parición de grupos feministas dentro de los partidos políticos (como el caso del MOFEP/CESMA-FIP). Cada una de estas experiencias, con sus particularidades y limitaciones, dan cuenta del intercambio que existía entre los ámbitos político y feminista. Las características que asumieron esas relaciones, por un lado, dejan entrever la dificultad de los grupos feministas para sostener un proyecto político de largo plazo; y por otro, las limitaciones, la resistencia, el rechazo o la negación de las organizaciones de izquierda para pensar la discriminación hacia las mujeres, aun y sobre todo, dentro de sus propias filas.

Notas

¹ Para leer más acerca de la historia del feminismo en la Argentina contemporánea: Cano, Inés, “El movimiento feminista argentino en la década del 70” en: *Todo es Historia*, N°183, agosto de 1982; *Travesías 5. Temas de debate feminista contemporáneo*, Año 4, N°5, octubre de 1996; Calvera, Leonor, *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990;

Nari, Marcela, "Abrir los ojos, abrir la cabeza: el feminismo en la Argentina de los años 70" en: *Feminaria*, Año IX, N° 17/18, noviembre de 1996; Oddone, María Elena, *La pasión por la libertad. Memorias de una feminista*, Asunción, Colihue-Mimbipá, 2001; Alejandra Vassallo, "A Feminist Movement in the 70s?: Issues of Periodization and Politics in Argentina from a Comparative Perspective" (mimeo) en: *12 Berkshire Conference on the History of Women*, University of Connecticut at Storrs, EE.UU., junio 6-9 de 2002 [traducción a cargo de su autora], Gil Lozano, Fernanda, "Surgimiento de prácticas propias. Experiencias de la Segunda Ola en Argentina y Uruguay (1960-2000)", en: *Historia de las mujeres en España y América*, t. IV, Cátedra (en prensa).

² Las Naciones Unidas declaró a 1975, *Año Internacional de la Mujer* y organizó como principal actividad para la observancia del Año, una Conferencia Mundial de la Mujer en la ciudad de México, entre el 19 de junio y el 2 de julio de ese año. En la Argentina, la declaración del Año... funcionó como aglutinante para la diáspora feminista. El FLM impulsó un programa de once puntos, entre los que se destacaban: remuneración para el trabajo hogareño, potestad y tenencia compartida por madre y padre, aborto legal y gratuito, divorcio absoluto a petición de una de las partes. Sobre el Año..., la Conferencia Mundial de México y su recepción en la Argentina: Grammático, Karin, "El Año Internacional de la Mujer y su Conferencia Mundial: México, 1975. Apuntes para pensar las relaciones entre las Naciones Unidas, el movimiento de mujeres y feministas y los Estados latinoamericanos", III Jornadas Nacionales "Espacio, memoria e identidad", Universidad de Rosario-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, Rosario. 22, 23 y 24 de septiembre de 2004.

³ Durante los años sesenta y setenta, el mundo contemporáneo asistió a la parición de un movimiento social y político protagonizado por mujeres. Conocido con el nombre de "Movimiento de Liberación de la Mujer", quienes a él se plegaron iniciaron múltiples acciones en pos de alcanzar la igualdad entre varones y mujeres. De carácter

internacional, se desarrolló con especial dinamismo en países como Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos. Algunos de los logros obtenidos fueron: en Gran Bretaña, la legalización del aborto (1967) y la sanción de la Equal Pay Act (1975) que estableció la igualdad absoluta entre ambos sexos; en Francia, la aprobación de una ley de aborto (1974); en Italia, la ley de divorcio (aprobada en 1970 y confirmada con un referéndum en 1974) y la legalización del aborto (acontecida en 1978 y confirmada en el referéndum de 1981); en Estados Unidos, la aprobación de la Enmienda Constitucional sobre la Igualdad de Derechos (1972).

Si bien no es el objetivo de este trabajo analizar la pertinencia (o no) de inscribir la experiencia argentina dentro del feminismo de la llamada *Segunda Ola*, como tampoco realizar ejercicios comparativos entre ambos, sí queremos destacar que las feministas argentinas tuvieron acceso a los materiales que en esa misma época elaboraron colectivos feministas de otros países comprometidos con el Movimiento de Liberación de la Mujer. Entre ellos, el italiano Rivolta Femminile o los norteamericanos Women's Liberation Basement Press Collective, New York Radical Feminists, Redstockings, etcétera. [Vassallo, Alejandra, Op. cit.]

⁴ Nari, Marcela, Op. cit., p. 17.

⁵ El 28 de junio de 1966, un golpe de Estado –encabezado por el general Juan Carlos Onganía- derrocó al presidente constitucional, Arturo H. Illia. A partir de la intervención militar “autodenominada” Revolución Argentina se sucedieron tres administraciones castrenses. Las encabezaron Juan Carlos Onganía (1966-1970), Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) y Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973), respectivamente. Hacia fines de 1972, el gobierno militar de Lanusse anunció el llamado a elecciones nacionales, fijándose su realización el 11 de marzo de 1973. El peronismo –tras dieciocho años de proscripción- pudo presentarse a la contienda electoral. Su líder, Juan D. Perón, al verse impedido de participar en ella como candidato (por no cumplir el mínimo de años de residencia en el país requeridos para la postulación) designó a Héctor J. Cámpora y a Vicente Solano Lima,

candidatos a presidente y vicepresidente, respectivamente, del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). Los resultados fueron favorables al FREJULI que se impuso con el 49,56% de los votos, seguido por el radicalismo que obtuvo el 21,29%. Ante la contundencia de los números, la Unión Cívica Radical se abstuvo de presentarse a una segunda vuelta. La fórmula Cámpora-Solano Lima asumió la Primera Magistratura el 25 de mayo de ese año.

⁶ Trabajo inédito de Sara Torres *La segunda ola del feminismo y el feminismo en la Argentina*

⁷ Vassallo, Alejandra, Op. cit.

⁸ El 15 de agosto de 1972 se fugaron veinticinco presos políticos del penal de Rawson (Chubut). Solamente seis de ellos lograron subir a un avión de línea pronto a despegar del aeropuerto de Trelew para luego huir rumbo a Chile. Se trataba de dirigentes de primera línea de diferentes organizaciones políticas: Mario Santucho, Domingo Menna y Enrique Gorriarán Merlo, del PRT-ERP, Marcos Osatinsky y Roberto Quieto, de las FAR y Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros. Los diecinueve restantes, cercados por las fuerzas militares, depusieron las armas y se entregaron. Alojados en la base militar Almirante Zar, el 22 de agosto, fueron acribillados a balazos. La versión oficial denunció un intento de fuga para justificar la masacre pero esta fue desmentida por los tres sobrevivientes de la tragedia: Alberto Camps y María Antonia Berger, de las FAR y Ricardo Haidar, de Montoneros. Los dieciséis asesinados de Trelew fueron: Carlos Alberto Del Rey (23), Pedro Bonet (30), Jorge Ulloa (27), Miguel Ángel Polti (21), Eduardo Capello (24), Mario Delfino (29), Clarisa Lea Place (23), José Mena (22), Humberto Suárez (22), Humberto Toschi (25) y Ana María Villarreal de Santucho (36), del PRT-ERP, Alfredo Kohon (27), María Angélica Sabelli (23) y Carlos Astudillo (26), de las FAR y Mariano Pujadas y Susana Lesgart (22), de Montoneros.

⁹ Vassallo, Alejandra, Op. cit.

¹⁰ Freeman, Jo, "La tiranía de la falta de estructuras", en: *El Rodaballo*, año X, N°15, invierno de 2004.

¹¹ *Ídem*, pp. 44 y 45.

¹² Vassallo, Alejandra, Op. cit.

¹³ El Partido Socialista de los Trabajadores se formó en 1972 a partir de la unión del ala "La Verdad" del trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores, liderada por Nahuel Moreno y el Partido Socialista Argentino (PSA), de Juan Carlos Coral. En las elecciones de marzo de 1973, el PST presentó como candidata a la vicepresidencia a Nora Ciapponi. Fue el único partido que presentó a una mujer en su fórmula presidencial y el segundo, hasta ese momento, en toda la historia política argentina. Su antecesora fue Ana Zaefferer de Goyeneche, candidata a Vicepresidente de la Nación, en las elecciones de 1958, por el Partido Cívico Independiente.

El grupo *Muchacha* editó una revista de igual nombre en cuyas páginas se podían encontrar notas firmadas por la UFA.

¹⁴ *Cartas a las Compañeras Feministas*. La misiva tenía como objetivo poner en conocimiento de las "compañeras feministas", la realización de una campaña financiera para recaudar fondos que serían destinados a la reconstrucción de locales destruidos por atentados de la Triple A y a la ayuda de las familias de los/as militantes muertos y exiliados. La carta la firmaba la Comisión de Lucha por la Mujer del Partido Socialista de los Trabajadores.

¹⁵ *Cartas a las compañeras ...*

¹⁶ A comienzos de la década del sesenta, Jorge Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Blas Manuel Alberti, entre otros, formaron el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN). Allí confluyeron distintos sectores de la izquierda tradicional y también trotskista, peronistas e independientes. Hacia fines de 1971, con la intención de ampliar su convocatoria a otros grupos cercanos a su ideario político, se formó el Frente de Izquierda Popular. En las elecciones de septiembre de 1973, el FIP llamó a votar "a Perón desde la Izquierda con la boleta del FIP". Esto le permitió obtener casi un millón de votos. Cifra impensada si se tiene en cuenta que en las elecciones de marzo, la fórmula del FIP Ramos-Silvetti solo fue votada por 70.000 personas. Antes de terminar la década, el FIP se fracturó al producirse la salida de Spilimbergo, quien fundó la corriente FIP-Corriente Nacional.

¹⁷ Cano, Inés, Op. cit., p.89.

¹⁸ Ídem. p. 89.

¹⁹ En su trabajo, Alejandra Vassallo deja entrever un posible acercamiento de mujeres del PRT-ERP y de la UFA. El nexo pudo haber sido Mirta Henault, miembro de Nueva Mujer, un grupo y sello editorial feminista adherido a la UFA. Henault desarrolló, antes de su definitivo pasaje al feminismo, una vasta militancia en el trotskista partido *Palabra Obrera*; del cual su marido, Ángel Bengoechea, fue uno de sus máximos dirigentes. Si bien, parece haberse tratado de un “coqueteo” sin mayores consecuencias, indicaría cierto conocimiento sobre el feminismo, aspecto que no suele reflejarse en las entrevistas a antiguas militantes políticas. En cuanto a Nueva Mujer, se formó en 1971 y comenzó su tarea profesional con la realización de traducciones (la más destacada fue la obra de Juliet Mitchell, *Las mujeres: la revolución más larga*). Logró editar el libro, *Las mujeres dicen basta*, una compilación de trabajos de Peggy Morton, Isabel Largaía y la propia Mirta Henault y el folleto *La mitología de la femineidad*, de Jorge Gissi.

²⁰ Pozzi, Pablo, “Por las sendas argentinas...” *El PRT-ERP. La Guerrilla marxista*, Buenos Aires, EUDEBA, 2001, p. 239.

²¹ Solo dos mujeres alcanzaron un lugar en el Comité Central: Susana Gaggero de Pujals y Liliana Delfino de Santucho.

²² Citado en: Pozzi, Pablo, Op. cit., p. 244

²³ Ídem, p. 244.

²⁴ Ídem, p. 244.

²⁵ Ídem, p. 244.

²⁶ Ídem, p. 247.

²⁷ Para una historia de la Agrupación Evita: Grammático, Karin, “Cuando las mujeres se encuentran. La Agrupación Evita: apuntes de una experiencia política”, en: Gil Lozano, Fernanda, Valeria Pita y María Celia Bravo, *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres Argentinas. Siglos XIX y XX*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán (en prensa).

²⁸ Detrás de la adopción del término “concienciación”, existía

una clara postura política (y de política del lenguaje) de las feministas argentinas. Leonor Calvera relata que: “En pos de los frutos que habían conseguido las norteamericanas con la técnica del la *consciousness-raising*, entre la duda y la admiración decidimos implantarla en UFA. La traducimos con un neologismo: *concienciación*. Atentas a que el lenguaje remite directamente al entramado de creencias y conceptos básicos y tácitos –que en nuestra sociedad son androcéntricos– procuramos introducir un significado no autoritario, no impositivo [...] La traducción literal, “elevación de conciencia”, resultaba demasiado vaga. “Concientizar”, de neto corte izquierdista, implicaba un movimiento de afuera hacia adentro, de dictar lo que la otra debía encontrar en su propio interior. “Concienciar”, en cambio, se adecuaba perfectamente al método casi mayéutico que se proponía. Lograba describir ajustadamente el proceso de sacar de sí, de dar nacimiento a la propia identidad”. Calvera, Leonor, Op. cit. p. 37.

²⁹ Grammático, Karin. “Cuando las mujeres...”, Op. cit.

³⁰ Respecto del contexto de exilio, como elemento que favoreció la adopción de la causa feminista por ex militantes, se pueden pensar estas apreciaciones provisorias. En primer lugar, el “mundo de la militancia” que había hegemonizado tanto los comportamientos públicos como los privados, perdía, en el exilio su consistencia. En algún sentido, esta situación en las mujeres (también para los hombres) pudo liberar un espacio para la reflexión sobre sus trayectorias políticas y personales. En segundo lugar, la desaparición de ese “mundo de la militancia” implicó la pérdida de un marco contenedor que ayudó a percibir de manera más directa las distintas formas de discriminación ejercidas contra las mujeres. Por último, sería necesario reparar en la situación de los feminismos en los países receptores, para saber hasta qué punto, estos pudieron facilitar dicho acercamiento.



Memorias del cuerpo

Graciela Sapriza

“Aprended a leer: son textos sagrados “
Marguerite Duras¹

Para evocar el pasado reciente, el de la dictadura en Uruguay, voy a utilizar la idea de “un pasado que no pasa”² porque da marco a las inquietudes, dificultades y controversias que se afrontan cuando se trata de dar cuenta de esa historia. Digo reciente en tanto no resuelta, más que por la distancia de treinta años que nos separan de su inicio, por su carácter de problemática y abierta a diferentes interpretaciones. Un pasado que se resiste a ser ‘olvidado’ habla de heridas aún abiertas. Silenciadas en la transición, ocultas en la posdictadura, pero reencontradas en la fragmentación del cuerpo social.

En el presente, poco se recuerda de los actos ‘grises’, opacados / silenciados de miles de ciudadanos y ciudadanas uruguayas tanto en el período que precedió como en el que continuó con la dictadura. En cambio son reiteradas las menciones de acciones consideradas casi en términos heroicos o épicos. La recurrencia al enfrentamiento entre las fuerzas armadas y la guerrilla, por ejemplo- como los únicos episodios a rescatar en los relatos de las causas y el desarrollo de la dictadura -, construye una historia simplista y reductora del pasado reciente. Peligrosa además, por las omisiones y desconocimientos que ello supone.³

En este campo polémico de la búsqueda de las “verdades” que encierra el pasado, surgieron voces⁴, tanto desde el campo de la investigación,⁵ como de sus protagonistas que intentaron diversificar estos relatos y recuperar las acciones y las experiencias de actores políticos y sociales hasta ahora descuidados u opacados.

“Género, memoria e historia” será, entonces, el eje de este trabajo, que pondrá especial énfasis en la recuperación de la memoria de protagonistas poco visibles. El interrogante que guía este análisis es si las mujeres son portadoras de una memoria particular sobre el pasado reciente y, a su vez, si esta memoria contribuye a la construcción de una historia no lineal, que muestre la diversidad de perspectivas de los procesos históricos. El objetivo perseguido es que la subjetividad de lo vivido se revele en el relato y se integre a la historia, permitiendo comprender, entre otras cosas, las formas en que actuó el terrorismo de estado sobre la población.

Los avances o primeros resultados de este proyecto permiten responder parte de estas inquietudes y adelantar nuevas preguntas a esa “memoria que aún falta armar”.⁶ Esos avances de investigación permiten confirmar la capacidad de esos testimonios de mujeres⁷ en describir escenarios diversificados del pasado reciente –los de la vida cotidiana, los afectos, por ejemplo–, así como la ausencia notoria de referentes comunes en el discurso masculino: acciones heroicas, arriesgadas o políticas, en el sentido “tradicional”. El conjunto de 318 testimonios al que hice referencia comprende un amplio abanico de temas que bien podría ser la materia prima para el relato de una historia social, subjetiva o íntima, del período de la dictadura.⁸

Memorias del cuerpo

Abordar el rescate del pasado conflictivo de la dictadura a través de las memorias inscritas en el cuerpo de las mujeres implica encontrar las trazas del género, de sus asimetrías de poder y de las subordinaciones que genera. En función de ello, hemos tomado para

nuestro análisis algunos testimonios del Archivo de “Memorias para Armar”⁹ que hablan de esas vivencias corporizadas. En este sentido, se separaron, por un lado, los testimonios de aquellas mujeres que estuvieron directamente afectadas por la violencia del terrorismo de Estado; por el otro, el de aquéllas que afirman “no haber vivido la dictadura”. Luego los hemos comparado y confrontado con la documentación de la época, con ficciones e interpretaciones de diversas fuentes.

1. ALCANCES DE LA “REVOLUCIÓN SEXUAL”

Se habla de una generación de mujeres –la del 60´ y 70´– en particular, las militantes de la izquierda que habrían sido, además, protagonistas de una “revolución sexual”. Revolución marcada principalmente por la aparición de la píldora anticonceptiva cuyo uso permitió separar reproducción de placer.

“Es justamente a partir de la década de 1960 que tiene lugar la llamada “segunda revolución contraceptiva”, cuando se generaliza el uso de anticonceptivos eficientes. El descubrimiento de la pastilla anticonceptiva puede ser considerado como el o por lo menos como uno de los avances tecnológicos de este siglo que tuvieron consecuencias más importantes sobre los comportamientos sociales. Si bien las sociedades dispusieron siempre de algún tipo de mecanismo orientado a controlar los nacimientos, la generalización de anticonceptivos eficientes tuvo una trascendencia sin precedentes en la vida de las parejas y fundamentalmente de las mujeres, ya que permitió disociar definitivamente la sexualidad de la reproducción.”¹⁰

¿Por qué, entonces, los testimonios de época hablan tan poco de esas vivencias? ¿Por qué acentúan, por el contrario, la heterosexualidad obligatoria y la monogamia? ¿Por qué se mantuvo el mandato de la maternidad, aún en situaciones de riesgo –la clandestinidad, la opción guerrillera, por ejemplo– entendida como la de un cuerpo productor de proyectos de futuro?

La conjunción de posibilidad y urgencias dio por resultado aquello de “compañera” para construir el futuro “en la calle y codo a codo”. “La muchacha de mirada clara” se convirtió en símbolo de esa “nueva mujer”, en la voz de Daniel Viglietti, y a la que se le exigían “niños para amanecer”.

Para las mujeres jóvenes de clase media, “la política estaba en la calle” y sobre todo en las movilizaciones estudiantiles que comenzaron en 1967 y 1968, reflejo también del incremento de la matrícula femenina en la enseñanza media y superior. En el Censo universitario de 1963 las mujeres eran el 41% del total de estudiantes, lo que dio comienzo a la “feminización” de la matrícula universitaria.¹¹ Sin ese dato muchos de los cambios del período no se harían visibles. Las universitarias fueron protagonistas de una revolución cultural tangible. Al decir de Rodolfo Walsh,¹² “las mujeres están haciendo la revolución dentro de la revolución, exigiendo un papel protagónico en la primera línea”. Ingresaron a los movimientos de izquierda, algunas en la guerrilla urbana, otras militaron en el Partido Comunista o en partidos políticos que pronto fueron ilegalizados en el marco de la vigencia de las prontas medidas de seguridad que se impusieron.

A diferencia de la presencia de mujeres en el movimiento obrero y en el estudiantil, fueron muy pocas las que se destacaron en los partidos políticos. La dureza y masculinización de las estructuras partidarias se expresó en el exiguo número de parlamentarias, (menos de 3%) en todo el período (1938-1973).

La escritora chilena Diamela Eltit¹³ define el contexto de inserción de las mujeres en el proceso (que se percibía) revolucionario, como el escenario, “donde el cuerpo de las mujeres quebraba su prolongado estatuto cultural de inferioridad física, para hacerse idéntico al de los hombres, en nombre de la construcción de un porvenir colectivo igualitario”, donde la “teatralización paródica de la masculinidad pospuso lo íntimo frente a lo primordial de lo colectivo, público”.¹⁴

Este concepto resumido en “todo por el proyecto político” resultó en que los cuerpos femeninos fueron moldeados por el discurso político dominante. “Urbano” militante clandestino del MLN, en una

entrevista del año 1970 y ante la pregunta sobre la "igualdad" de las mujeres en la organización guerrillera, proclamó: "nadie es más igual que detrás de una 45".

La maternidad en esas circunstancias, se explica por la "intensidad, la urgencia de vida con la que se vivía" , ¿o por la inminencia de la revolución?. Ilusión onírica –al decir de Eltit– de su inminencia y por la permanencia del "mandato" de la maternidad que signaba la condición femenina.

"Es cierto que en las condiciones en que vivíamos no era conveniente tener un hijo, pero teníamos muchísimo deseo de tenerlo. Y en esa lucha loca entre la vida y la muerte, sabíamos el peligro que¹⁵ corríamos, pero a su vez queríamos que viviera y fuera feliz con nosotros."

Celeste Zerpa, militaba en el MLN, tuvo un hijo en la clandestinidad de su pareja que murió en un enfrentamiento callejero en agosto de 1972. Esa maternidad en condiciones de riesgo parecía adelantar nuevas concepciones sobre la familia: "Éramos una gran familia [...] ese sentimiento de pertenencia me decía que cualquiera de mis compañeros podía ser buen padre para ellos, si yo faltaba. Éramos una familia, no iban a quedar huérfanos".

Sólo me limito a consignar el tema ya que el mismo debería ampliarse de modo de tener en cuenta las actitudes hacia la sexualidad y la reproducción en forma amplia y también incluir las opciones por el aborto. En este sentido habría que considerar también no solo las actitudes de las organizaciones de izquierda, sino los discursos disciplinadores que impondría la dictadura acerca de la "verdadera feminidad" sobre el cuerpo de las mujeres.

2. EL RÉGIMEN CÍVICO-MILITAR Y EL SILENCIO DE LOS CUERPOS

Dos procesos marcan significativamente a la dictadura en el Uruguay. La implantación del terrorismo de Estado y el mayor deterioro de las condiciones de vida y de salarios de la población. Estas dos situaciones afectaron profundamente a las mujeres. El

miedo y la incertidumbre impuesta por el terrorismo de estado, se asocia al de una madre buscando a su hija/ hijo desaparecida.¹⁶ No hay manera de medir el impacto y la angustia que generó esta vivencia no sólo en la familia y su entorno próximo.

Otra situación límite fue el de las mujeres presas políticas y las nueve rehenes,¹⁷ trasladadas a cuarteles y viviendo en condiciones extremas que además era otra forma de extender el temor a las detenidas y a la población en general. Y “no se puede hablar de la cárcel sin hablar de su antesala, la tortura”, dice Ivonne Trías.¹⁸

La “derrota” política significó para muchas, vivir el secuestro, la tortura y la cárcel, como sufrimiento en el cuerpo. Esta situación no se redujo a las mujeres directamente afectadas, las prisioneras políticas. El terrorismo de estado se infiltró en la vida cotidiana de las/os ciudadanas/os por vías directas y por otras más sutiles. La tortura y la cárcel fueron piezas centrales de esa ingeniería opresiva.¹⁹

¿ Existió una tortura específica hacia las mujeres? En la tortura, se puso de manifiesto, al extremo, la asimetría de poderes de varones y mujeres. Se planteó en crudo la relación entre poder, cuerpo, género femenino e ideología. Allí se “jugó” el abuso sexual, la violación a los cuerpos, se practicó la seducción como un programa de avasallamiento y como la conquista de un trofeo.²⁰

La masculinidad de los torturadores se afirmaba en su poder absoluto de producir dolor y sufrimiento. La tortura era parte de una “ceremonia iniciática” en los cuarteles y casas clandestinas donde eran llevados las y los prisioneros políticos. (Durante largos períodos permanecieron desaparecidos para sus familiares - forma efectiva de hacer “correr” la represión en el cuerpo social). Allí se despojaba a la persona de todos sus rasgos de identidad. La capucha, la venda en los ojos impedía la visión generando mayor inseguridad. Para los torturadores significaba no ver rostros, castigar cuerpos anónimos, castigar subversivos. El uso de apodos, frecuentemente de animales, los rituales que se practicaban: música estridente, insultos, amenazas, por parte de los miembros del equipo de represores- torturadores son “momentos de exaltación, cuando el torturador se sentía como Dios,

con poder para reducir al/ la otro /a a ser una víctima pasiva, a un cuerpo a ser penetrado".²¹

Mirta Macedo describe en *Un día, una noche, todos los días* el tormento de las y los prisioneros.

"Así eran diariamente los días del galpón. Del tacho al plantón, del cable al gancho, del palo al caballete [...]. Nos encontrábamos desnudas con los brazos en alto y las piernas abiertas.

[...] La guardia que nos custodiaba mostraba ese día un estado especial, se habían sacado sus camisas olorosas, transpirados, con sus penes erectos, pasaban por las filas manoseándonos permanentemente... con sus sucias manos tocaban nuestros senos, cuello, genitales... Alguien gritaba, yo no podía hacerlo."²²

Se debería recordar, además, que las mujeres detenidas eran en su mayoría jóvenes, muchas de ellas vírgenes como expresan numerosas entrevistadas. Ivonne Trías consigna que en el período comprendido entre la inauguración del EMR2 de Punta de Rieles y 1976, "el conjunto de presas estaba formado mayoritariamente por mujeres muy jóvenes (entre 18 y 25 años) estudiantes, profesionales, provenientes de las organizaciones armadas y sus entornos".²³

¿Se puede relatar la tortura?, se pregunta Jean Franco.²⁴ El dolor elude la memoria y la puesta en palabras de esa experiencia.²⁵ Los lacónicos testimonios de las víctimas publicados por organizaciones de derechos humanos subrayan la imposibilidad de expresar el sufrimiento total de la tortura. El lenguaje falla, fracasa al intentar expresar el horror, dando por resultado que su narrativa se vuelva frecuentemente *algo banal*. Son escasas las memorias que logran reproducir el efecto del miedo y la abyección.²⁶ Allí el cuerpo se convierte en un repositorio de lo somático más que una memoria verbal. Alejarse de sí misma es una estrategia posible de la que hablan con frecuencia los testimonios.

"Mi cuerpo se niega a sí mismo tres veces ante los golpes, la sangre corre a 220 y grita por cada poro, se asfixia, se vuelve inhabitable y lo dejo. Contemplo su dolor, pero no puedo acompañarlo", escribe Isabel Trivelli (2003).

¿Cómo sortear la consignación banal de una anatomía recorrida por el dolor? ¿Cómo evitar el voyeurismo mercantilizado, o aún la asociación con la pornografía de un cuerpo exhibido en “la plenitud del dolor”?

La escucha, “ser escuchadas con respeto” fue la exigencia de las presas políticas uruguayas planteada a la psiquiatra Gisela Perrin funcionaria del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) en su visita a las cárceles del régimen en abril de 1980.

“Me dijeron antes que nada queremos respeto. Y eso para mí es central para las víctimas de la violencia. El primer paso es el respeto porque la persona ha sobrevivido”, [durante las entrevistas a un alto número de mujeres encarceladas, más de 200]. Era poder pasar detrás de la tortura -que es un paso que no todas/os lograron- y encontrar en el pasado los recursos personales de memorias de eventos, quizá no tanto felices, buenos, profundos, de convivencia, de amor, de relación; donde la gente se podía dar, internamente, la posibilidad de escapar de la cárcel.”²⁷

Otro sesgo de análisis polémico es el del “propósito” de la tortura. Mirta Macedo fue detenida en octubre de 1975 por el OCOA (Órgano Coordinador de Operaciones Antisubversivas) fue llevada a la “Casa de Punta Gorda”, luego al local de la “cárcel del pueblo” de la calle Juan Paullier, más tarde al 300k Batallón de Infantería No. 13 de Camino de las Instrucciones. Ella sostiene que: “La tortura tenía como objetivo recoger información mediante la destrucción física o psíquica de los presos utilizando técnicas para disuadir, convencer, crear confusión, inventar situaciones.”^{28 29}

Según el informe de Serpaj (1989)

“La tortura no es un acto irracional de carceleros inescrupulosos, sino que se ha integrado como un instrumento de poder celosamente administrado. El objetivo es básicamente “quebrar” al prisionero / a, pero también, “se puede afirmar que la tortura no se dirige al cuerpo del detenido sino a la sociedad en su conjunto, el castigado es el cuerpo social que se convierte en un prisionero multitudinario. En

esta fase superior la tortura se ha transformado, siendo originariamente un método para hacer hablar a alguien, ahora busca acallar a todos".³⁰

¿Se olvida, se recupera esa memoria del sufrimiento y vergüenza?
¿Cómo se negocia con la necesidad del olvido?

Marguerite Duras en *El dolor* expresa esa ajenidad y esa necesidad de olvido. Se sorprende al encontrar papeles escritos por ella misma en un momento de intenso dolor que luego no recuerda.

"He encontrado este Diario en los dos cuadernos de los armarios azules de Naeuphile-le Château. No guardo ningún recuerdo de haberlo escrito. Sé que lo he hecho, que soy yo quien lo ha escrito, reconozco mi letra y el detalle de lo que cuento, vuelvo a ver el lugar, la Gare D' Örsay, los trayectos, pero no me veo escribiendo este Diario. ¿Cuándo lo escribí, en qué año, a qué horas del día, en qué casa? No sé nada."³¹

Una exiliada relata su participación en campañas de denuncia y solidaridad con los presos en Uruguay. En esas recorridas de difusión, ella daba testimonio como ex presa política. Pero siempre lo hacía en tercera persona y no mencionaba su propia tortura, y la violación a la que fue sometida. Nunca más recordó: "me quedó una laguna". Muchos años después descubrió con asombro que sus compañeras de cárcel lo sabían porque ella misma lo había contado apenas sucedido, en la barraca (lugar donde iban las prisioneras después de las sesiones de tortura), pero "borrado" casi de inmediato.

Me pregunto si es necesario recordar la tortura y cuál es el sentido político de esta recuperación. Me sumo aquí a la reflexión del psicoanalista Marcelo Viñar acerca de si "pensar el horror" es una empresa factible, o si conviene transitar esta interrogación aunque sepamos que se llega a respuestas vacilantes y contradictorias, o aún si somos escépticos ante los posibles resultados de la operación de rescate.

"¿Para qué? para qué conocer las desgracias? [...] Solemos argumentar con cierta ufana solemnidad proyectos higienistas y

profilácticos por el ¡Nunca Más! ... ojalá sea así y comparto esta preocupación aunque no la creo imprescindible para volcarme a pensar en el horror. A este hoy hay que estudiarlo simplemente porque existe, porque está cerca nuestro.”³²

Esos cuerpos negados, enajenados de sí mismos, como forma de sobrevivir, encontraron otras vías de expresión, la amenorrea (conocida como “amenorrea de guerra”) fue frecuente en las jóvenes encarceladas en Punta de Rieles). ¿Qué decir de los partos “normales” de mujeres que cayeron embarazadas y tuvieron sus hijos en el Hospital Militar y fueron sometidas en esa instancia a tratamientos destinados a criminales (parieron esposadas)? Este aspecto abre un campo de indagatoria acerca de las “nuevas formas de maternidad” desarrolladas como respuestas a la represión. De la misma forma se extiende hacia las nuevas relaciones familiares establecidas por este conjunto de mujeres y su impacto en el entorno.

3. LA VIDA EN SUSPENSO

Durante los doce años de gobierno militar, toda la población del Uruguay vivió bajo el estado de terror. Entre 1972 y 1984 aproximadamente 60.000 uruguayos fueron detenidos, secuestrados, torturados y “procesados” por la justicia militar. Alrededor de 6.000 personas fueron hechos prisioneros políticos -un número asombroso en un país con una población de apenas 3 millones de habitantes-. Durante la dictadura, 120 ciudadanos uruguayos “desaparecieron”, muchos de ellos fueron secuestrados en la Argentina, donde habían intentado infructuosamente buscar refugio, durante razzias realizadas con la cooperación de las fuerzas armadas argentinas. El uso sistemático del terror y su “confirmación” en las cárceles y cuarteles llenas de prisioneros operaron en el cuerpo social como un panóptico de control y miedo provocando un repliegue de la población a lo más privado de lo privado como forma de preservarse y preservar la sobrevivencia.

El “golpe de Estado” de hace 30 años fue la punta del “iceberg”

de un proceso autoritario cuyo rasgo sustancial fue el “Terrorismo de Estado”. Esto es: la aplicación sistemática del terror como instrumento político del Estado para someter al conjunto de la sociedad e imponer un cierto proyecto político. Sus efectos alcanzaron al conjunto de la población y se mantuvieron activos mas allá de la recuperación de la democracia. La impunidad y el olvido bloquearon la capacidad del cuerpo social de elaborar esa experiencia histórica. El terror es precisamente eso: el ataque a la capacidad de pensar. Esta es la lógica política que se ha instalado en los países de la región a partir de la “salida” de la dictadura y que ha sido sistemáticamente utilizada desde el poder para manipular a la población.³³

Algunos testimonios manifiestan ese bloqueo. La expresión frecuente de, “Yo no viví la dictadura” proviene mayoritariamente de mujeres jóvenes. El testimonio con ese título –que hace referencia a una muchacha que por cuidar a su madre se va ausentando de la vida, afectiva, colectiva, política– puede leerse como una metáfora de lo ocurrido a quienes vivieron durante la dictadura, pero en un lugar oscuro, pasivo, no protagónico. El relato remite a la vivencia de un cuerpo preso en el estatuto individual más estricto, escindido de lo social, compartimentado. Qué mejor forma de expresar los efectos del terrorismo de estado que la producción de una desconfianza hacia los otros y el aislamiento final.

Notas finales

El recorrido que hemos hecho indica un derrotero para la investigación de temas apenas enunciados en esta presentación. No es ciertamente un camino complaciente, ni fácil de abordar, no toma por el atajo más fácil, no se guía por “las leyes del mercado”, por el contrario intenta evocar “la densidad reflexiva y analítica de la memoria”.

Se trata de evitar lo que Nelly Richards señala como signo de esta época: “Las referencias al pasado no deben presentar ninguna

escarpadura, ninguna aspereza comunicativa para no alterar el ritmo ligero de variaciones y diversiones que caracteriza la estética de la redemocratización". ¿Es suficiente conocer acerca del pasado para que este adquiera un sentido activo? ¿Podemos creer que la memoria ha sido activada solo porque algunos discursos la evoquen?

Indagar en una memoria del cuerpo de las mujeres del período de la dictadura para mí significa ahondar en la función del "panóptico" sobre el conjunto de la sociedad operado a través del castigo a los cuerpos transgresores de las mujeres políticas. Significa también ahondar en las simbolizaciones o representaciones de la represión sobre los cuerpos individuales y colectivos, analizar los discursos y mensajes sexuales sobre la nación y la patria en la búsqueda de las pautas de la construcción de un nuevo orden simbólico e indagar en las fuentes, testimonios, material de entrevistas, ficción, autobiografías cómo fueron apropiados, reformulados o contestados esos discursos.

La memoria es más de lo que se ha producido hasta ahora; las políticas de la amnesia hacen necesario reintegrar fragmentos del pasado en una nueva estructura interpretativa, haciendo que el pasado diga lo que no era conocido anteriormente, que revele lo desconocido o lo que fue silenciado, para producir reconceptualizaciones de lo sucedido de tal forma que permitan rescatar y registrar las omisiones.

Notas

¹ "Estos textos deberían haber ido a continuación del Diario de El Dolor, pero preferí alejarlos de él para que cesara el ruido de la guerra, su estrépito". M. Duras *El Dolor*. España. Plaza y Janés, 1985.

² Rousso, H. *Le syndrome de Vichy de 1944 a nos jours*. Paris, Gallimard, 1990.

³ Esta versión del pasado reciente se ha formulado como la "teoría de los dos demonios", dos fuerzas violentas enfrentadas en una "guerra" particularista, ajena a la acción de los grupos sociales, ajena también a la responsabilidad de los actores políticos contemporáneos.

⁴ Ubico entre ellas un concurso de testimonios convocado por un grupo de ex presas políticas, *Memoria para Armar* que reunió un valioso conjunto de 318 testimonios de mujeres. Al cumplirse treinta años del golpe de estado en el 2003, se produjeron nuevas investigaciones o se reeditaron algunas, tanto de carácter académico como periodístico.

⁵ El programa de investigación bajo mi responsabilidad, forma parte de la línea institucional de investigación del Ceiu “El Uruguay de la Crisis y la Dictadura (1967-1985)” que dirige el Prof. Adj. Carlos Demasi en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La línea de estudio a mi cargo tiene como propósito organizar un archivo de memoria sobre el pasado reciente de la crisis de los sesenta, la dictadura y la transición democrática. El objetivo de este programa es el registro de testimonios de generaciones jóvenes y de mujeres, invisibilizad@s en una historia del período organizada en el eje dictadura-resistencia.

⁶ Consigno la elaboración de un “perfil sociológico” en base a fichas biográficas elaboradas en el marco del proyecto. Este dice que la mayoría de los testimonios fueron producidos por mujeres de entre 50 y 60 años, de clase media, casi todas con formación terciaria, predominando profesoras y maestras. Si bien prevalecen mujeres no afectadas directamente por la represión durante la dictadura (duplican el No. frente a las presas, exiliadas o familiares) casi todas manifiestan solidaridad hacia las víctimas del régimen cívico-militar. La sistematización de los contenidos de todos los testimonios (318) dibuja a su vez un “mapa de la memoria” (no exhaustivo) del período.

⁷ Se entiende que no estamos planteando un esencialismo y que el tema merece otro desarrollo, que se relacionaría con la socialización de las mujeres, las determinaciones culturales y aquéllas que emanan de sus prácticas.

⁸ Vale la pena aclarar que no confundimos testimonio, y memoria con historia, sería un capítulo a desarrollar en otra instancia, solo que la sugerencia de este conjunto o “universo” auto-convocado dibuja lo que hemos llamado un “mapa de la memoria” que ha dado por

resultado una cantera de temas a investigar y desarrollar.

⁹ *Memorias para Armar* es una experiencia del grupo de ex presas políticas “género y memoria” que se propuso con gran éxito, recoger testimonios de mujeres durante la dictadura. Iniciada en 2000, lleva publicados tres volúmenes. Ed. Senda, 2001, 2002, 2003.

¹⁰ Pellegrino, A. Aspectos demográficos. 1963-1985. En *El Uruguay de la dictadura (1973-1985)*. EBO. Montevideo, 2004, p. 184.

¹¹ El censo Universitario de 1999 muestra que existe un 61% de estudiantes mujeres y un 39% de varones.

¹² R. Walsh. 1927-67. Periodista y novelista argentino, militante montonero. Es uno de los desaparecidos en la Argentina de la dictadura (1976-1982).

¹³ Eltit, D. “Cuerpos nómades”. En, *Hispamérica. Revista de literatura*. (Año XXV. No. 75). USA. 1996 y en *Feminaria Literaria*, Año VI, N° 11, pp. 54-60 (*Feminaria*, Año IX, N° 17/18, Buenos Aires, noviembre 1996).

¹⁴ Eltit, D. Op. cit., p. 6

¹⁵ Entrevista a Celeste Zerpa realizada por Clara Aldrighi en 1999 para su trabajo “La izquierda armada” Montevideo. Trilce, 2001.

¹⁶ Aun a riesgo de perpetuar el estereotipo de la debilidad femenina frente a la fuerza arbitraria masculina-militar, pero así operó el sistema de género, que además, fue reforzado por el régimen dictatorial.

¹⁷ Los rehenes eran 18, nueve varones y nueve mujeres. Las mujeres rehenes fueron sistemáticamente “olvidadas” en los primeros relatos de la dictadura, hasta que las propias expresas políticas comenzaron su trabajo de recuperación de una historia plural.

¹⁸ Ivonne Trías, fue presa política, hoy periodista. “De este lado de la reja”. Brecha, 4 de julio de 2003. P. V. Separata: A 30 años del golpe de Estado (V) “Dictadura y Resistencia”.

¹⁹ Ivonne Trías. “De este lado de la reja”. Brecha, 4 de julio de

2003. P. V. Separata: A 30 años del golpe de Estado (V) "Dictadura y Resistencia".

²⁰ Es la trama central de la novela *Cambio de armas* de la argentina Luisa Valenzuela.

²¹ Franco, J. Gender, "Death and Resistance" 1992, p. 107, en Corradi et alii, eds. *Fear at the Edge*. University of California Press.

²² Mirta Macedo. *Un día, una noche, todos los días*. Ed. Orbe. Montevideo, 1999, p. 55 y p. 46. Es llamativo que el informe *Nunca más* publicado por Serpaj en 1989 registre un porcentaje idéntico de violaciones para mujeres y hombres, un 7%, aunque también puntualizan que "la cifra puede ser mayor...un número tal vez mayor de mujeres sufrieron abusos sexuales". Asimismo, las recientes denuncias de violación formuladas por un joven estudiante (de bachillerato, en 1981) contra el Cap. Jorge Silveira, veinte años después de ocurrido el hecho, demuestra que muchas afectadas pueden no haber hablado aún.

²³ Trías, I. "De este lado de la reja". *Brecha*. 4/7/2003.

²⁴ Jean Franco. En "Obstinate Memory; Tainted History", en *Decline and Fall of the Lettered City*.

²⁵ Tema abordado por Elaine Scarry, *Body in Pain*, citado por Franco, J. Op. cit.

²⁶ Jean Franco cita algunas memorias publicadas en Argentina como las de Jacobo Timmerman o las de Alicia Partnoy (*La escuelita*) que logran tener fuerza de revelación, a pesar de la evidente lucha de los autores con las palabras para articular sus experiencias.

²⁷ Entrevista Dra. Gisela Perrin realizada por la autora en Montevideo 9/6/ 1999. "Mujer, política y dictadura" Documentos de entrevistas. Papeles de Trabajo FHCE, julio 2001.

²⁸ Macedo, M. Op. cit., p. 37.

²⁹ Otras voces incorporan otra perspectiva, o matizan esta decodificación de la tortura. "No me parece que el acto de torturar se encuentre linealmente ligado a la información que pueda entregar el prisionero, sino más bien me parece conectada a una escenografía fascista de aniquilamiento mental, de destrucción, especialmente

síquica. El torturador se adjudica la decisión sobre la vida y la muerte, se vuelve una especie de Dios que profana el cuerpo del prisionero, anulándolo” sostiene Eltit.

³⁰ Serpaj. *Nunca más*, pp. 146-147.

³¹ Sobre las situaciones traumáticas y los procesos del olvido Marguerite Duras dice que su compañero Robert Antelme escribió el libro *La especie humana* apenas salió del campo de concentración. “Ha escrito un libro sobre lo que cree haber vivido en Alemania: *La especie humana*. Una vez escrito, hecho, editado el libro, no ha hablado más de los campos de concentración alemanes. Nunca pronuncia esas palabras. Nunca más. Nunca más tampoco el título del libro”. Op. cit., p. 78.

³² Viñar, M. Introducción a *La Especie humana* de R. Antelme. Trilce Ed, 1995.

³³ V. Giorgi, Políticas de la memoria. Memorias políticas. Intervención en Mesa del mismo nombre Seminario, “Voces, memoria y reflexiones sobre el golpe de estado en Uruguay”. Ceil-Ceiu. lcp. 23-27 de junio 2003. IMM.

Referencias bibliográficas

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Antelme, Robert. *La especie humana*. Presentación de Marcelo Viñar. Montevideo, Trilce Ed. 1996.

Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades*. Bs. As, Paidós. Género y Cultura, 2000.

Burke, Peter.(org.) *Formas de historia cultural*. Madrid, Alianza Editorial, 2000.

Da Silva Catela, Ludmila, Jelin, Elizabeth. (comps.) *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*. Madrid, Siglo XXI, 2002.

De Certau, Michel. *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana. México, Departamento de Historia, 1993 (2a. ed)

- *Hacer la Historia*. Tomo I. Barcelona, Ed. Laia, 1978.

- De Felice, Roberto. -*Mussolini il Duce. Gli anni del Consenso. 1929-36.* Torino, 1974.
- Duras, Marguerite. *El Dolor.* España, Plaza y Janés, 1985.
- Eltit, Diamela. "Cuerpos nómades". En, *Hispamérica. Revista de literatura.* Año XXV. N° 75. USA. 1996, y en *Feminaria Literaria,* Año VI, N° 11, pp. 54-60 (*Feminaria,* Año IX, N° 17/18, Buenos Aires, noviembre 1996).
- Feld, Claudia. *Del estrado a la pantalla: Las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina.* Colección Memorias de la Represión. Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Franco, Jean. "Gender, Death and Resistance". En Corradi et alii Eds. *Fear at the Edge.* VVAA. California, University of California Press, 1992.
- Franco, Jean. *Decline and fall of the lettered City.* Cambridge & London, Harvard University Press, 2002
- Frazier, Lezzie. "Subverted Memories": "Counter-morning as Political action in Chile". En, *Acts of Memory. Cultural Recall in the Present.* Darmouth College. University Press of New England, Hanover and London, 1999.
- Godoy, Cristina. *Historiografía y Memoria colectiva.* Madrid-Bs.As., Miño y Dávila ed., 2002.
- Grass, Gunter. *Escribir después de Auschwitz.* Reflexiones sobre Alemania: un escritor hace balance de 35 años. Bs. As., Paidós Asterisco, 1999.
- Guy, Donna. "Madres vivas y muertas. Los múltiples conceptos de la maternidad en Buenos Aires". En, *Sexo y sexualidades en América Latina.* Bs. As., Paidós, 1998.
- Heller, Agnes. "Memoria y responsabilidad". En *Vuelta.* México, Vol. 16, No. 189, agosto 1992.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria.* Colección Memorias de la Represión. Madrid, Siglo XXI, 2002.
- (comp.) *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "infelices".* Colección Memorias de la Represión. Madrid., Siglo XXI, 2002.

- Laqueur, Tomás. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid, Ed. Cátedra, Feminismos, 1990.
- Laudano, N. *Las mujeres en los discursos militares. (1976-1983)*. Bs. As., Universidad Nacional de La Plata/Página 12, 1998.
- Letra Internacional *Memoria de las Dictaduras./Dossier/*. Madrid, Verano 2000.
- Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Bs. As., Ed. Nueva Visión, 1995.
- Leydesdorff, Selma. Passerini, Luisa. Thompson, Paul. (ed) *Gender and Memory*. International yearbook of life stories. Tomo IV. Oxford, Oxford University Press, 1996.
- Levi, Primo. *Entrevistas y conversaciones*. Barcelona, Ed. Península, 1998
- Nora, Pierre. "Entre Mémoire et Histoire". La problématique des lieux. En, *Les Lieux de Mémoire*. Sous la direction de Pierre Nora. Paris, Gallimard, 1984.
- Passerini, Luisa. *Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo*. Univ. de Essex. Oral History Conference. 1979.
- *Fascism in popular memory*. Cambridge Univ. Press. 1987. (Ed. original *Torino operaia e Fascismo /1984*)
- *Memory and Totalitarianism*. Editora. T.I. Oxford Univ. Press, 1992.
- *Autobiography of a Generation. Italy, 1968*. New England. Wesleyan Univ. Press, 1996.
- Piña, Carlos. *Sobre la naturaleza del discurso autobiográfico*. Stgo. de Chile, 1989, (mimeo)
- Portelli, Sandro. "La representación histórica." En *Historia y fuente oral*, No.4. Barcelona, 1990.
- "La interpretación de las fuentes orales". *Temas de Historia Oral*. Primer Encuentro Nacional de Historia Oral. Bs. As., 1995.
- *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue*. Univ. of Wisconsin Press. USA, 1997.
- "Memory and identity in post-fascist Italy: an overview and a case study". (Borrador, 1998).

- Ramos, Ramón. "Maurice Halbwachs y la memoria colectiva". En, *Revista de Occidente*. No. 100, septiembre 1989, Madrid, España.
- Ricoeur, Pierre. *La memoire, l'histoire, l'oubli*. Paris, Seuil, 2000.
- Richards, Nelly. "Una escena subterránea revisitada". Ponencia presentada en el Encuentro sobre sexualidades, Género y Cultura: Un diálogo desde el Sur. Universidad de Santiago de Chile, agosto 21-23, 2003.
- Rousso, Henri. *Le syndrome de Vichy de 1944 a nos jours*. París, Gallimard. 1990.
- "El duelo es imposible y necesario". Entrevista en *Revista Puentes*. Año I, No. 2, La Plata, diciembre 2000.
- Vigarello, G. *Historia de la violación. Desde el siglo XVI hasta nuestros días*. Montevideo, Trilce. Ed., 1999.
- Vilanova, Mercedes. "Pensar la subjetividad". *Temas de Historia Oral*. Primer Encuentro Nacional de Historia Oral, Bs. As., 1995.
- Yeruslami, Yosef. *Usos del Olvido*. Bs.As., Ediciones Nova, 1989.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE URUGUAY

- Aldrighi, Clara. *La izquierda armada*. Montevideo, Trilce Ed., 2001.
- material de entrevistas inédito. Entrevista a Celeste Zerpa. 1999.
- Araujo, Ana María y Horacio Tejera. *La imaginación al poder*. FCU. Montevideo, 1988.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José. *El Uruguay de la dictadura. (1973-1985)*. V.2. "La era militar" Montevideo, Ed. B.O., 1989.
- *Breve historia de la dictadura*. Montevideo, CLAEH. Ed. B.O., 1987.
- Castagnola, José Luis y Mieres, Pablo. *El Uruguay de la dictadura (1973-1985)*. V.3. "La ideología política de la dictadura". Ed.B.O. Montevideo, 1989.
- Cosse, Isabella y Markarian, Vania. *1975: Año de la Orientalidad*. Montevideo Ed. Trilce, 1995.
- CEIU. *El Uruguay de la crisis a la dictadura (1967-1985). Cronología comparada. (1967-1973)*. Facultad de Humanidades y Ciencias

- de la Educación. Montevideo, F. C. U., 1996.
- CEIU. *El Uruguay de la crisis a la dictadura (1967-1985). Cronología comparada. (1974-1985)*. Montevideo. Fac. de H. y C.E.
- Gil, Daniel. *El capitán por la boca muere*. Montevideo, Ed. Trilce, 1999.
- Gillespie, Charles. *Negociando la democracia. Políticos y generales en Uuguay*. F.C.U. Instituto de Ciencias Políticas. Montevideo, 1995.
- Gillespie, Robert. "A critique of the urban guerrilla: Argentina, Uruguay, and Brazil". *Conflict Quarterly*, New Brunswick (Canadá), No. 2, 1980.
- Soldados de Perón. Los Montoneros*. Bs. As., Grijalbo, 1987
- Giorgi, Victor. *Políticas de la memoria. Memorias políticas*. Intervención en la Mesa del mismo nombre. Seminario: "Voces, memoria y reflexiones sobre el golpe de estado en Uruguay. Ceil-Ceiu-ICP. 21-27 de junio de 2003. IMM.
- Lessa, Alfonso. *Estado de guerra. De la gestación del golpe del 73' a la caída de Bordaberry*. Montevideo, Fin de Siglo, 1996.
- Martínez, José. *Crónica de una derrota*. Montevideo, Ed. Trilce, 2003.
- Macedo, Mirta. *Una día, una noche... todos los días*. Montevideo, Ed. Orbe libros, 1999.
- Pellegrino, Adela. "Aspectos demográficos. 1963-1985". En, *El Uruguay de la dictadura (1973-1985)* Montevideo, Ed. Banda Oriental, 2004.
- Perelli, Carina. *Someter o convencer. El discurso militar*. Montevideo, Clade. Ed. B.O., 1987.
- *Los militares y la gestión pública*. Montevideo, Peitho, 1990.
- Perrin, Gisella. - Entrevista realizada por Sapriza, Graciela. Editado en *Mujer, política y dictadura*. Documentos de entrevistas. Papeles de trabajo. FHCE, 2001.
- Rial, Juan- Perelli, Carina. *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después....* Montevideo. Ed. B. O., 1985.
- Rico, Alvaro. (comp.) *Uruguay: Cuentas pendientes*. Montevideo, Ed. Trilce., 1995.

- Sapriza, Graciela. "A recent history of a subject with a history of his own". En, *Women and politics Worldwide*. Edited by Nelson, B. y Chowdury. Yale University Press. New Haven y London, 1994.
- "La Batalla por la memoria y la promesa de la historia oral". Actas del X. Congreso de Historia Oral. Rio de Janeiro, 1998.
- "La memoria territorio de poder". En, *Memoria social. Fragmentaciones*. M. Ulrikssen, comp. Montevideo, Ed. Trilce., 2001.
- "Historia reciente de un sujeto con historia". En, *Revista Encuentros*. No. 7. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Montevideo, 2001.
- "Género e Historia". En, *Genero y Sexualidad en el Uruguay*. Montevideo, Ed. Trilce, 2001.
- *Mujer, política y dictadura. Documentos de entrevistas*. Papeles de trabajo. Fac. de H. y CE. Montevideo, 2001.
- "Dueñas de la calle". En, *Revista Encuentros*. No. 9. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2004.
- "Cambio en la situación de las mujeres y las familias en Uruguay (1960-1990)" En, *El Uruguay de la Dictadura 1973-1985*. Montevideo, EBO, 2004.
- Serpaj. *Uruguay. Nunca Más*. Montevideo. Informe sobre la violación a los Derechos Humanos. (1972-1985) 3ª. Ed. Montevideo, 1989.
- Viñar, Marcelo y Ulrikssen, Maren. *Fracturas de memoria*. Ed. Trilce. Montevideo. 1993.
- Traba, Marta. *Conversación al Sur*. México, Siglo XXI, 1981.
- Tróccoli Jorge. *La ira de Leviatán. Del método de la furia a la búsqueda de la paz*. Montevideo, Innomedia, 1996.
- Zubillaga, Carlos y Romeo Pérez. *El Uruguay de la dictadura. (1973-1985)*. V.I. "La democracia atacada". Montevideo, Ed. B. O., 1988.

Fuentes Primarias

- PRENSA y FOLLETERÍA DEL PERÍODO. (1970-1985)
 Archivo del CEIU Semanarios y periódicos del período
 INFORMES PARLAMENTARIOS Comisión DDHH. (1986-1987)
 INFORME FINAL DE LA COMISIÓN PARA LA PAZ. (10 de abril de

2003)

Documentación del Archivo de "Memorias para Armar"

TEMAS y No. Del testimonio

1) Prisioneras políticas

TORTURAS 36/ 40/ 78/ 100 /131/ 134//140/ 144/ 169/ 268

torturas y violación: 233/ 314, torturas a dos 253, torturas antes de la dictadura, 106, torturas en el interior, 82/131

Muerte en tortura, 246

RELACIÓN CON FAMILIARES 71/ 95/ 117/ 146/ 150/ 155/ 163/ 171/ 184/ 216/ 217/ 224/ 256/ 259/ 264/ 283/

CASAMIENTO EN PRISIÓN / 43/ 77, en el Penal, 125/ 144/

MATERNIDAD: partos en el hospital militar, 190/ 198/ 226/ 251/ 2) Exiliadas

MATERNIDAD/ Abandono, 3/ 130/ 221/ 248/ 262/ 277

3) Familiares

RELACIÓN hijas-presos / 64/90/ 141/ 176/ 188/ 191

RELACIÓN familiar de /madre/padre/ hermana./amiga/ 65/ 69/ 137/ 139/ 187/ 192/ 193/ 194 / 195 / 204 / 218/ 267

4) Comunes /in-siliadas

MATERNIDAD/MADRES 53 / 272/ 295

INFANCIA EN DICTADURA 15/ 22/ 41/ 54/55/ 83/ 84/ 105/ 118/ 119/ 159/ 172/ 175/ 177/ 207/ 208/ 250/ 298

BARRIOS/VECINDARIO/RECLUSIÓN, 32/ 34/ 68/ 74/ 75/ 296/ 304/ 307/ 316

TESTIGOS DE, 31/ 71/ 225/ 227/ 240/ 274 / 317

AMISTAD52/ 73/ 199/

AMOR/ INICIO SEXUAL 17

VIOLACIÓN 214

TRAICIÓN 94

TORTURADORES 116



‘Las mujeres dicen basta’: movilización, política y orígenes del feminismo argentino en los 70¹

Alejandra Vassallo

Cuando en octubre de 1970, Gabriella Roncoroni de Christeller respondió al llamado de María Luisa Bemberg² para crear un grupo feminista en la Argentina, ya había recorrido un largo camino desde su Italia nativa y el casamiento con un industrial que la había convertido en condesa. Nacida entre dos guerras mundiales y escapando desde Rumania hasta Suiza como refugiada, Christeller llegó a la Argentina como una joven madre en 1946. Hija de una simpatizante de las sufragistas inglesas de principios de siglo XIX³ y proveniente de una familia con una larga historia de activismo social cristiano,⁴ Christeller continuó en la Argentina su activismo en proyectos comunitarios a través de su trabajo con la Orden de Foucauld, asociada a los orígenes de la Teología de la Liberación en América latina. Durante los años sesenta, Christeller viajó regularmente a la selva chaqueña, en el noreste argentino, donde ayudó a crear la “Cooperativa Fraternal Fortín Olmos”, que representaba alrededor de 2000 familias de hacheros, desarraigadas y analfabetas. Entre otras tareas, Christeller supervisó el programa educativo que incluía el viaje a las ciudades y la estancia en familias receptoras de los hijos e hijas de los hacheros. Así, ella y su hijo adolescente se convirtieron en una presencia familiar en Fortín Olmos, en las asambleas de la cooperativa y en los hogares, donde visitaba a las mujeres. Pero también era reconocida en los círculos sociales de Buenos Aires de los

que conseguía apoyo financiero para la cooperativa y a los que llegaba gracias a sus conexiones familiares.

De acuerdo a Christeller, y a pesar de que conocía a Simone de Beauvoir y sus escritos por la amistad que las unía, fue su trabajo con las niñas y las mujeres de Fortín Olmos las que dispararon su posterior compromiso con el feminismo. Ella recuerda cómo, mientras los hombres de la cooperativa aprendían a recobrar sus propias voces y sus derechos, sus mujeres permanecían silenciosas y ausentes de los procesos de toma de decisiones dentro de la cooperativa. Una experiencia también diferencial se daba en el programa educacional con los y las jóvenes que regresaban a la comunidad luego de completar su educación formal. Según Christeller, los varones sólo pensaban en irse y hacer sus vidas lejos de allí, mientras que las mujeres se mostraban ansiosas por regresar y trabajar para “elevar a sus comunidades”. Pero, aunque Christeller admiraba lo que ella definía como “la diferencia y la extraordinaria energía de las mujeres latinoamericanas”, también entendía que el hecho de que las mujeres ocuparan la condición más baja dentro de sus comunidades se debía a causas histórico-culturales que, por ejemplo, sancionaba a las mujeres cuando quedaban embarazadas a los doce años, pero dejaba impunes a los varones jóvenes y adultos de la comunidad. “Y ésa es la razón por la que me hice feminista”.⁵

Este trabajo se propone explorar los mitos de origen del feminismo argentino, trazando los recorridos personales y políticos, individuales y colectivos de algunas de sus protagonistas, en un intento de comprender los alcances de uno de los lemas fundacionales del feminismo de la llamada “segunda ola”: “lo personal es político”. Asimismo, nos proponemos analizar de qué manera las feministas plantearon en el convulsionado contexto argentino de los setenta, la construcción de un movimiento social y un programa de acción, la creación de espacios de “empoderamiento” para las mujeres y la producción de teoría y praxis feministas. Debido a sus orígenes únicos, su papel pionero en la historia del feminismo argentino, su influencia en la formación de otros grupos y los parámetros sobre los

que se definirían la identidad y la acción feminista en los tempranos setenta, este trabajo se concentrará en los orígenes de la primera asociación feminista de los años 70, la Unión Feminista Argentina (UFA), entre 1970 y 1973. A través de las historias de algunas de sus militantes, se hará particular énfasis en cuestiones relacionadas a las motivaciones personales, las estrategias de organización y los objetivos y prácticas políticas de este colectivo feminista.

Política y feminismo a principios de los setenta

La década transcurrida entre 1966 y 1976 abarcó un período de crisis profunda en la historia contemporánea argentina, enmarcado entre dos golpes militares que llevaron a los generales Juan Carlos Onganía y Jorge Rafael Videla a ocupar la presidencia del país. Este período se caracterizó por un elevado nivel de conflictividad social y política manifiesto, entre otras cosas, en un proceso de radicalización del movimiento obrero argentino –con la aparición de tendencias alternativas y en algunas ocasiones anticapitalistas dentro del propio sindicalismo–, y en la emergencia de diversas agrupaciones políticas marxistas y peronistas que en muchos casos contaron con organizaciones armadas. El poder se convirtió en un campo de disputa tanto en la práctica como en el discurso, donde las nuevas generaciones y las nuevas comunidades políticas discutieron y concretaron modelos alternativos de movilización social y participación. En este contexto, el surgimiento de organizaciones feministas fue una de las múltiples formas en las que grupos de mujeres que provenían de distintos sectores sociales y experiencias militantes lucharon por un lugar y una voz propias dentro de la política argentina de los años setenta.

Los estudios sobre “los 70” en la Argentina pueden dividirse en dos etapas delineadas tanto por la periodización establecida, como por los objetos de estudio y sus abordajes. Por un lado, la periodización histórica marca una primera etapa entre 1966 y 1976 que comienza

y termina con sendos golpes militares.⁶ Una segunda etapa se inaugura con el golpe de 1976, que sistematizó el aparato terrorista de estado y la vulneración de derechos humanos, y preparó el camino para la implantación del programa neoliberal, vigente hasta la actualidad.⁷ Respecto de la primera etapa, las investigaciones generalmente coinciden en que, con la autodenominada “Revolución Argentina” instaurada por la dictadura de Juan Carlos Onganía en 1966, se aceleró un proceso de movilización social, resistencia sindical y lucha armada que tuvo su punto de inflexión en 1969, con el Cordobazo, y derivó en el breve interregno democrático con el triunfo del peronismo y su permanencia en el gobierno entre 1973 y 1976. Así, a fines de los sesenta y principio de los setenta, las contradicciones principales de la Argentina se analizaron exclusivamente en términos de clase, dependencia e imperialismo, en las que todos los actores políticos se definieron a sí mismos en torno a la antinomia capitalismo o revolución socialista (si bien esta última era entendida y delineada de muy distintas maneras según el origen marxista o peronista de las organizaciones).

En este contexto de análisis, el pensamiento y la acción feminista aparentemente no tenían cabida alguna. De hecho, los partidos y las organizaciones políticas, mayoritariamente consideraron que las reivindicaciones propuestas por el movimiento de liberación de las mujeres distraían los verdaderos objetivos de la lucha revolucionaria. Asimismo, la historiografía tradicional parece no apartarse de ese supuesto y se ha mostrado poco dispuesta a explorar los vínculos estrechos entre las distintas luchas de liberación y sus protagonistas, de los que abundan ejemplos de cruces, debates, doble militancia y reapropiación de prácticas y herramientas de análisis que apuntan a un entramado mucho más complejo entre las luchas por la revolución social y la revolución sexual y de género.⁸

Entre 1970 y 1975, se formaron diversas organizaciones feministas en la Argentina. En 1970, la Unión Feminista Argentina (UFA) abrió el camino y funcionó también como una organización federativa para otros grupos como Muchacha y el grupo Nueva

Mujer. Entre 1972 y 1975 nacieron el Movimiento de Liberación Femenina luego llamado Organización Feminista Argentina (OFA), el Movimiento Feminista Popular (MOFEP, ligado al FIP, que más tarde se transformó en CESMA), y la Asociación para la Liberación de la Mujer Argentina (ALMA). En 1975, a raíz del Año Internacional de la Mujer declarado por la ONU, todas estas organizaciones formaron el Frente de Lucha por la Mujer (FLM). Trabajando juntas en el Frente, las feministas de distinto signo elaboraron un programa que podía definirse como la síntesis de sus esfuerzos y luchas en los cinco años previos. El programa de once puntos incluía: salario para el trabajo doméstico; iguales oportunidades de acceso a la educación, la formación técnica y el empleo; reforma y cumplimiento de la legislación sobre guarderías infantiles; anulación de la legislación que prohibía la difusión y uso de anticonceptivos; aborto legal y gratuito, realizado en hospitales públicos; creación de una agencia gubernamental para controlar el cumplimiento de la legislación contra la trata de blancas; inclusión de los artículos sobre protección de la maternidad en el sistema de seguridad social; potestad y tenencia compartidas; no-discriminación de madres solteras y protección a sus hijos; derogación de la ley que obliga a la mujer a seguir al marido al domicilio que éste fija; y divorcio absoluto a petición de una de las partes.⁹

Aunque en la historiografía contemporánea argentina el movimiento feminista de los años setenta está prácticamente ausente, quienes sí se detienen en él tienden a aislar a UFA y otras organizaciones del proceso de movilización política de esos años, al proponer que surgió de las preocupaciones (burguesas) de una mujer que pertenecía a la más rancia oligarquía argentina, María Luisa Bemberg, y de una condesa italiana, Gabriela Christeller, cuyo único mérito parecía ser su amistad con Simone de Beauvoir. Se supone entonces que, gracias a su inserción de clase y sus viajes a Europa y los Estados Unidos, estas dos mujeres supuestamente 'importaron' a la Argentina la experiencia del movimiento internacional de Liberación de las Mujeres ("*Women's Lib*"). Esos relatos no sólo minimizan la experiencia feminista a un

escaso número de mujeres argentinas, sino que invisibiliza las diversas historias políticas y personales de todas sus protagonistas, así como su accionar colectivo.

Intentar desentrañar “el mito de origen” del feminismo de los 70, supone entonces una revisión crítica de la historiografía argentina que no sólo señale la invisibilización de las mujeres en la historia de los procesos sociales de cambio, sino también los problemas que los criterios de periodización tradicional pueden acarrear a un análisis de género. Así, uno de los primeros interrogantes apunta a comprender cómo y cuándo las mujeres en tanto grupo o sector –o como ‘clase-marginada-de-las-clases’, al decir de UFA en uno de sus documentos fundacionales¹⁰– actúan colectivamente y en qué forma definen y articulan sus objetivos y organización.¹¹ Estos pueden o no coincidir con otros procesos de movilización, pero de ninguna manera pueden considerarse aislados del contexto social, político, económico y cultural que les dio origen y a los que pretende transformar mediante esa acción colectiva. A su vez, la revisión crítica debería incluir la producción histórica feminista en la Argentina y las formas en que el feminismo argentino se ha planteado la construcción de su memoria colectiva.¹² Rescatar la existencia de UFA a través de las historias personales de sus fundadoras y activistas, los documentos que ellas produjeron, los discursos y prácticas con los que dialogaron,¹³ y las acciones que llevaron a cabo, es comprender la experiencia del feminismo de los 70 en la Argentina como el resultado no sólo de una revolución cultural en el mundo occidental en general, sino también como una consecuencia directa de la historia política y social argentina.

UFA: confluencias e inicios

En 1968, luego de una larga experiencia en proyectos cooperativos y asistenciales que serían la base de su posterior vuelco al feminismo, Gabriella Christeller fundó el *Centro de Investigación y Conexiones sobre la Comunicación Hombre - Mujer* (C.I.C.), que se

constituyó en el primer intento sistemático en la Argentina de estudiar el género en términos de una relación social entre varones y mujeres.¹⁴ El término acuñado en un comienzo por el C.I.C. para intentar categorizar su campo de estudio, *parejología*, –luego descartado– enfatizaba el componente relacional que décadas más tarde caracterizaría a los estudios de género en general. Para profundizar su búsqueda de “las dimensiones biológicas, psicológicas, sociales, económicas y culturales”¹⁵ en las que se insertan las relaciones entre varones y mujeres, Christeller comenzó a contactarse con diversos centros de estudio y militantes del movimiento de mujeres en Chile, Estados Unidos, Canadá, Francia, Italia, Gran Bretaña y España. Entre 1968 y 1971 realizó varios viajes y así comenzó a forjar sus contactos internacionales, mientras que al mismo tiempo reunía una vasta bibliografía con la producción más actualizada en el campo de la antropología, la sexualidad, la psicología y particularmente el feminismo de los años sesenta y setenta. Es por ello que en la biblioteca del C.I.C., y luego la de UFA, podían encontrarse los ‘nuevos clásicos’ como de Beauvoir, Mead, Reich, Sartre, Friedan y Mitchel, junto a los estudios de Masters & Johnson, los informes compilados por la comisión de la ONU sobre la condición de las mujeres en el mundo, y los volantes, ensayos, monografías, artículos, manifiestos y publicaciones del incipiente movimiento de liberación femenina desde Estados Unidos a Italia.¹⁶ En sus viajes, Christeller también se contactó con los colectivos feministas activos en las grandes ciudades y allí fue introducida en las técnicas de la *concienciación* como herramienta organizativa feminista. Esto la convenció de que, sin una perspectiva feminista, ni siquiera experiencias como el C.I.C. serían suficientes para cambiar la situación de las mujeres, por lo que para cuando María Luisa Bemberg la convocó en octubre de 1970, Christeller estaba lista para ser una de las fundadoras de UFA y compartir su experiencia, contactos y materiales de estudio con el nuevo colectivo feminista.¹⁷

En 1970, Bemberg había escrito el guión de la película *Crónica de una señora* y se sentía molesta y frustrada con los resultados. La

historia intentaba retratar la angustia de Fina, una mujer de la sociedad porteña que a partir del suicidio de una amiga, comienza a hacerse preguntas sobre los condicionamientos que habían llevado a esa mujer hasta aquel trágico desenlace. En el film y a medida que transcurre este despertar, se ve a la protagonista leyendo dos de los textos emblemáticos del feminismo de la época: *El segundo sexo* y *La mística de la femineidad*, homenaje de Bemberg a Simone de Beauvoir y Betty Friedan. Sin embargo, para ella el director no dejaba de sentir cierto antagonismo hacia el personaje principal, Fina, al punto de que su cámara, según Bemberg, no terminaba de empatizar con la angustia de la mujer.¹⁸ Convencida finalmente de que nadie podría expresar por ella lo que deseaba transmitir con respecto a las mujeres, y apoyada más tarde por sus compañeras de UFA, Bemberg pondría en práctica unos años más tarde una consigna feminista de la época: “es hora de que las mujeres nos atrevamos a atrevernos”.¹⁹ Y se atrevió.

Proveniente de una familia de la elite que no envió a sus hijas al colegio secundario y con una pequeña participación en la antiperonista Unión Democrática por su casamiento con un estudiante de arquitectura que militaba en el Partido Comunista, Bemberg no tardó en rehusarse a cumplir el rol tradicional de madre y esposa que se esperaba de ella. Casada a los veintitrés y divorciada poco tiempo después con cuatro hijos, Bemberg estaba en contacto con los postulados del feminismo principalmente a través de fuentes y amistades literarias como Victoria Ocampo, un personaje poderoso y controversial en los círculos literarios y feministas argentinos anteriores a la ‘segunda ola’. En los años treinta, Ocampo había sido una de las fundadoras de la sufragista Unión de Mujeres Argentinas y fue ella quien le habló a Bemberg sobre Christeller y el C.I.C., aunque según esta última, ella siempre había desconfiado de la ideología derechista de Ocampo.²⁰ Así, en 1970 Bemberg buscó a Christeller y a un pequeño grupo de mujeres para fundar la Unión Feminista Argentina, cuyo acrónimo ‘UFA’ era también un juego de palabras para expresar el hartazgo de las feministas con el status quo de las mujeres.

UFA comenzó a trabajar de inmediato definiendo sus objetivos y su programa de acción, mientras continuaba agregando más mujeres a sus filas gracias al 'boca a boca' y anuncios en los periódicos donde figuraba un número de casilla postal para contactos. Un breve análisis de los documentos fundacionales del grupo y de sus estrategias de reclutamiento resulta pertinente para ahondar en los alcances y límites de la construcción feminista y la relación entre UFA y el contexto político argentino.

Tal como debería suponerse, los orígenes de clase no marcaron necesariamente los lineamientos políticos de UFA, ya que las motivaciones de sus fundadoras para generar un espacio feminista obedecían a múltiples razones, personales e ideológicas, que operaban a diferentes niveles y que a su vez se proyectaron en la base organizativa de la agrupación. Asimismo, el hecho de que estas mujeres eligieran asociarse con los lineamientos y las representantes más radicales del Movimiento de Liberación de las Mujeres en los EE.UU. y Europa, revela una posición política y un análisis social que trascendió la pertenencia de clase de algunas de sus militantes más reconocidas. En este sentido, consideramos que la práctica común, tanto en la historiografía como en la política, de subsumir las acciones de las mujeres a su pertenencia de clase y automáticamente desechar su relevancia socio-histórica contribuye a reforzar la invisibilidad de las mujeres en la historia.²¹ En este caso también contribuye a oscurecer la historia del feminismo argentino, impidiendo analizar qué lleva a diferentes mujeres a organizarse y actuar colectivamente, cómo elaboran sus estrategias, o por qué forjan determinadas alianzas.

Pero el análisis simplista que adscribe la política de UFA al origen de clase (burguesa) de algunas de sus integrantes, se ve cuestionado al analizar el documento en el que definieron qué tipo de organización feminista sería y establecieron un programa general de objetivos y acción.²² En primer lugar, estas bases definían a UFA como un movimiento de mujeres inclusivo que "no hace discriminaciones económico-sociales, político-ideológicas; culturales o generacionales".

Además de la opresión de clase, UFA visualizaba la subordinación genérica de las mujeres como una “constante a través de las diversas etapas históricas: esclavitud, feudalismo, capitalismo y aún dentro de los países con estructura socialista”. UFA reconocía que, incluso si ciertos partidos incluían demandas feministas en sus programas, “éstas no sustituyen el proceso de liberación de la mujer” que tenía características propias y exigía una estrategia definida, no sólo en la lucha social, sino incluso hacia el interior de las propias organizaciones que pugnaban por el cambio. Así, las feministas argentinas proponían un compromiso activo de las mujeres en su propia lucha de liberación, a través de asociaciones específicas que trascendieran la política partidaria tradicional. Según ellas, los partidos y las organizaciones luchaban por “la toma del poder”, que, desde una concepción tradicional de la política, en realidad dejaba intactas las desigualdades de poder en el interior de las organizaciones y en las instituciones sociales en general. Por el contrario, UFA, al igual que la mayoría de los grupos feministas en los EE.UU. y Europa, señalaba estas cuestiones diferenciales del poder como subyacentes a la opresión de las mujeres.

Resulta difícil para este análisis medir la influencia concreta de otros grupos feministas sobre la conformación de la ideología grupal, ya que no hay forma de establecer una relación directa entre la disponibilidad de los escritos recopilados de distintos movimientos y la forma en que fueron apropiados por los miembros de UFA en su conjunto. En ese sentido la memoria de las protagonistas difiere en cuanto a la importancia de las lecturas, o al hecho mismo de que UFA fuera un grupo preocupado por la formación teórica. Sin embargo lo que importa destacar en este análisis es que las militantes de UFA se reconocían en una serie de escritos emblemáticos de los sectores más radicalizados del feminismo contemporáneo –aquel que había tenido que lidiar con la práctica y la teoría de la izquierda y la nueva izquierda– y fue en diálogo con ellos que elaboraron su propio programa. En la memoria colectiva de nuestras testimoniadas, el impacto de nombres como Kate Millet, Shulemith Firestone, Juliet

Mitchel o Carla Lonzi parece mucho más fuerte que los clásicos Simone de Beauvoir o Betty Friedan. Esto se corrobora al mirar los escasos archivos que han quedado de aquella mítica biblioteca de UFA, en donde se destacan mimeos de declaraciones, discursos y ensayos de los colectivos feministas norteamericanos firmemente encuadrados en un agudo análisis político y un programa de cambio social total. Nos referimos a los escritos publicados por los grupos de Chicago, Detroit, Berkeley, Nueva York y Boston donde asoman, además de los nombres paradigmáticos del feminismo radical y político, los nombres de Roxanne Dunbar con un feroz análisis de la problemática racial y de clase en la sociedad norteamericana; Ester Serrano, que incorporaba la dimensión de la difícil integración étnica en el movimiento; y Mary Ann Murphy, que analizaba la problemática relación del *Women's Lib* con la izquierda. A esta lista se agregaban los documentos producidos por las mujeres de diversas confesiones religiosas cristianas, que se adscribían a los postulados del movimiento feminista para cuestionar el poder patriarcal eclesiástico. La discusión de estos escritos resulta por demás llamativa en un país como Argentina donde el poder de la iglesia (católica) ha sido siempre uno de los obstáculos más grandes para el movimiento de mujeres en general. A su vez, el hecho de que los contactos que establecieron las militantes de UFA fuera siempre con partidos o frentes políticos de izquierda pareciera demostrar que compartían un análisis socio-político general, aunque también criticaran duramente sus limitaciones al no incluir la crítica feminista del poder.

En el contexto argentino de una política signada casi exclusivamente por un análisis de clase y de dependencia, la propuesta de un movimiento que se proclamaba policlasista y proponía una profunda crítica social tanto a las sociedades capitalistas, como a los proyectos socialistas y a sus instituciones, debe haber sido –en el mejor de los casos– difícil de digerir. En términos de la crisis de legitimidad de los años setenta, este tipo de feminismo podía tener un potencial altamente subversivo, no sólo para los poderes institucionalizados, sino para el propio campo de la izquierda y del

peronismo, ya que dificultaba la construcción de públicos homogéneos, con adversarios políticos claros y reconocibles, y formas de acción colectiva con una eficacia probada. De hecho, su potencial subversivo no sólo se encontró con la negativa de la izquierda y el nacionalismo popular a incorporar sus críticas, sino que también fue rápidamente reconocido por la extrema derecha. Ya en 1974, la paramilitar Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) comenzó a hostigar con amenazas de muerte a las feministas para que cesaran sus actividades y uno de los locales de UFA fue allanado.²³

Sin embargo, esta cualidad subversiva potencial no oculta la distancia que había entre intenciones explícitas y prácticas concretas a corto y largo plazo. En efecto, en los inicios esta convocatoria inclusiva tuvo sus frutos, pues amplió considerablemente la base militante de UFA a poco más del medio centenar de mujeres en los primeros dos años de existencia,²⁴ y junto con el método de concienciación se constituyeron en los mayores aciertos de la organización, al menos en la memoria de sus protagonistas. Todas las entrevistadas coincidieron en sentir que la concienciación fue una de las mejores experiencias que podían recordar de su paso por UFA, no sólo en términos de metodología para la organización feminista, sino para sus vidas en general. Sin embargo, aunque esto señale el éxito del método como estrategia de propaganda y para construir la subjetividad feminista en un nivel individual, no fue suficiente en la Argentina para construir un movimiento feminista de largo alcance, o para producir cambios subjetivos que fueran más allá de los pequeños grupos. Formulada a partir del concepto y la práctica marxista/leninista de "concientización" (como proceso de 'adquisición' de la conciencia de clase), la concienciación había sido la práctica generalizada del feminismo de la segunda ola para producir 'conciencia de género'. Al igual que la formación en células –pequeños grupos de reflexión y acción– de las organizaciones político-armadas, los grupos de concienciación feminista, que UFA adoptó, estaban formados por no más de 8 'activistas' y/o 'adherentes', en los que se discutían, sobre la base de lecturas y experiencias

personales, las causas de la opresión de género.²⁵ Pero el problema se planteaba con el crecimiento, tal como ya lo empezaban a comprobar los colectivos feministas de otras latitudes, que visualizaban la imposibilidad de sostener la práctica en el tiempo a medida que la misma producía resultados positivos y, en efecto, ampliaba la conciencia de género a un número cada vez mayor de mujeres. Esto significó para el feminismo norteamericano y europeo plantearse otras herramientas de 'concienciación', como por ejemplo la inserción de las feministas en las universidades y su irrupción en la creación de conocimiento crítico, así como un acceso ampliado a las nuevas generaciones de mujeres. En ese sentido, ni el contexto argentino ni las características propias de los grupos feministas de aquel momento —donde por ejemplo era escasa la presencia de mujeres universitarias— contribuyeron a superar ese límite de crecimiento. De hecho, tal como relataba Marta Miguez, ya durante la crisis de 1973 la decisión pasaba por cerrar las filas: "Decidimos abocarnos a una etapa de trabajo interno, sin proyección al exterior, que contemplara la incorporación de nuevas adherentes pero en forma muy seleccionada".²⁶ Podemos concluir que para el feminismo argentino de los 70, hubo una imposibilidad de transmitir esas "pequeñas grandes revoluciones" en la conciencia de las mujeres militantes, en campos de acción a gran escala, o en niveles de acumulación que facilitarían la construcción política en contextos más amplios y en conjunto con otras organizaciones.²⁷ Allí tal vez podría encontrarse parte de la explicación a las fracturas de UFA en 1972 y 1973, que le asestaron el golpe de gracia del cual nunca se repondría del todo. Podría sugerirse entonces que hubo un estrecho vínculo genético entre éxitos y fracasos y creemos que este debate, que aún no está cerrado, es de fundamental importancia para analizar los alcances y límites ciertos de la política feminista en la Argentina hasta la actualidad.

‘Las mujeres dicen basta’

Con una larga trayectoria militante desde principios de los años cincuenta en el partido trotskista “Palabra Obrera”, Mirta Henault había sido obrera textil y metalúrgica, delegada gremial y tenía una extensa experiencia en la política sindical y partidaria. En 1964 su esposo había muerto al manipular explosivos, convirtiendo a Henault en una suerte de “paria política”.²⁸ Impedida de continuar con su afiliación partidaria y su militancia activa debido a razones de seguridad, comenzó a reunirse en grupos de estudio. Fue durante esa época, a mediados de los años sesenta, que leyó la obra de Juliet Mitchel *Mujeres, la revolución más larga* y según sus propias palabras “ahí entré [al feminismo]”. Aunque para entonces ya no militaba en el partido, de hecho mantenía una estrecha relación con la mayoría de las mujeres activistas, que en muchos casos eran a su vez las esposas de los políticos más prominentes de los grupos trotskistas de la época.²⁹ Cuando apareció el aviso de UFA en el periódico convocando a quien quisiera participar, ellas propusieron convertirse en el grupo editor de la agrupación bajo el nombre de Nueva Mujer. Desde allí publicaron algunos de los trabajos de UFA y las traducciones de los escritos traídos de afuera. La publicación más importante fue sin duda el primer libro escrito por feministas argentinas en aquella época sobre la liberación de las mujeres, *Las mujeres dicen basta*, con artículos de Henault, Isabel Larguía y Peggy Morton, dedicado precisamente “a Gabriella [Christeller]”, de quien Henault copió la frase que da título al libro.³⁰

La facilidad con la que el grupo de ‘las políticas’ parece haber entrado a UFA da testimonio de la proclamada política de no-discriminación, aunque resulta difícil evaluar de qué forma el colectivo feminista resolvió cómo serían concretadas las políticas de integración, horizontalidad y no-liderazgo proclamadas. Más allá de las reflexiones individuales, es difícil rastrear evidencias de que UFA tuviera políticas concretas sobre los problemas (en la práctica) que conllevaría esta heterogeneidad, lo que implicaba pensar en la construcción del

movimiento como un aspecto específico y clave de la teoría y la praxis feministas. Así, por ejemplo, durante aquellos años no se planteó el tema de la creación o inserción en otros espacios desde los cuales las feministas pudieran construir y acumular un nuevo tipo de conocimiento y de política, no sólo para sus contemporáneas sino para las generaciones siguientes. En este sentido, teniendo en cuenta la especificidad del contexto argentino de alta conflictividad social y represión, el recorrido de las feministas argentinas fue muy distinto al de sus contrapartes norteamericanas y europeas en términos de construcción política. Éstas últimas lograron forjar nuevos espacios y proyectos a largo plazo que contribuyeron a crear y difundir el conocimiento feminista y que, eventualmente, se convirtieron en plataformas de poder para los feminismos y para los estudios de las mujeres.³¹ Desde entonces se abocaron a un proyecto de largo plazo de concientización, de construcción del movimiento y de crítica social, que no sólo las involucraba a sí mismas y a las generaciones pasadas, sino también a futuras generaciones de mujeres.³² Fue a causa de su activismo pasado y de su continua interacción entre el movimiento (política) y la academia (teoría), que los feminismos fueron puestos en primer plano y sus fundamentos y reivindicaciones disputados, discutidos, moldeados y transmitidos de generación en generación. Así, el conocimiento y la práctica, la teoría y la política, la conciencia personal y la acción colectiva pudieron ser acumuladas y transmitidas por varias generaciones de feministas en sus propios países para que las nuevas generaciones puedan construir sobre ellas.

En la Argentina, el tema generacional fue un aspecto que aparentemente no se presentó como un problema específico de construcción para las feministas de UFA. Mientras que en 1970 Bemberg (48), Christeller (46) y Henault (tempranos 40) eran mujeres de mediana edad y madres, una generación más joven que iba desde los 17 a los 30 también llegó a UFA, ya fuera por el 'boca a boca', el periódico, las volanteadas en la calle o a la salida de colegios y fábricas. Estas mujeres también provenían en muchos casos de diversas prácticas militantes previas en la izquierda, como fue el caso

de las jóvenes que formaron la agrupación Muchacha.³³ Algunas mantuvieron una doble militancia en organizaciones de izquierda hasta que las fracturas internas y el llamado a elecciones en 1973 marcó el límite de su activismo en UFA. Otras, en cambio llegaban a UFA habiendo abandonado su militancia partidaria.³⁴

Sin embargo, el 'dar la bienvenida' a las jóvenes no significaba necesariamente que UFA hubiera analizado la cuestión generacional en sí misma de tal forma de implementar estrategias de reclutamiento que apuntaran a las problemáticas específicas de las mujeres jóvenes. Por el contrario, los testimonios parecen confirmar una actitud más bien 'receptiva', como si la incorporación de las jóvenes se debiera ante todo a una conciencia espontánea que haría que ellas se acercaran a UFA como una consecuencia lógica de ese despertar, cuyos mecanismos no requerían de ningún tratamiento específico. El problema del desconocimiento entre las distintas generaciones del feminismo argentino –sobre todo entre aquellas que participaron de las jornadas pioneras de los setenta y los tempranos ochenta, y las que participan del movimiento desde fines de los noventa, en su mayor parte estudiantes universitarias– apunta a cierta incapacidad del movimiento feminista para explicar cómo y por qué las mujeres argentinas se hacen feministas en diferentes períodos históricos. La ambivalencia con la que se relacionan estos grupos etarios entre sí revelaría la dificultad para transmitir la experiencia y el conocimiento feminista y así acortar la brecha generacional y sentar las bases de una historia feminista que pueda ser visibilizada, discutida y reapropiada.

Alianzas frágiles: 1972 y el primer final

Para mediados de 1972, UFA había logrado ampliar su base organizativa, realizando distintos tipos de actividades relacionadas con la lucha contra la opresión sexual. Internamente, su práctica feminista se desarrollaba en torno a los grupos de concienciación y

de estudio para comprender mejor la opresión de las mujeres. Con respecto a su actividad exterior y en la limitada apertura política de los dos últimos años de la 'Revolución Argentina', las militantes de UFA llevaron a cabo campañas de propaganda denunciando, por ejemplo, el carácter patriarcal de la celebración del Día de la Madre. También organizaron conferencias y distribuyeron panfletos y volantes que daban carácter político a temas hasta entonces nunca discutidos en el debate público (o dentro de las organizaciones militantes), como el aborto, las guarderías, o la invisibilidad del trabajo doméstico y su no-remuneración a pesar del aporte que significaba para la economía nacional. Entre las acciones de propaganda más importantes, en 1972 algunas de las jóvenes de UFA invadieron la feria de modas *Femimundo* que se desarrollaba en el predio ferial de Palermo, para ayudar a María Luisa Bemberg a rodar *El mundo de la mujer*, su primer trabajo cinematográfico como directora. Rodada en forma de cámara testigo, con citas textuales del Libro Azul de Para Ti como único guión argumental, este cortometraje documental era una aguda crítica feminista al mundo artificial de la moda y el consumo de aparatos domésticos que contribuían a crear roles tradicionales de género que perpetuaban la subordinación de las mujeres. De hecho, la influencia decisiva de la experiencia de Bemberg en UFA sobre su obra posterior puede rastrearse no sólo en sus películas, en las que los mundos femeninos y los conflictos de género se ven retratados en todas sus dimensiones de opresión, sino también en el recuerdo de aquellas que compartieron con ella los grupos de concienciación.³⁵ Aunque resulta difícil evaluar la recepción de estas actividades y campañas hacia afuera, podría decirse que tal vez su potencial más importante fuera su impacto en las propias activistas, en cómo esta nueva forma de pensar y hacer política, transformaba también a sus protagonistas.

Fue en esta atmósfera optimista y luego de que algunas mujeres pertenecientes a organizaciones políticas se acercan a UFA para considerar su incorporación al movimiento feminista, que se organizó una sesión plenaria para discutir estrategias feministas y objetivos

generales. El plenario se había programado para el 22 de agosto de 1972 y UFA no podía anticipar que ese mismo día sería el elegido por las fuerzas represoras de la cárcel de Trelew, en la Patagonia, para masacrar a casi todos los prisioneros políticos que no habían podido escapar días antes en una fuga masiva.³⁶ Entre los presos se encontraba el hijo de Christeller, aquel joven que solía acompañarla a Fortín Olmos en los años sesenta y que se había unido a la lucha revolucionaria hacia fines de aquella década. Cuando Christeller llegó al plenario desesperada porque no sabía si su hijo estaba vivo o muerto, se produjo una fuerte discusión para decidir si UFA debía continuar con la reunión tal como estaba planeado, teniendo en cuenta lo que les había costado llegar hasta allí, o si debía re canalizarse para responder a la represión gubernamental con acciones concretas.³⁷ Para las mujeres de los partidos que se acercaban a UFA orgánicamente por primera vez, el hecho de que para algunas feministas esto mereciera siquiera una discusión resultó inadmisibles. Para algunas, aquel 22 de agosto había marcado su primer contacto con UFA y muchas de ellas nunca regresarían.

La masacre de Trelew se convirtió en el catalizador de las tensiones subyacentes en UFA. Éstas no sólo provenían del enfrentamiento del feminismo argentino con una cultura política que establecía los parámetros de movilización exclusivamente en torno a cuestiones de clase y dependencia, y que para 1972 había dicotomizado las opciones entre una política electoral tradicional o la revolución social. También dejaban al descubierto las discusiones internas entre las militantes de UFA en cuanto a cómo insertar la lucha por la liberación femenina en el contexto general de la política argentina. Esto se traducía en fuertes debates sobre la 'doble' militancia y visiones contrapuestas sobre la problemática de la inclusión de nuevas activistas, ya que un sector de UFA lo veía como una 'infiltración' de los partidos y organizaciones político-armadas para sumar militantes a sus filas y así distraer los objetivos específicos de la lucha contra la opresión sexual.³⁸ El hecho es que –contrario a lo que se suele afirmar en la historiografía política argentina– las

feministas de los 70 mantuvieron contactos muchos más fluidos tanto con las estructuras partidarias como con las figuras individuales adscritas al campo de la izquierda, algunas de las cuales se acercaron en más de una oportunidad a UFA o a sus militantes para proponer desde un diálogo hasta acciones conjuntas. Por el contrario el feminismo de UFA, aunque atractivo en un primera instancia para las organizaciones que proponían un cambio social, terminaba siendo profundamente revulsivo e imposible de contener sin modificar la propia base de la ideología y la estructura partidaria. Al decir de una testimoniante, la revolución de la que hablaba el feminismo era mucho más revolucionaria potencialmente que cualquiera de los proyectos que estaban siendo ensayados en el campo de la izquierda y el nacionalismo popular de aquel entonces.

Algunas consideraciones finales

Las generaciones de los ochenta y los noventa en la Argentina crecieron con la memoria viva de las luchas sociales y políticas de la 'generación de los setenta' en pos de la justicia social y el cambio revolucionario. A través de los esfuerzos de la memoria colectiva forjada por los militantes de derechos humanos, en los que las mujeres jugaron un papel fundamental, nuestra generación fue criada para no olvidar a los 30.000 desaparecidos y sus ideales de cambio social. En esta empresa de la memoria, el estudio de afiliaciones políticas, estrategias organizativas, objetivos y programas de acción han sido estudiados y debatidos para servir al propósito de construir la memoria histórica. El por qué esta memoria eligió olvidar la experiencia de UFA y de otros grupos feministas de los setenta, debería servir de guía para analizar las consecuencias políticas, sociales e ideológicas potencialmente subversivas del feminismo. Pero también debería servir al movimiento feminista en la Argentina para comprender su responsabilidad en mantener viva su propia memoria, en función de las generaciones futuras.³⁹

En un país en donde toda una generación de madres aún busca a sus hijos y nietos desaparecidos, nos proponemos comenzar la travesía en sentido contrario. Queremos saber quiénes somos y qué luchas nos dieron a luz. Queremos saber dónde están nuestras 'madres' y qué es lo que hicieron para que nosotras construyamos sobre ello.

Notas

¹ Este trabajo se basó en entrevistas llevadas a cabo por la autora entre diciembre de 2001 y abril del 2002 a feministas argentinas de los setenta; entrevistas realizadas por Marcela Nari en los años noventa (parcialmente publicadas en "Abrir los ojos, abrir la cabeza: el feminismo en la Argentina de los años 70", *Feminaria*, Año IX, N° 17/18, noviembre 1996); la encuesta feminista hecha por el CECYM publicada en "Feminismo por feministas. Fragmentos para una historia del feminismo argentino", *Travesías 5. Temas del debate feminista contemporáneo*, Año 4, N° 5, octubre 1996; en documentos elaborados y/o procurados por UFA (Unión Feminista Argentina) entre 1970 y 1974. Deseo agradecer especialmente a Sara Torres y a Gabriella Roncoroni de Christeller por su generosidad al abrirme sus invaluable archivos.

² En los años ochenta, María Luisa Bemberg se convertiría en exitosa directora de cine. Sus películas ganaron premios internacionales y *Camila* fue nominada mejor película extranjera al Oscar en 1985.

³ En un emotivo recuerdo de las simpatías feministas de su madre, Christeller recordó cómo en su lecho de muerte, la madre había entonado una canción aprendida en su juventud de las sufragistas inglesas que comenzaba diciendo: "El me cambia el nombre, me cambia la vida..." Entrevista de la autora.

⁴ En Italia, la familia Roncoroni está asociada a la fundación de escuelas, bibliotecas y otros proyectos sociales en su pueblo natal, cerca de Milán. En la Argentina, Christeller ha continuado esa historia a través de la Fundación Pío Roncoroni, que apoya proyectos educativos y otros vinculados a la paz, la "ciudadanía universal" y

la “transformación de la conciencia planetaria”.

⁵ Entrevista de la autora. Una sabrosa anécdota muestra la transformación en las ideas y la militancia de Christeller. Al preguntarle en qué medida las prácticas feministas como la ‘concienciación’ habían transformado su perspectiva, ella recordó el momento en que se dio cuenta de que durante todos los años en que había sido la mano derecha del Padre Paoli (director de la Orden y motor de las cooperativas), escribiendo sus conferencias y “lavando sus medias”, él la había explotado sin ningún reconocimiento a sus contribuciones. Harta de tal situación, un día abofeteó al sorprendido Paoli y se rehusó a continuar trabajando para él. Incluso cuando años más tarde el sacerdote se disculpó en una carta y le sugirió que podían seguir trabajando juntos, Christeller se negó y rechazó su ofrecimiento. Entrevista de la autora.

⁶ Si bien establecemos esta distinción, lo hacemos a sabiendas de la existencia de un debate historiográfico en torno a las continuidades y rupturas existentes entre uno y otro momento histórico. Por otro lado, no nos adentraremos en el análisis de la etapa que comienza en 1976 puesto que excede el marco temporal de este trabajo.

⁷ En este sentido, las dos etapas señaladas se diferencian asimismo por los ejes o problemas desde los que se abordan los estudios sobre la larga década del 70 en la Argentina: antes de 1976 el análisis se ha centrado mayoritariamente en el estudio de la movilización y la lucha armada, mientras que el período dictatorial de 1976-1983 se ha constituido en un campo específico de análisis sobre terrorismo de estado, derechos humanos y reflujo social. Algunos de los trabajos más importantes sobre el primer período son: Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1993; Anzorena, Oscar, *Tiempo de Violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998; Balvé, Beba et al, *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969)*, Ediciones La Rosa Blindada, 1973; Balvé, Beba y Balvé,

Beatriz, *El '69. Huelga política de masas*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1989; Delich, Francisco, *Crisis y protesta social. Córdoba 1969*, Córdoba, Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba, 1994; Berrotarán, Patricia y Pozzi, Pablo, *Ensayos inconformistas sobre la clase obrera argentina (1955-1989)*, Buenos Aires, Editorial Letrabuena, 1994; Brennan, James, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996; Calello, Osvaldo y Parceró, Daniel, *De Vandor a Ubaldini*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Andujar, Andrea, "Combates y experiencias. Las luchas obreras en Villa Constitución (1974-1975)", *Taller. Revista de sociedad, Cultura y Política*, Vol. 3, n.º 6, abril 1998, pp. 93-146; Gillespie, Richard, *Montoneros. Soldados de Perón*, Buenos Aires, Editorial Grijalbo, 1988; Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1989; Pozzi, Pablo, "Por las sendas argentinas..." *El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001; Seoane, María, *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1992; Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993; Urondo, Francisco, *La patria fusilada*, Buenos Aires, Ediciones de Crisis, 1973.

⁸ En este sentido, no sólo nos referimos a la militancia del movimiento de mujeres y sus vínculos con la izquierda. En la Argentina, también el movimiento gay como tal nació a la luz de la profunda crítica social del momento y, como el feminismo, pretendió llevarla hasta sus últimas consecuencias. Ver Perlongher, Néstor, "Historia del Frente de Liberación Homosexual", *Prosa Plebeya. Ensayos 1980-1992*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1997, pp. 77-84. Entrevistas de la autora también confirman los vínculos estrechos entre el feminismo y el FLH en los tempranos 70, así como el paso de la mayoría de sus militantes por organizaciones de la izquierda tradicional.

⁹ "Convocatoria Frente de Lucha por la Mujer. 1975: Año

Internacional de la Mujer." Este documento, que también se distribuyó en la calle, fue elaborado para presentarlo en el Congreso Internacional auspiciado por el gobierno (Isabel Perón), que se llevó a cabo en el Teatro Gral. San Martín. Sin embargo, su comité organizador impidió, incluso mediante el uso de la fuerza, que el FLM pudiera participar. (Entrevistas de la autora con Sara Torres e Hilda Rais, dos militantes de UFA.)

¹⁰ Facsímil de documento de divulgación sin título en el que UFA define sus objetivos, c. 1970.

¹¹ El problema de definir a las mujeres como 'conjunto social' ha sido largamente debatido tanto en el ámbito académico como en el movimiento feminista. Aunque en general existe un consenso al considerar que las relaciones diferenciales de poder entre varones y mujeres se extienden a todas las clases y sectores, la especificidad histórica de las identidades de clase, raciales, étnicas, nacionales, sexuales, etarias, religiosas y otras atraviesa en forma profunda y compleja las relaciones de género y desafía tanto las interpretaciones como las posibilidades de acción y organización. Un excelente panorama sobre las dificultades y posibilidades de considerar a las 'mujeres' como un colectivo social se encuentra en Young, Iris M., "Gender as Seriality: Thinking about Women as a Social Collective", Laslett, Barbara et al, comps., *Rethinking the Political. Gender, Resistance, and the State*, Chicago, The University of Chicago Press, 1995, pp. 77-98; Mouffe, Chantal, "Feminism, Citizenship, And Racial Democratic Politics", Butler, Judith y Scott, Joan W., comps., *Feminists Theorize the Political*, New York, Routledge, 1992, pp. 369-384 y Riley, Denise, "A Short History of Some Preoccupations", ídem, pp. 121-129. El reconocimiento de diferencias entre mujeres de diferentes clases y razas sin embargo, no significa desechar la posibilidad de encontrar identidades y terrenos comunes de acción, ver hooks, bell, "Feminism: A Transformational Politic", Rhode, Deborah, comp., *Theoretical Perspectives on Sexual Difference*, New Haven, Yale University Press, 1990, pp. 185-196. Desde otra perspectiva, Moraga, Cherríe, "From a Long Line of Vendidas:

Chicanas and Feminism”, de Lauretis, Teresa, comp., *Feminist Studies. Critical Studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1986.

¹² Entre los trabajos sobre los 70 publicados por feministas, ver Cano, Inés, “El movimiento feminista argentino del 70”, *Todo es Historia*, n.º 183, agosto 1982, pp. 84-93; *Feminismo por feministas...* op. cit.; Nari, Marcela., “Abrir la cabeza...”, op.cit.; Calvera, Leonor, *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990, Oddone, María Elena, *La pasión por la libertad. Memorias de una feminista*, Asunción, Colihue-Mimbipá SRL, 2001.

¹³ La naturaleza dialógica de la producción discursiva feminista es un componente fundamental para comprender los orígenes de UFA y sus desarrollos posteriores. El concepto bajtiniano de comprensión y relación dialógicas nos ha sido muy útil para evaluar el papel de la lectura y la escritura en la construcción feminista de la subjetividad. Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal*, México DF, Siglo XXI, 1982, especialmente 248-293 y 391-396.

¹⁴ *Centro de Investigación y Conexiones Referentes a la Comunicación Varón-Mujer*, “Qué es el CIC”, una descripción de propósitos, estatutos y programas de investigación y estudio. S/F, C.I.C., archivo de la Fundación Pío Roncoroni.

¹⁵ C.I.C., “Estatuto: propósitos y objetivos”, Art. III, a. (Fundación Pío Roncoroni, s/f)

¹⁶ Desafortunadamente, y debido a la represión desatada por los grupos paramilitares que tomaron a UFA como uno de sus blancos ya en 1974, la mayoría de este material se ha perdido. Pudimos reconstruir en parte el catálogo de las bibliotecas del C.I.C. y de UFA gracias a un manuscrito encontrado en los archivos de la Fundación Pío Roncoroni. Numerosas colecciones de documentos elaborados por los colectivos feministas de Estados Unidos, Italia y Francia a fines de los sesenta y principios de los setenta dan un panorama de las lecturas de las feministas argentinas, casi en la misma época en que fueron elaborados por grupos como Rivolta Femminile, Women’s Liberation Basement Press Collective, The Feminists, Redstockings,

October 17 Movement, Cell 16, New York Radical Feminists, etc. y que se publicaron en *It Ain't Me Babe*, *New England Free Press*, *Notes on Women's Liberation*, *The Militant*, *Rat*, *Everywoman*, *Off Our Backs*. Las antologías de los primeros escritos pueden encontrarse en AA.VV., *Notes From the First Year*, New York, 1968, *Notes From the Second Year*, New York, 1970, *Notes From the Third Year*, New York, 1971; AA.VV. *Sisterhood is Powerful: An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*, New York, Vintage Books, 1970.

¹⁷ Christeller contribuyó materialmente al proyecto al brindar un local de reuniones para UFA durante los primeros dos años. A su vez, María Luisa Bemberg costeó la impresión de volantes, e incluso pagó a un publicista para diseñar el volante del Día de la Madre para la campaña de denuncia de la explotación de las mujeres. Entrevista Sara Torres.

¹⁸ Fontana, Clara, *María Luisa Bemberg*, Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. 17-18

¹⁹ Fontana, Op. cit., p. 19.

²⁰ Para un análisis feminista de la obra de Ocampo, ver Greenberg, Janet, "A Question of Blood: the Conflict of Sex and Class in the 'Autobiografía' of Victoria Ocampo," Bergmann, Emilie et al, *Women, Culture, and Politics in Latin America. Seminar on Feminism and Culture in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1990, pp. 130-150; Mizraje, María G., *Argentinas de Rosas a Perón*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1999.

²¹ Otro ejemplo de esta práctica es el caso de las mujeres de la elite que formaron parte de la Sociedad de Beneficencia (1823-1947), que al asociarlas exclusivamente al campo de la caridad y la asistencia social, se las ha borrado de la historia de la construcción del estado, la nación y la política argentina en el siglo XIX. Vassallo, Alejandra, "Sewing Virtue in the Nation's Fabric. The Creation of Republican Women (Argentina 1823-1880)" *13th Berkshire Conference on the History of Women*, junio 2-5, 2005, Scripps College, EE.UU..

²² Documento fundacional, mimeo, c. 1970, colección privada,

Gabriella Roncoroni de Christeller. Las citas subsiguientes pertenecen al mismo documento.

²³ Entrevistas: Christeller, Torres, Henault, Rais.

²⁴De acuerdo a los testimonios, incluso en su pico más alto, UFA contaba con alrededor de 60 militantes y llegó a convocar entre 200 y 300 mujeres en eventos especiales.

²⁵ Existen otros paralelos que pueden trazarse, como por ejemplo las categorías establecidas para pertenecer a la organización, o las sanciones. En UFA se diferenciaba entre “activista” y “adherente”, y se sancionaba a quienes no cumplieran con los compromisos estipulados. Ver “Documento 1. Unión Feminista Argentina” en *Travesías*, Op. cit., pp. 133 y ss.

²⁶ *Ibid.*, p. 13.

²⁷ No ignoramos que en el contexto argentino de crisis y represión, esta problemática afectaba, en mayor o menos medida, a todas las organizaciones políticas. Pero creemos que además de las causas externas, deben analizarse los componentes internos de la crisis que, incluso el día de hoy, dificultan la construcción de un movimiento feminista a gran escala, o por caso, una construcción más fructífera entre los feminismos y los movimientos de mujeres, que a partir de los Encuentros de Mujeres motorizados inicialmente por feministas, tienen un protagonismo cada vez mayor en la política argentina.

²⁸ Entrevista de la autora. En sus inicios, Palabra Obrera fue pro peronista y luego se tornó castrista. Eventualmente convergió en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). El marido de Henault, el ‘vasco’ Bengoechea murió en 1964.

²⁹ El grupo Nueva Mujer liderado entre otras por Mirta Henault habría incluido a muchas de las “primeras damas” del trotskismo argentino. En su testimonio, Henault habla de otras mujeres que entraron a UFA con ella, aunque admitió que después de 1972, los conflictos internos de UFA enfrentaron a ‘las políticas’ con quienes no tenían una afiliación partidaria, contribuyendo a la fractura de la organización..

³⁰ Henault, Mirta, Morton, Peggy y Larguía, Isabel, *Las mujeres dicen basta*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Mujer, s/f.

³¹ El Proyecto de Educación Radical (REP) por ejemplo, creció junto al movimiento y tuvo una amplia difusión en varios niveles. En muchos casos, el REP fue el responsable de las primeras versiones publicadas de los manifiestos feministas, que las activistas difundían a través de sus militancias estudiantiles, barriales, antibélicas y por los derechos civiles. (Temma Kaplan, comunicación personal, mayo 2002, aunque no hago responsable a Kaplan por mi propia interpretación de la importancia que tuvo para la construcción del movimiento feminista en EE.UU. la inserción académica de sus militantes, en contraposición a lo que sucedió en el caso argentino.)

³² Existen varios trabajos sobre la historia de la Segunda Ola y su impacto en el empoderamiento de las mujeres. Un excelente panorama por su visión comparativa de los feminismos norteamericanos y europeos y por su investigación bibliográfica está en Ergas, Yasmine, "Feminisms of the 1970s," Thébaud, Françoise, comp., *A History of Women. Toward a Cultural Identity in the Twentieth Century*, (Cambridge: Harvard University Press, 1994); un ejemplo paradigmático del entrecruzamiento de las prácticas personales, políticas y académicas está en Rowbotham, Sheila, *Threads Through Time. Writings on History and Autobiography* (London: Penguin Books, 1999);

³³ Aunque desde los documentos y los testimonios no resulta clara la exacta composición y el peso de Muchacha dentro de UFA, parecen haber tenido un compromiso muy activo al menos como lo refleja algunos de los números de la revista que llegaron a publicar, que muestra un claro perfil 'joven' y con algunos artículos firmados por estudiantes de últimos años del secundario. *Muchacha*, n.º 2, año 1, c. 1971. Según algunos testimonios, el grupo y la publicación pertenecían a feministas dentro del PST. Una visión divergente sobre esta agrupación puede verse en Calvera, Op. cit., p. 32.

³⁴ Leonor Calvera ha explicado las razones de las fracturas de UFA en términos de lealtades feministas versus lealtades partidarias.

En su historia de la experiencia feminista argentina, también parece haber una crítica implícita al intento de UFA de incluir mujeres 'políticas'. Aunque este tema no se desarrolla en su obra, surge por la omisión de ciertos aspectos de la historia de UFA, que hemos rescatado en los testimonios de la época que dejan sus protagonistas. Calvera, Leonor, Op. cit., pp. 36-48.

³⁵ Fueron sus compañeras quienes ante todo la alentaron a dedicarse a su carrera artística, aunque ella en un principio había pensado que a su edad sería ridículo comenzar. Entrevista con Sara Torres.

³⁶ Urondo, Francisco, Op. cit.. Dieciséis militantes de distintas organizaciones fueron asesinados en lo que se conoce como la "Masacre de Trelew".

³⁷ Unos días más tarde, Christeller supo que su hijo había sido uno de los únicos tres sobrevivientes. Un mes después se le permitió visitarlo como al resto de los familiares. Una vez allí, cuando los compañeros de prisión de su hijo se enteraron de su tarea en UFA, le pidieron que creara un grupo de concienciación con las parientas que los habían ido a visitar. Entrevistas, Christeller, Torres.

³⁸ Aunque no hay análisis más exhaustivos, tanto los testimonios recogidos por la autora como los trabajos ya mencionados dejan entrever los conflictos entre las formas tradicionales de hacer política y la nueva política feminista. Ver por ejemplo, Calvera, Op. cit. y *Travesías*, Op. cit.

³⁹ Este borramiento de la historia de UFA y de su inserción en las luchas de la generación de los setenta también puede rastrearse en la memoria de las mujeres que militaron en otras organizaciones revolucionarias, muchas de las cuales dicen no recordar o no haber sabido de la existencia de un movimiento feminista en la Argentina de los años setenta. Andújar, Andrea, "Oral History: Gender and Memory", *11th Berkshire Conference on the History of Women*, Universidad de Rochester, junio 4-6, 1999.



Uma Questão de Gênero na Ditadura Militar no Brasil

Ana Maria Colling

Introdução

A história é feita por homens e mulheres a cada instante, no cotidiano de suas vidas e no palco político por eles montado. Muitas destas vivências ou atuações políticas perdem-se para sempre, acumulando-se aos silêncios, historicamente constituídos, porque a história tem sido parcial, silenciando ou escondendo sujeitos.

Na tentativa de corrigir a história, pluralizaram-se os objetos de investigação, admitindo como sujeitos históricos, os operários, os camponeses, os escravos e as mulheres, que estavam subestimados ou colocados numa arena de menor importância. Neste desejo de inverter as perspectivas históricas tradicionais, passou-se a olhar os acontecimentos históricos pela visão de outros sujeitos.

No caso das mulheres, tem-se buscado mostrar a sua presença na história, incluindo-as como objeto de estudo, sujeitos da história; e, para isso, a categoria de análise -gênero- é usada para teorizar a questão da diferença sexual, das relações de poder entre homens e mulheres. Trabalhar com a história das mulheres, pressupõe o domínio de categorias analíticas para o entendimento das relações de gênero, perpassadas por relações de poder. Ao analisar a história das mulheres, sua participação nos grupos de oposição às ditaduras militares, estas categorias multiplicam-se em importância.

As representações da mulher atravessaram os tempos e estabeleceram o pensamento simbólico da diferença entre os sexos, hierarquizando a diferença, transformando-a em desigualdade, deixando à mulher como única alternativa a maternidade e o casamento. Aos homens o espaço público, político, onde se centraliza o poder; à mulher o privado e seu coração, o santuário do lar. Poderíamos arrolar infindáveis citações que conclamam as mulheres a não se misturarem com os homens, a permanecerem puras e castas, permanecendo em sua função caseira e materna. As transgressoras dessas normas tornam-se homens, traíndo a natureza. Esses limites da feminilidade foram determinados pelos homens.

A distinção entre o público e o privado estabelece a separação do poder. O silêncio sobre a história das mulheres advém de sua não participação na arena pública, espaço da política por excelência. Neste sentido a história da repressão durante o período da ditadura militar é uma história de homens. A mulher militante política não é encarada como sujeito histórico, sendo excluída do jogo do poder.

Falar sobre mulheres significa falar das relações de poder entre homens e mulheres. Para identificá-las como sujeitos políticos é necessário analisar as intrincadas relações de gênero, de classe, de raça e de geração. É necessário falar também do desmerecimento feminino.

Se historicamente o feminino é entendido como subalterno e analisado fora da história, porque sua presença não é registrada, libertar a história é falar de homens e mulheres numa relação igualitária. Falar de mulheres não é somente relatar os fatos em que esteve presente, mas reconhecer o processo histórico de exclusão de sujeitos. Na esteira de Michel Foucault, é fazer uma arqueologia do feminino; desconstruir a história da história feminina para reconstruí-la em bases mais reais e igualitárias. Para isso, a apresentação de algumas questões teóricas são fundamentais no entendimento da análise do objeto de pesquisa.

QUESTÕES PARA PENSAR O FEMININO

1. Representação do feminino

Virginia Woolf ao falar sobre *Profissões para Mulheres*, em um discurso de 1931, conta que a paz familiar não foi quebrada pelo arranhão de uma caneta, mas que se quisesse resenhar livros, precisaria travar uma batalha com um fantasma feminino que aparecia entre ela e o papel enquanto estava escrevendo. O fantasma era compassivo, encantador, abnegado e sacrificava-se diariamente. Era tão condescendente que nunca tinha uma idéia ou desejo próprio e a pureza era considerada sua maior beleza. Ele incomodava tanto que foi preciso matá-lo: “tive que matá-lo senão ele teria me matado. Teria arrancado o coração de meu texto.” Ele demorou a morrer, ele era o *Anjo do Lar*. É mais difícil matar um fantasma que uma realidade. Matar o *Anjo da Casa* era parte das tarefas de uma escritora. “Creio que ainda passará um longo tempo antes que uma mulher possa sentar para escrever um livro sem encontrar um fantasma para ser assassinado, uma rocha para ser golpeada” (Woolf, 1996).

Este conto de Virginia Woolf retrata a dificuldade das mulheres em ultrapassarem as barreiras do espaço privado. Por que as mulheres aceitaram e interiorizaram o modelo construído de relação entre os sexos? Segundo Pierre Bourdieu, se admitirmos que a violência simbólica se exerce prioritariamente sobre as mulheres, não podemos imaginar que somente sendo-se do sexo feminino ter-se-á uma visão histórica das mulheres, porque a visão feminina é uma visão colonizada, dominada, que não vê a si própria. Por este motivo, recomenda ele, um objeto maior da história das mulheres deve ser o estudo dos discursos e das práticas que garantem que as mulheres consintam nas representações dominantes das diferenças entre os sexos (Bourdieu; 1995: 59).

2. Desmerecimento

As mulheres desmerecem-se, atribuindo-se pouca importância, assumindo o discurso masculino, de que o lugar do poder no mundo político é reservado aos homens. A questão do consentimento é central no funcionamento de um sistema de poder, seja social ou sexual, devendo ser objeto de estudo a dominação masculina também como dominação simbólica, que supõe a adesão das próprias dominadas a categorias e sistemas que estabelecem a sujeição. Foucault nos ensina que todo saber é poder, é o saber que cria, como seu contrário, o que não é mais do que o reflexo de seu exercício. Sem falar em “consentimento” não é possível falar em relação de gênero, pois ele inculcou-se profundamente na vida das mulheres.

3. Público e Privado

A dicotomia entre público e privado ocupa um lugar de destaque na história das mulheres. Mais do que a separação dos sexos entre as duas esferas, a hierarquização e a valoração dotada a cada um dos espaços é objeto de estudo. Ao feminino caracterizado como natureza, emoção, amor, intuição é destinado o espaço privado; ao masculino, cultura, política, razão, justiça, poder, o espaço público. O homem público sempre foi reconhecido pela sua importância, participando das decisões de poder. Já a mulher pública, sempre foi vista como uma mulher comum que pertence a todos, não célebre, não ilustre, não investida de poder. Segundo Michelle Perrot, “a mulher pública constitui a vergonha, a parte escondida, dissimulada, noturna, um vil objeto, território de passagem, apropriado, sem individualidade própria” (Perrot; 1998:7). Pergunta a autora, como tornar possível uma história das mulheres se a elas foi negado até muito recentemente o acesso ao espaço público, lugar por excelência da história? Práticas da Memória Feminina

4. Poder/Saber

Acompanhar Foucault é questionar os poderes da Razão Iluminista, é fazer uma crítica da razão, às pretensões de universalidade de saberes sobre o sujeito. Ao criticar o universalismo e demonstrar que a história é uma invenção em permanente construção, Foucault tem sido útil para as historiadoras de gênero. “O que torna sua análise prática ou concreta é a tentativa de suspender a naturalidade a-histórica com que empregamos as nossas categorias de sexo, doença mental ou criminalidade” (Rajchman; 1987: 10), considerando portanto, o homem e a mulher como criações e conseqüências de uma determinada estrutura de poder. Homens e mulheres constituem-se em uma estratégia de poder. Os homens definem-se e constroem a mulher como o Outro, a partir deles mesmos. Segundo Foucault o poder pode exercer-se negativamente, proibindo, anulando ou com positividade, nos incitando a produzir, criar, falar. É o segundo que cria saber, que constrói sujeitos.

5. Gênero

A história de gênero tenta introduzir na história global a dimensão da relação entre os sexos, com a certeza de que esta relação não é um fato natural, mas uma relação social construída e incessantemente remodelada. Gênero tem sido o termo utilizado para teorizar a questão da diferença sexual, questionando os papéis sociais destinados às mulheres e aos homens.

Falar em gênero em vez de falar em sexo, indica que a condição das mulheres não está determinada pela natureza, pela biologia ou pelo sexo, mas é resultante de uma invenção, de uma engenharia social e política. A idéia de gênero, diferença de sexos baseada na cultura e produzida pela história, secundariamente ligada ao sexo biológico e não ditada pela natureza, tenta desconstruir o universal e mostrar a sua historicidade. São as sociedades, as civilizações que

conferem sentido à diferença, portanto não há verdade na diferença entre os sexos, mais um esforço interminável para dar-lhe sentido, interpretá-la e cultivá-la.

6. Desconstrução

Jacques Derrida desenvolveu o conceito “desconstrução”, teoria cética sobre a possibilidade do significado coerente, onde sugere que uma leitura desconstrutivista de um texto subverte o que é aparentemente significativo, ao descobrir nele contradições e conflitos. Para Derrida, a diferença dos sexos, não pertence à ordem do visível, do definível, mas do legível, da interpretação. Silviano Santiago em um artigo intitulado *Arte Masculina*, interpretando Derrida, demonstra que o que era dado como universal pelos compêndios de filosofia nada mais era do que a confusão entre universalidade e masculinidade. Desconstruir, segundo ele, não significa negar ou anular os valores dados como universais pelo século XIX, mas mostrar aquilo que foi escondido ou recalcado pela universalidade (Santiago; 1995).

7. Diferença

O pensamento feminista da diferença situa-se no campo da pós-modernidade porque sugere a multiplicidade, a heterogeneidade e a pluralidade e não mais a oposição e a exclusão binária, recorrendo portanto a autores como Nietzsche, Foucault, Deleuze e Derrida. A influência de Nietzsche parte do seu ceticismo em relação às noções de fato e de verdade, a negação das essências, a valorização da pluralidade de interpretações e a politização do discurso. As historiadoras que passaram da categoria da igualdade para a diferença sentiram a necessidade de falar de diferenças não somente entre homens e mulheres, mas também de diferenças entre as próprias mulheres, assim como usar a análise das mulheres como metáfora — metáfora dos sujeitos excluídos pelo discurso da universalidade. Não somente mulheres mas também homens rejeitando os essencialismos.

A diferença não é contrária à igualdade, mas à identidade. A igualdade das pessoas significa a igualdade de seus direitos civis e políticos, e não o fato de que essas pessoas sejam idênticas umas às outras por sua natureza ou mesmo por sua condição. Não é nas diferenças que reside o problema mas no modo como elas são hierarquizadas. Fruto desta hierarquia, as mulheres aparecem como inferior aos homens.

8. Empoderamento

Derivado da palavra inglesa *empowerment* que significa dar poder, habilitar, o termo tem sido usado numa perspectiva de gênero como o processo pelo qual as mulheres incrementam sua capacidade de configurar suas próprias vidas. É uma evolução na conscientização das mulheres sobre si mesmas, sobre sua posição na sociedade. O sistema de cotas reconhecidas como discriminação positiva, para corrigir séculos de desigualdade, são reconhecidas como tentativas de empoderamento das mulheres. O empoderamento deve capacitar as mulheres para assumir o poder levando em conta as relações de poder entre homem e mulher, hierarquicamente construídas.

As Mulheres e a Ditadura Militar no Brasil

A história da repressão durante a ditadura militar e assim como a oposição a ela é uma história masculina, basta que olhemos a literatura existente sobre o período. As relações de gênero estão aí excluídas, apesar de sabermos que tantas mulheres, juntamente com os homens, lutaram pela redemocratização do país. Ousar adentrar o espaço público, político, masculino por excelência, foi o que fizeram estas mulheres ao se engajarem nas diversas organizações clandestinas existentes no país durante a ditadura militar.

Na história do regime militar brasileiro, como em todos os projetos políticos autoritários, a construção de sujeitos ocorre de

forma unitária e não diversificada. A sociedade é dividida em dois blocos antagonísticos: situação e oposição, igualando-se os sujeitos. A esquerda tradicional repete a mesma fórmula: ou se é sujeito burguês ou proletário. As diversidades são entendidas como divisionistas da luta principal. Estes dois discursos anulam as diferenças e constroem sujeitos políticos únicos, desconsiderando a presença feminina e enquadrando-a em categorias que a desqualificam. Nesta medida, institui-se a invisibilidade da mulher como sujeito político.

Quando realizei meu trabalho de pesquisa sobre a construção do sujeito político “mulher subversiva”, senti dificuldade em encontrar estas mulheres para trazê-las à visibilidade. Recorri aos Arquivos da repressão, documentos do DOPS –Departamento do Serviço de ordem Política e Social do Rio Grande do Sul e do SOPS– Serviço de Ordem Política e Social, mas pela fragilidade da documentação fui obrigada a recorrer ao recurso metodológico utilizado para recuperar sujeitos escondidos pela história tradicional - a história oral. De imediato constato que a mulher, militante política é encarada como um ser “desviante”, não uma mulher ideal e desejável. Esta, estava no espaço a ela destinada, o santuário do lar, cuidando do marido e dos filhos.

A mulher militante política nos partidos de oposição à ditadura militar cometia dois pecados aos olhos da repressão: de se insurgir contra a política golpista, fazendo-lhe oposição e de desconsiderar o lugar destinado à mulher, rompendo os padrões sociais estabelecidos para os dois sexos. Que mulher é esta, invasora de um campo que não é seu? A maneira mais simplista de responder esta questão, é de que não se trata de uma mulher; a militante política é um desvio de mulher. A perplexidade dá lugar a uma caracterização necessária para enquadrar esta mulher em uma categoria, já que ela não faz parte do modelo histórico feminino que povoa os sonhos e o imaginário masculino.

A primeira medida que a polícia da repressão utiliza para tentar desqualificar a militante política é desmerecê-la em sua vontade própria, como um ser pensante que toma atitudes políticas. O passo

seguinte, para a caracterização da mulher como um sujeito político desviante, é acusá-la de viver na promiscuidade. Aos homens, presos como subversivos, cometendo portanto o mesmo delito –de insubordinação à ordem estabelecida e de contestação ao poder militar– esta acusação não é feita. Certamente, o relacionamento com várias mulheres, para provar sua masculinidade, faz parte da vida do homem. A mulher que tem um relacionamento com vários homens é um ser desviante, promíscua, e não merecedora de respeito. Então, a maneira mais simplista de conceituar esta mulher é desmerecê-la, unindo dois conceitos que são socialmente desabonatórios: comunista e prostituta. A repressão caracteriza a mulher militante como PUTA COMUNISTA. Ambas categorias desviantes dos padrões estabelecidos pela sociedade, que enclausura a mulher no mundo privado e doméstico.

Por outro lado, as próprias mulheres militantes assumem a dominação masculina, tentando camuflar a sua sexualidade numa categoria sem sexo - a militante política. Para se constituírem como sujeitos políticos, estas mulheres estabelecem identidade com o discurso masculino diluindo as relações de gênero na luta política mais geral. A condição de gênero está subsumida ao discurso de unificação dos sujeitos. Como espaço fundamentalmente masculino, impunha-se às mulheres a negação de sua sexualidade como condição para a conquista de um lugar de igualdade ao lado dos homens. As relações de gênero diluíam-se na luta política mais geral. O desmerecimento feminino, atribuindo-se pouca importância, assumindo o discurso masculino de que o lugar do poder, no mundo político é reservado aos homens, aparece constantemente nas falas femininas. Julgavam-se sem importância para serem presas juntamente com os homens.

A questão do consentimento é central no funcionamento de um sistema de poder, social ou sexual. As representações de inferioridade feminina são incansavelmente repetidas, demonstradas, incorporando-se às formas de linguagem, inscrevendo-se no pensamento e idéias de homens e mulheres. Assim, a construção da

identidade feminina enraíza-se na interiorização pelas mulheres do discurso masculino. Por esta razão um dos objetos de estudo da história das mulheres é o estudo dos discursos e das práticas que fizeram com que mulheres consentissem nas representações dominantes da diferença entre os sexos.

Não somente homens mas também mulheres esqueciam que a luta pela igualdade passa pelo reconhecimento das diferenças. Os próprios partidos de esquerda, onde militavam estas mulheres, não tinham a preocupação em analisar e resolver as intrincadas relações de poder entre os gêneros, presentes também dentro das organizações. As próprias mulheres não tinham uma clara compreensão de como deveriam se constituir como sujeitos políticos. Um exemplo evidente da compreensão equivocada das relações de gênero, transparecia na relação com outras mulheres. Diz um das entrevistadas: “a direita, as alienadas e nós, as deusas”. As militantes –as “deusas”– tinham a política como preocupação. Quem exercia a militância política tinha outros valores, e o cuidado com a aparência não merecia lugar nesta visão de mundo. A militância ocupava todo o tempo disponível e a aparência passava a ser algo menor, sem importância. Relata uma entrevistada, que elas, as militantes políticas, faziam um esforço muito grande para não ter desprezo pelas outras mulheres, as alienadas. Não entendiam como estas outras mulheres conseguiam viver, passar pela vida sem atuação política.

Os militares ao tratar a mulher política, de imediato tentam a sua desqualificação como sujeito autônomo. Sua caracterização dá-se como apêndice dos homens, incapaz de decisão política. Para a repressão, a mulher não tem capacidade de decidir pela sua entrada no mundo político; quando ela ali aparece é porque foi colocada por um homem. A sua filiação a partidos de esquerda não assume importância política; é necessário sempre identificar quem é seu marido, seu pai ou seu amante. A única mulher que é respeitada com decisão própria, segundo os arquivos da repressão, é a religiosa. Ela não possui companheiro, marido e têm atrás de si, protegendo-lhe, um poder maior - a Igreja. Torna-se elemento perigoso, independente

de partidos políticos. Se as mulheres tentavam ser assexuadas para conquistar um lugar igual ao homem, a religiosa, pela sua condição celibatária, não entra na convenção do casamento e dos lugares destinados ao casal dentro dele e, assim, sua influência junto à população é maior.

Ao ouvir os depoimentos de participantes nos grupos de oposição à ditadura, revela-se que a família também se mostrava desgostosa pela opção de suas filhas. Gostariam que elas permanecessem nos papéis sociais destinados à mulher - o casamento, único passaporte para a felicidade feminina. Apesar disso, a participação das mães na luta contra a repressão tem se constituído em um fato político extremamente importante. É o caso do movimento das mães dos desaparecidos políticos argentinos, movimento que ficou conhecido como "Mães da Praça de Maio". Estas mães que se transformaram em símbolo mundial dos direitos humanos, se tornaram perigosas para a ditadura militar porque ousaram sair da esfera privada e entrar para a vida social e política do país.

No Brasil há inúmeros exemplos da coragem e determinação das mães na libertação de seus filhos e filhas prisioneiros. Na defesa da vida de sua prole, as mães tornam-se militantes aguerridas que desconhecem limites. Por isso, eram temidas pela repressão. A diferença das mães argentinas e brasileiras é que lá uniram-se em torno da busca de filhos e netos desaparecidos e pela redemocratização nacional, no Brasil os motivos da luta eram semelhantes, mas eram lutas isoladas.

Nos acostumamos a relacionar a luta pela democratização política do país, pela liberdade do país, com a luta igualitária entre os sexos. Mas vamos nos dar conta que a questão de gênero perpassa a questão social e a questão política. Não é por ser de esquerda, preocupado com os destinos gerais do país que o militante terá uma percepção de igualdade entre os sexos. Ele também defende que o comando político deve ser dos homens. Talvez por este motivo raramente encontramos dirigentes femininas nos grupos clandestinos. A esquerda não propiciava o debate sobre as relações feminino/

masculino, sobre as questões femininas porque, segundo ela, havia uma contradição maior a ser resolvida: a oposição entre a burguesia e o proletariado. Isto reforçava o poder dos homens nas organizações de esquerda.

O discurso da repressão não é um discurso isolado. O mesmo está presente na sociedade; a repressão somente o recolhe e o sistematiza, na tentativa de desmerecê-la e desqualificá-la como sujeito político. A mulher que ousou invadir o espaço político masculino não é bem vista pela sociedade.

Conclusão

Na tentativa de trazer a mulher à visibilidade, demonstra-se que as relações masculino/feminino são relações socialmente construídas, portanto culturais e históricas. E, que não se pode falar das mulheres sem falar nas relações entre homens e mulheres.

Fica evidente que, para a ditadura militar brasileira, a mulher militante não era apenas uma opositora ao regime militar; era também uma presença que subvertia os valores estabelecidos, que não atribuíam à mulher espaço para a participação política. Como esta questão está presente na sociedade e nas próprias organizações de esquerda, pode-se concluir que as relações de gênero têm uma dimensão que perpassa todas as instâncias e instituições sociais.

Para uma história das mulheres é imprescindível que a história seja entendida como resultado de interpretações que têm como fundo, relações de poder. O caráter de construção da história nos permite desconstruir e reinventar a história, inclusive o papel dos homens e das mulheres na sociedade. Assim a história passa a ser vista como um campo de possibilidades para vários sujeitos historicamente constituídos; lugar de lutas e de resistências.

Bibliografia

- Bourdieu, Pierre, "Observações sobre a história das mulheres". In: *As Mulheres e História*, Lisboa, Dom Quixote, 1995.
- Colling, Ana Maria, *A resistência da mulher à Ditadura Militar no Brasil*, Rio de Janeiro, Rosa dos Tempos, 1997.
- , "Os Buracos Negros da História (Ou da Invisibilidade do feminino)". In: *Espaços da Escola*, Ijuí, UNIJUÍ, 2000.
- , "A construção do sujeito político "mulher" subversiva". In: *Contexto & Educação*. Ijuí, UNIJUÍ, 1994.
- , "O célebre fio partiu-se"; Foucault, a psicanálise e a história das mulheres. In: *Letras de Hoje*, Porto Alegre, Edipuc, 1997.
- , "História oral e relações de gênero". In: *Revista Humanas*, Porto Alegre, UFRGS, 1997.
- , "A mulher na construção do Brasil." In: *Brasil 500 anos. A construção de uma nova nação*, Ijuí, UNIJUÍ, 2000.
- Foucault, Michel. *História da sexualidade. A Vontade de Saber*, Rio de Janeiro, Graal, 1979.
- , *Vigiar e Punir. A história da violência nas prisões*, Petrópolis, Vozes, 1991.
- Perrot, Michelle. *Mulheres Públicas*, São Paulo, Unesp, 1998.
- , "Práticas da Memória Feminina". In: Bresciani, Maria Stella Martins (org.). *A Mulher no Espaço Público*, São Paulo, Marco Zero, 1989.
- Santiago, Silvano. "Arte Masculina". In: *A desconstrução do masculino*, Rio de Janeiro, Rocco, 1995.
- Scott, Joan. "Gênero: uma categoria útil de análise histórica". In: *Educação & Realidade*. Porto Alegre, UFRGS, 1990.
- Woolf, Virginia, *Profissões para Mulheres*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1996.



Memoria de la resistencia de las mujeres uruguayas a la dictadura en el Establecimiento de Reclusión Militar N° 2, Penal de Punta de Rieles

Mónica Herrera

“La libertad de la voluntad existe, pero se ejerce en relación a algo preexistente, no en el vacío. [...] Libertad no significa indeterminación; sino más bien la posibilidad de sobreponerse a las determinaciones.”
Tzvetan Todorov, *Deberes y delicias*

Raúl Sendic, fundador y dirigente central del principal movimiento guerrillero uruguayo activo desde mediados de los 60 y hasta 1972 –el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T)–, propuso una vez finalizada la dictadura y habiendo sido liberado de prisión formar una dirección exclusivamente femenina para el renacer político del movimiento, a partir de la convicción de que la experiencia carcelaria había dejado mejor paradas políticamente a las mujeres que a los hombres.¹

Ciertamente el caso es llamativo, dado que este movimiento reprodujo los patrones de la sociedad en la que vivía en cuanto a la participación femenina, especialmente en lo que hace al liderazgo político (solo una vez una mujer entró en la dirección del MLN-T en toda la historia anterior a la dictadura). En relación con esto se impone una pregunta de orden ante los sucesos que dieron lugar a un pronunciamiento tan llamativo: ¿existe una base real sobre la cual afirmar que las mujeres sobrevivieron mejor a la cárcel política que

los hombres? Para poder responderla es necesario conocer la experiencia vivida en las cárceles y acceder a la memoria actual de las protagonistas de la misma.

El archivo *Memoria para armar*,² convocado por ex-presas de distintas tendencias políticas, logra registrar un espectro amplio de recuerdos sobre la resistencia a la represión en el Establecimiento de Reclusión Militar N°2, Penal de Punta de Rieles, donde se encontraban la cárcel de mujeres presas políticas. Si bien el archivo recoge experiencias de mujeres que vivieron y sufrieron la dictadura de diferentes maneras, el porcentaje de testimonios de ex-presas es lo suficientemente relevante como para considerarlo una fuente específica para tratar el tema de las vivencias y memorias de la cárcel. En este texto pretendemos interrogar al citado archivo acerca de la experiencia de resistencia a la prisión prolongada después de la privación de la libertad y tortura clandestinas. Analizaremos especialmente lo que las testimoniadas identifican como valores ya sea los referidos a la militancia o los vinculados con la supervivencia a la represión del terrorismo de Estado. Esta investigación se enmarca en el plan de trabajo desarrollado en el proyecto “Género, memoria e historia”, dirigido por la Prof. Graciela Sapriza,³ y cuyo objetivo es desarrollar un aspecto de la investigación en curso dedicado a elaborar críticamente, desde una perspectiva de género, el aspecto ético-político de la memoria de la dictadura.

El encierro y la libertad⁴

Analizar el recuerdo de las ex-presas políticas de la cárcel impone por lo menos dos desafíos. En primer lugar, tomar en cuenta las condiciones de producción de la memoria –especialmente cuando se trata de una memoria construida sobre una experiencia traumática y hasta el momento silenciada por el poder político–;⁵ en segundo lugar, descubrir el aspecto de los valores a partir de los cuales el discurso es construido. Ambas cuestiones se encuentran sin duda

interrelacionadas. Además, en la medida en que la propia intención de quienes escriben y convocan es la de generar memoria, el diálogo es un invitado sustancial para esta reflexión. Y un diálogo no puede ser acríptico, si busca no sólo no cosificar sino también no volverse una instancia pasiva de un discurso. Mi interés, por tanto, no se circunscribe a “hacer historia” sino que intenta establecer un diálogo con la memoria.

Respecto de la vida en la cárcel podemos observar que se recuerda el encierro, pero se destaca la libertad: lo traumático y lo valioso. Así se reconstruye la vivencia de la prisión como una vivencia de redescubrimiento de los valores del cuidado porque este aparece como un requisito de la memoria. Pero, cabría preguntarse, ¿es un requisito que imponen los hechos pasados o las heterotopías políticas presentes?

Al parecer hay algo de ambas cosas. Por una parte, no se puede recordar “todo”, la memoria siempre requiere de un marco, de ser acunada por un presente. En este sentido se trata de una memoria interpelada por los valores que hoy sostienen quienes recuerdan y con ese criterio hay que analizarla y criticarla, teniendo cuidado de no la misma no caiga en armonías excesivas o en una coherencia demasiado pulida. Por otra parte, la afinidad entre el ámbito de lo femenino y las virtudes cotidianas hace que la experiencia de la prisión política, una experiencia de dominación y resistencia donde las víctimas habían sido despojadas de una parte de su fuerza (la de contra- atacar a sus agresores), dejaba solo el lugar mínimo para la resistencia cotidiana, fundada sobre todo en esas virtudes “domésticas.” En este sentido entonces, ésta no deja de ser también la forma de supervivencia que se desarrolló. De hecho, en el pasado, la supervivencia vinculada a la forma de represión específica que es la cárcel política, conducía a una valoración de los vínculos entre las virtudes cotidianas - tradicionalmente femeninas-, la supervivencia física, psíquica, política y social (lo que no es poco).

Virtudes heroicas y virtudes cotidianas

“Confusión, gritos, gases, disparos. Los que vienen de más al centro traen las noticias de lo que allí sucede. En medio del caos general, la veo, en el extremo de un cantero. Es una mujer mayor que grita enfurecida con el puño en alto: Hijos de puta! Desgraciados! que nos den armas! que nos den armas y van a ver lo que es bueno!”

9 de julio de 1973, “a las cinco de la tarde”,⁶ una mujer testimoniante retiene esta imagen. La imagen emociona, por su mezcla de dignidad e impotencia.

“Se les van a entregar dos uniformes. Uno para todos los días y otro para las visitas. Esta prohibido usar el de visita para otro día que no sea ése. Deben estar siempre con el uniforme puesto, sólo se lo sacan cuando se acuestan. Y sobre el uniforme no puede haber nada. Están prohibidos los sacos. Si los tienen deben devolverlos, nada que tenga botones. Aquí no se usa ni poncho ni bufanda ni guantes, nada que pueda tapar el uniforme y sobretodo el número.”⁷

Establecimiento de Reclusión Militar No 2, Penal de Punta Rieles. Por lo menos dos mujeres, la policía militar que habla y una presa que escucha. La imagen es escalofriante, la presa no puede ya solicitar armas, claro está, ni siquiera puede solicitar botones. Esta mujer presa ya pasó por la prisión clandestina y la tortura. Sobrevivió. Ahora deberá enfrentarse a una nueva experiencia.

Tzvetan Todorov en su libro *Frente al límite* establece una diferencia entre las virtudes heroicas y las virtudes cotidianas. Las primeras estarían sustentadas sobre todo en la fidelidad a una idea y el rechazo hacia todo aquello que se le opone; también se caracterizarían por la capacidad de despersonalizar al enemigo e incluso al aliado y a uno mismo, a los efectos de conquistar ese ideal. La primera imagen parece acercarse a la de una heroína. La mujer

está dispuesta a sacrificarse a sí misma enfrentándose al enemigo. Esto no es un demérito, en lo absoluto, es una forma específica de proceder ético.

Las virtudes cotidianas se dirigen principalmente a la supervivencia, a conservar la vida y la calidad de la misma. Todorov distingue tres formas básicas de virtudes cotidianas: la dignidad, el cuidado y la actividad espiritual (o cultural en un sentido amplio). Son virtudes que se ejercen en relación con los demás o con uno mismo. Se caracterizan por el compromiso firme con la persona concreta que soy o que es el otro, no sólo en tanto que individuo de la especie o aliado, sino en tanto que individuo concreto.

A la sombra que escucha a la policía militar, a la mujer enfundada en el uniforme, trataremos de conocerla a través de esta experiencia ética. En el caso particular del texto citado, la mujer era María Condenanza, militante comunista y presa política, ya fallecida.

La dignidad

Uno de los elementos básicos de la dignidad es el mantenerse provisto de voluntad, es decir, el conservar la conciencia de la propia libertad incluso aunque esto pueda significar el optar por un prejuicio o incluso por la propia muerte (aunque, claro está, en muchos casos la mejor manera de no dejarse doblegar por el enemigo es mantenerse con vida).

Existen formas muy básicas de preservar la dignidad, cuando ésta es atacada de forma arbitraria y despótica. Mnemosine decidió ser libre de una manera que, al principio fue muy sutil en el único espacio en que lo encontró posible y luego muy osada. Ella no estuvo en Punta de Rieles, pero aún así he decidido incluir su testimonio. Durante su única detención cuenta:

“Cuando mataron al coronel Artigas Álvarez, hermano del Goyo,⁸ nos llevaron a todas las mujeres encapuchadas o con la cara tapada con una bufanda a lo que parecía ser un corredor

grande y ancho. Allí estuvimos de plantón⁹ durante varias horas. Por detrás de nosotras sacaron a los hombres y apaleándolos los llevaron a otro lugar. A las mujeres nos obligaron a decir: 'Estoy profundamente arrepentida por la muerte del coronel Álvarez, caído por nuestras manos asesinas'. Era tal el absurdo y la indignación que *lo grité con todo lo que me dio la garganta*. Nos hicieron arrodillar. *Yo no lo hice. Me quedé parada moviendo continuamente las piernas*. No me observaron."¹⁰

"Sobre-obedecer" una orden no significa necesariamente cumplirla con más eficacia. A veces, como vemos, puede ser un modo de resistirse a ella. Mucho más cuando esta intención es consistentemente reafirmada por las acciones posteriores. De lo que se trata, en cualquier caso, es de decidir por una misma cómo actuar ante la arbitrariedad, ante la voluntad, explícita en este caso, del represor de doblegar la voluntad del reprimido. A diferencia del resistirse a arrodillarse, el grito de Mnemosine no parece ser exactamente un acto de honor, puesto que justamente no se adapta a ningún valor socialmente compartido, se trata simple y justamente, de hacer las cosas por propia voluntad y exteriorizar esa voluntad de alguna manera.

Otro aspecto central de la dignidad es el respeto por una misma. Este respeto se veía afirmado en la limpieza, en el no dejarse humillar, en el renunciar a los beneficios materiales en caso de que fuera un "premio" por quebrar los propios valores o por traicionar a otra, en el trabajo bien hecho. En el cruce entre la libertad y el respeto se encuentra por ejemplo el trabajo a desgano, estrategia utilizada por las presas en relación con el trabajo forzado al que eran obligadas (trabajo que luego era generalmente destruido). Esta forma de actuar libremente, de no dejarse someter al poder sin resistir, puede contraponerse al respeto por el propio trabajo demostrado en las tareas relacionadas con el funcionamiento interno del grupo (higiene, despensa, cocina) o en las manualidades realizadas para hacerse regalos entre ellas o para los familiares, para otros presos o para una

venta que redundaba en la ayuda a familiares y presos.

Enfrentadas al aislamiento y a la denigración permanente, conservar aspectos esenciales de limpieza para ellas era fundamental: también mantener la libertad, aunque fuera en la cabeza. El relato de Amancia se corresponde con un período de detención en un cuartel, pero es ejemplar en relación con las conductas que se trasladarían luego al Penal.

“Decidió peinarse. No tuvo suerte tratando de alisarse la pelambre que tenía. Y cada vez que se rascaba con el peine, le parecía estar intentando sacarse los pensamientos amargos. La pared desnuda, desnuda de todo, le aceptaba la sombra que hacía con el torso. Pensaba en algunos que habían quedado lejos y que además le tendrían lástima. Pero otro, más cerca que nunca la observaban desde una nebulosa, que poco a poco se iba despejando, despejando... le vino picazón en los pies que se le empezaban a dormir y dejó el borde del elástico donde se había sentado. Para estirarse un poco y como le dolían los huesos, caminó de una punta a otra de la celda, mientras escribía sus memorias en el aire coagulado. Le pareció que en vez de dejarse estar era mejor empezar a hacer paquetes de esperanza para dársela a los demás. De un momento a otro la sacarían al patio.”

En otra anécdota sobre el atropello de una militar, ella dice que pensaba en pararse y cantar, tratando de mantener la dignidad mental cuando las fuerzas no alcanzaban: “Fepelipiz napavipinapa de pe mieper da pa... din don dan din don dan”.¹¹

Laura, en “Confrontación de valores”, cuenta cómo, mientras estaba recluida en el Batallón No 5 era torturada en una azotea, insultada y golpeada y cómo la sumergían hasta casi ahogarla en agua mezclada con vómitos y orín.¹² Una noche, la sacaron del “tacho” casi muerta. El teniente a cargo de la operación comenzó a presionar su pecho para bombear el agua fuera de sus pulmones y ella le vomitó en la cara. Ante el hecho, ella no atinó a hacer otra cosa que pedirle disculpas. El militar la miró estupefacto, ella al principio

dice haberse sentido ridícula, pero luego se dio cuenta de que tratar, incluso, a un torturador como un ser humano era parte de sus principios más básicos. Dice que nunca más volvieron a torturarla, que sus torturadores sintieron entonces vergüenza. Este es un ejemplo del respeto que tenía hacia sí misma, es decir como una persona con valores que mantenía su dignidad hasta en el límite.¹³

Un aspecto a resaltar es el de los efectos de la dignidad sobre el represor. Uno de los efectos es la vergüenza propia del reconocimiento de la dignidad de aquél a quien se trata indignamente: otro es el miedo. Así, "Del adentro", nos resume este efecto en su pequeño diccionario de términos del Penal: "ORDEN: [...] desacatar una orden: sacrilegio que aterrorizaba a quien daba la orden cuando del otro lado se sabía cuando y cómo decir que no".¹⁴

Importa entonces destacar la necesidad de saber cuándo y cómo negarse a la orden, puesto que en el mundo de la cárcel, como hemos dicho, no se trata tanto de rebelarse sino de conservar la propia dignidad y con ella la vida. Rebelarse de manera irresponsable a una orden, sin tener en cuenta las características concretas del aquí y ahora, podía resultar en un daño sobre la propia presa o sobre compañeras. No se trataba entonces de actuar por el principio de resistencia a la arbitrariedad, sino de adaptar la aplicación de ese principio al contexto en el cual podía ser realizado atendiendo al cuidado de una misma y de las compañeras.

La delatora es el modelo de anti-valor o falta de dignidad. Cuenta María Condenanza:

"Las loras son pocas en el penal, casi sobran los dedos de las manos para contarlas. Están todas juntas en la barraca maldita por su presencia. Han cambiado su dignidad por un lugar donde están más libres, que se parece menos a la cárcel. Sus uniformes grises rigurosos, iguales a los nuestros, tienen el beneficio de poder amoldarse al cuerpo, haciendo patéticas imitaciones de la ropa normal de una mujer. Consiguen algunas visitas personales y les está permitido el ingreso de otros alimentos además de la fruta. Precio bajo."¹⁵

Entre los testimonios del archivo *Memoria para armar* casi no hay rastros de estas deladoras. Ellas no escribieron y si lo hicieron no hablaron de la delación. Resultaría interesante poder conocer un poco más a estos seres humanos que fueron “colonizados por el mal”, saber más de sus motivaciones y debilidades, de las consecuencias personales de esta delación. Porque una historia y una memoria de los valores en la cárcel política estaría incompleta sin sus testimonios ya que eran y son seres humanos, personas concretas.

El cuidado

El cuidado consiste en la preocupación y disposición para servir al bien de las otras. Implica compartir el alimento, salvar a alguien incluso poniéndose una misma en riesgo, consiste en la negativa a entregar a una compañera.

La situación de la prisión llevaba a una preocupación especial por el cuidado de las otras. Se debían contar las tijeras, no tanto por el temor a las requisas, a los “ablandes” sino fundamentalmente para “evitar desgracias”.¹⁶

Los regalos entre las presas fueron, sin duda, una actividad a caballo entre la virtud del cuidado y la actividad del espíritu o actividad creativa. Flora cuenta sobre la preocupación que esta actividad generaba en los carceleros:

“Esa noche nadie durmió, debimos pacientemente ordenar el caos, así pudimos constatar que nos hurtaron cosas, tesoros personales, regalitos que entre nosotras nos hacíamos con pocos recursos y mucha imaginación. La misma que hacía que al festejar los cumpleaños de cada mes no faltara torta hecha con tostadas, leche en polvo y dulce de leche, acompañada de risas, cuentos, canciones, camaradería. ¡Cómo les fastidiaba la unión entre nosotros! ‘¿Por qué se regalan?’ era pregunta corriente en los frecuentes interrogatorios que para amedrentarnos nos hacían.”¹⁷

La prisión significaba un entrenamiento permanente en la preocupación por la otra. Esa preocupación era algo que debía incorporarse y era transmitida entre generaciones de presas. Se trataba de una educación basada en determinados valores que estaba muy apegada a la condición de presa política y que era muy eficaz, por cierto.

“NUEVA ESCUELA, TRANSMITIENDO A LAS COMPAÑERAS ‘CAÍDAS’ LO APRENDIDO EN EL PENAL. Y UNO LO TRANSMITÍA TODO, MINUCIOSAMENTE, DESDE LOS CRITERIOS DISCIPLINADOS Y SOLIDARIOS DE LAS ‘FAJINAS’,¹⁸ HASTA LA MANERA COMPLEJA DE CONSEGUIR Y ENTENDER EL CAMINO DESORDENADO Y PROFUNDO DE LAS EMOCIONES, Y COMPRENDIENDO ESTO, RAZÓN Y CORAZÓN JUNTOS, CRECER INFINITAMENTE; -CREO QUE FUE AHÍ DONDE DECIDÍ ESTUDIAR PSICOLOGÍA-, Y ME TORNÉ MÁS TARDE PSICÓLOGA, POR AQUELLA PASIÓN DE COMPRENDER EL ALMA HUMANA Y DE CUIDAR DEL SER QUE HABITABA EN CADA COMPAÑERA.”¹⁹

Los cuidados debían atender también a las necesidades específicas en materia de salud de las compañeras, necesidades que no eran satisfechas por los militares. Como en el caso de Flor de Cardo, quien con quemaduras de segundo y tercer grado debió ser atendida por sus compañeras presas de la Brigada de Infantería N° 1 y de Punta de Rieles:

“Todos los cuidados me los prodigaron las compañeras que fueron logrando una lenta, muy lenta mejoría. Pero no fue fácil ni para mi ni para ellas. Permanecía todo el día desnuda, boca abajo, quieta ocultando el dolor en un esfuerzo por mantener el equilibrio colectivo. Solo contábamos con el agua helada y unas gasas especiales que trajo mi familia. Las curaciones se fueron tornando cada vez más traumáticas y no pudieron impedir que algunas heridas se infectaran. El tejido muerto me lo quitaban

con pinza de cejas. La responsabilidad, el esmero y el cariño que ponían las compañeras, fueron clave para sacarme adelante.”

Poco más adelante sintetizará su experiencia como “vivencias de solidaridad y lucha”.²⁰

La solidaridad se entrelazaba con el compromiso de grupo, así se vinculaba el cuidado por la persona con este compromiso y con la defensa ante el agresor. Esta fue considerada una estrategia de supervivencia colectiva, además de una experiencia de acercamiento a las otras, que no tiene que ver con el buscar el bien de la otra persona de manera inmediata, sino con, por un lado, conservar la dignidad frente a un agresor y, por otro, conservar al grupo. Entre los términos que se incluyen en el *Diccionario de códigos* en “Del adentro”, se encuentra: “RESPONSABILIDAD: esta actitud, perfectamente justificable bajo las condiciones en las que estaban, incluso en su rigurosidad, nos habla de un tipo de interacción permanente entre los valores que privilegiaban a los individuos y los que privilegiaban al grupo. ¿Cuál predominaba? ¿Qué quiero esto decir? La propia narradora considera que aquello fue más que solidaridad: “era la aprehensión de la ley de la supervivencia colectiva”.²¹

Se puede decir que no era un acto completamente desinteresado por la otra compañera. En la medida en que se muestra como una prioridad fundamental, incluso por encima de la supervivencia de grupo, creo que se puede afirmar que su rol en la supervivencia fue valorado como una de las gratas consecuencias de este acercamiento entre mujeres. “Descubrir la solidaridad fue una fiesta entre nuestros muchos miedos y sufrires. Fue la celebración de nuestra humanidad”.²²

Entre las formas de cuidado cotidianas vale destacar las toses, los apretones de mano, la comunicación por código de golpecitos realizados con los nudillos contra la pared, la escritura invisible realizada con los dedos sobre el suelo: “teníamos callos en los nudillos de tanto golpear las paredes. Y ojeras profundas de mirar en la oscuridad la danza fantástica de las manos dibujando la silenciosa conversación”.²³

Estas formas se desarrollaron ya en la reclusión clandestina y fueron afianzadas en el Penal.

“Lo brutal, bestial, inhumano de esa vida en el centro de tortura, tuvo su contracara: la solidaridad. Tengo recuerdos queridos de gente que no sé quien es, o si viven aún. Un preso debajo de su venda se ingenio para mirar al sector de las mujeres ubicado en el otro extremo del galpón donde estábamos. Yo estaba haciendo lo mismo, tosí, él tosió. Durante meses nos comunicamos así, a riesgo de muerte o golpiza. Fue como encontrar un hermano, un abrazo fraterno allí...”

“Nos llevaban al baño en fila para no tropezar, éramos ciegos... Un día mi mano se fue del hombro de quien iba adelante, a mi hombro donde otra mano se apoyaba, a la que apreté con toda mi fuerza, con todo mi cariño. Recibí la respuesta. Era como renacer... Nos vieron y nos golpearon, pero no dolió ante la maravilla de la comunicación con una compañera que nunca supe quien fue.

“Cuando el número de alguno de nosotros sonaba para ser llevado al plantón al interrogatorio, tosíamos como forma de no sentir soledad. Nunca me sentí sola, a pesar del desgarré de todos los días, minutos, segundos de pensar en mis hijos, mis seres queridos.”²⁴

El cuidado era entonces una forma de reestablecer el contacto con el mundo social, una necesidad de mantener los lazos y la confianza en el grupo, era el desafío al toque de queda, para decir “Hasta mañana, chiquilinas”.²⁵

La actividad creativa

Entre las actividades que son más recordadas como formas de sobrevivir a la cárcel se encuentran las manualidades, el teatro, la murga, la lectura compartida, el canto. Fueron formas de vehiculizar

las ganas de vivir y de recuperar las cosas buenas de la vida, las cosas del afuera, y también, aunque no se diga, muchas de las cosas que habían sido dejadas de lado por la militancia. Lolita, considera que se trataba de un "coraje creativo" para "superar períodos realmente siniestros". Reflexiona: "Es significativo que mientras los militares trataron de despedazar la dignidad humana, exista un rico anecdotario sobre el humor y juegos de recreación como recurso para mantener alta la dignidad y la esperanza".²⁶

Por ejemplo, el "Mo.Hi.Pa.La.Li.", "Movimiento Hilarante Para la Liberación", fundado en "algún lugar de Olmos" por presas uruguayas y argentinas, se caracterizó por vehicular en forma de humor las ganas de vivir, de recuperar las cosas buenas de la vida, el no dejarse vencer. Es reivindicado por traer alegría pero también por cooperar a la unidad de las presas.

"Entre número y número producíamos comerciales al uso del momento. Recuerdo aquél que, motivadas por la ardua polémica acerca de si podíamos encargar champú o no a nuestros familiares, resultó en una lucida puesta en la que dos chicas se presentaban en escena; una con una larga y brillante cabellera color avellana decía, con la cabeza gacha: *Yo uso el champú de la burguesía... y me autocritico*. En tanto la otra aparecía con el pelo hecho una mata inmensa, seca y sin brillo y decía: *Yo soy una verdadera proletaria y me lo lavo con jabón de la ropa*; entonces, sacudiendo la mata informe al aire con un gesto bien seco, exclamaba: ¡*Shock!* (al estilo de la joven Susana Giménez)."²⁷

En las puestas en escena de obras teatrales se destacan, además del humor, las creaciones para los niños y niñas que llegaban durante las visitas y las obras significativas para las militantes de izquierda, muchas veces reconstruidas a partir de la memoria, que contribuían además para la reafirmación ideológica. "Era la flauta de Lía saliendo en "off" por detrás de una frazada colgada, gris y vertical, desde dos camas altas de cuchetas". Eran Lorca y su Sevilla sugerida

en la escenografía con una falsa urdimbre de telar construida de papeles plateados, celofanes transparentes e hilos de seda, vertiendo su torrente acuoso sobre un espejo prohibido. “Era Alberti y era su urgencia” Picasso con su Guernica dibujado a carbón sobre una sábana. El toro, la mujer, el grito, el quinqué, el caballo, la ventana. “Eran ‘Los Aceituneros’ cantado por Marienne”.²⁸

Es importante destacar la labor de formación política que se propusieron las presas, de debate y discusión sobre los principios que aún conservaban y que, al fin y al cabo, las llevaron allí. Esta actividad también es recuperada como un crecimiento apoyado en el valor de lo colectivo, de importantes consecuencias posteriores para la identidad política de las que son hoy ex-presas.

Finalmente, interesa destacar el valor de la música. La música se convirtió en un bastión de resistencia tanto individual –pues permite una actividad intelectual importante y un deleite en momento de encierro– como colectiva. Frida recuerda la primera época en la que en el “300 Carlos”²⁹ no tenían prohibido cantar a coro y Mirta, las impulsaba a cantar la “Oda a la Alegría” al caer el sol. En un momento en el que todo el cuerpo dolía, esta canción se convirtió en un himno de resistencia.³⁰ Cecilia, por ejemplo, habla del calabozo, donde trataba de hacer música, intentando “tocar la guitarra en el aire”. Pero algo sale mal y consulta a la vecina de enfrente por el alfabeto del suelo. Ambas evocan guitarras y dan en el tono.³¹

Claro que la música es también en este contexto un arma, porque Frida recuerda como tapaban la tortura con música a altos volúmenes. La música que recuerda Frida no era de su gusto, sin embargo Marta Valentini –entrevistada por Graciela Sapriza– recuerda que en su caso la música utilizada era de cantautores de izquierda, lo cual le daba mayor valor.³²

La actividad creativa se constituyó como una forma de recuperación de la identidad individual, como un lazo entre las presas, una marca diferencial con respecto a sus celadores (quienes son recordados como incultos y como represores de la expresión), una forma de fortalecimiento ideológico y un contacto con el afuera a

través de los resultados de estas actividades. En la medida en que los familiares organizaron mecanismos de venta de lo producido por los presos, también se convirtió en una forma de mejorar la situación material en la que estaban inmersas. Fue también este sentido un contacto con la sociedad, que de este modo se enfrentaba a la cara oculta de la prisión política ya que incluso llegaba a los propios militares y sus familias.

“Seguía siendo católica [la madre de una presa política], pero ya no era una católica de ritos y rosarios, su religión se convirtió en una doctrina de vida, de solidaridad. Se consiguió una gran cruz de madera y llevaba su quiosco ambulante, al que llamaba ‘Nuestra Cruz’ por todos lados en la ciudad vendiendo artesanías hechas por presos políticos, acompañada por Felipe, su hijo menor, de 13 -14 años. Se procuraba ayudar sobretodo a los presos del interior, ya que sus familias tenían más dificultad de acompañarlos y llevarles lo que necesitaban: donaciones, postres, fiambres, dulces, que les permitía hacer el ‘bolso’ o pagar los pasajes a los familiares para ir a ver a los presos de Libertad o de Cárcel de Mujeres. Los fondos servían para ayudar a los que salían de la cárcel, o para comprar las cosas mas necesarias de las que privaban a los presos políticos.

“[...] En una ocasión llevó su quiosco a la misa de once, donde un conocido militar en actividad salía, luego de comulgar muy santamente, rodeado de familiares y amigos. ‘Ay, que suerte, coronel X, saber que usted es católico! Usted mejor que nadie conoce la situación de los presos políticos y sus carencias. Esto que vendo cubre sólo una mínima parte de lo que necesitan y presiento que usted está dispuesto a colaborar con tanta gente que sufre’. Y el coronel compró gran parte de la mercadería a precio más que adecuado.”³³

A modo de conclusión

Resulta poco probable que Raúl Sendic haya propuesto que debía conformarse una dirección de mujeres para el Movimiento de Liberación Nacional pos-dictadura, y que pensara que esto podría llegar a ocurrir realmente. De todas maneras, las formas de sobrevivir a la prisión y los valores trabajados y rescatados hoy en base a esta experiencia, nos lleva a afirmar que tanto políticos como políticas, dirigentes y militantes de base, ciudadanos y ciudadanas, deberían reflexionar sobre sus prácticas actuales sobre la base de estas memorias de lo pasado.

Podemos pensar que estas virtudes cotidianas no son más que estrategias para sobrevivir a un ambiente hostil que poco tienen para enseñarnos más allá de lo anecdótico. Pero creo que lo que se ha tratado de mostrar es que no sólo fueron útiles a la supervivencia, sino que además son buenas en sí mismas y que el hecho de que aflorasen en esta situación lamentable no debe ser tomado más que como una instancia de reflexión acerca de los valores que queremos preservar. La experiencia recordada no sólo ofrece una imagen del pasado, también forma una cultura de “modelos legítimos y normativos de praxis social”.³⁴ Los valores, al margen de poder formularse como principios o como narrativas utópicas, también se construyen en narrativas sobre el pasado, en eso que llamamos memoria y constituyen tanto el cimiento de nuestra forma de actuar sobre el mundo como nuestro horizonte para el actuar político y social.

Por cierto que, teniendo en cuenta el nivel de politización de la vida cotidiana que podemos registrar como característico de la militancia de este período, es probable que los testimonios no den cuenta del impacto de lo político sobre lo cotidiano, que fuera sustituido por el énfasis de lo cotidiano sobre lo político a raíz del cambio ideológico procesado por estas mismas militantes que recuerdan. Esto no significa que no haya menciones a la importancia del factor político en la dirección de la vida cotidiana, sino más bien que no es el enfoque predominante sobre las vivencias de ese tiempo

en el espectro de testimonios seleccionados.

Se ha señalado muchas veces que este modo de proceder con los principios, siempre traduciéndolos en deberes concretos y nunca como meras formas, es propio del rol de la mujer.³⁵ El ejemplo de las cárceles puede ser una prueba de que estamos ante uno de los tantas ideas arbitrarias que constituyen el género, y que desde el punto de vista de la ética esta valoración de lo concreto puede ser enfocada en términos más generales como una evaluación de principios en conflicto (resuelta a mi parecer de manera exitosa). La ética de los principios y la ética del cuidado no son, en esta medida, alternativas excluyentes.

Si los militares resultaron conservadores en la promoción del rol tradicional de la mujer e incluso intentaron doblegar a los hombres presos haciéndoles cumplir “tareas femeninas”, tal vez sea la hora de señalar que cometieron un error, que los valores que promovieron no eran exclusivos del género femenino, y más que a doblegar seguramente contribuyeron a preservar la salud de los presos hombres que, en lugar de entregarse al nihilismo o a la impotencia del “héroe-macho”, aprendieron a tejer.

Notas

¹ El comentario lo realiza Samuel Blixen, militante del MLN-T, actualmente escritor y periodista. Blixen, Samuel *Sendic*, Montevideo, Trilce, 2000, p. 319.

² La convocatoria reúne actualmente 319 testimonios y tuvo su origen en el grupo de ex presas políticas “Género y memoria” a partir del año 2000.

³ Proyecto financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica, radicado en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos.

⁴ Para un desarrollo más amplio de este tema, véase mi trabajo «De memorias y resistencias» en: *Memoria para armar* (comps.) *Palabras Cruzadas*, Montevideo, Sendas, 2005.

⁵ Ver el artículo de Judith Filc, “La cárcel de la dictadura: el poder

reparador de la memoria compartida". La autora destaca el que no se cuente con muchas otras fuentes que las de la memoria para la reconstrucción de este período, debido a la ausencia de los expedientes que pudieran haber llevado los militares. En: Nari, M. y Fabre, A. (comp.) *Voces de mujeres encarceladas* Bs. As.: Catálogos, 2000, pp. 69-98.

⁶ Esta expresión fue utilizada por el periodista Rubén Castillo para convocar al principal acto antidictatorial realizado en Montevideo, con el recurso a la literatura consiguió tanto vencer la censura como que quedara grabado en la memoria de quienes vivieron estas fechas.

⁷ Condenanza, M. "La espera". Montevideo: Editorial Senda, *Memoria para armar*, 2002, p. 65.

⁸ Gregorio Álvarez fue uno de los militares de influencia durante la dictadura uruguaya, elegido Presidente de la transición hacia la democracia luego del Plebiscito de 1981 que votaba una reforma constitucional propuesta por los militares, rechazada por la población en las urnas.

⁹ Modo de tortura que consiste en obligar a una persona a mantenerse de pie por un tiempo prudencialmente largo.

¹⁰ Mnemosine, "Nuestros años más difíciles", p. 184.

¹¹ Amancia, "Cuentos de la prisión", p. 117.

¹² Esta forma de tortura es conocida como "el submarino" o "el tacho".

¹³ Laura, "Confrontación de valores", 164 D.

¹⁴ "Del Adentro", "Del Penal Adentro", p. 51.

¹⁵ Condenanza, M. Op. cit., p. 100.

¹⁶ Flora, "La noche de la tijera", p. 17.

¹⁷ Flora, "La noche de la tijera", 17.

¹⁸ Tareas que debían cumplir las presas.

¹⁹ Blanca, "Alas de una memoria sin muros", 36, en mayúsculas en el original.

²⁰ Flor de cardo, "Una historia sin final", 50

²¹ Del Adentro, "Del Penal Adentro", 51

²² Madreselva, "De gallos negros y gallos rojos", 85.

- ²³ Iabru, "Región del cemento", p. 189.
- ²⁴ Beatriz, Varios, p. 169.
- ²⁵ Sin seudónimo, sin título, p. 216.
- ²⁶ Lolita, "Murga y algo más", p. 266.
- ²⁷ Toddy, "El movimiento Hi", p. 147.
- ²⁸ Del Adentro, "Del Penal Adentro", p. 51.
- ²⁹ Centro clandestino de Torturas, 300 Carlos, por Carlos Marx.
- ³⁰ Frida, "Música y canciones", p. 152.
- ³¹ Cecilia, "Acordes", p. 279.
- ³² Frida, "Música y canciones", 152; Entrevista realizada a Marta Valentini, militante del Partido Comunista Uruguayo, expresa política, realizada por Graciela Sapriza.
- ³³ Shufa, "Una luz en la dictadura", 72; también en Eva, "La calabaza del teniente", p. 137.
- ³⁴ Diehl, Astor «Apresentação» en: Tedesco, João Carlos *Nas cercanias da memória. Temporalidade, experiência e narração*. Passo Fundo, UPF-EDUCS, 2004, p. 11.
- ³⁵ Godoy, C.; Mauri, R. «Domesticar los sentidos: lectura, códigos y memoria en los manuales de Buenas Maneras.» En: Godoy, C. (comp.) *Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y Territorios*. Bs. As., Miño y Dávila, 2002.

Bibliografía

- Archivo *Memoria para armar*. Donando por las convocantes al Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Condenanza, M. *La espera*, Montevideo, Editorial Senda- Memoria para armar, 2002.

Bibliografía complementaria

- Blixen, Samuel *Sendic*, Montevideo, Trilce, 2000
- Da Silva Catela, L. y Jelín, E. *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002

- Diehl, Astor «Apresentação» en: Tedesco, João Carlos *Nas cercanias da memória. Temporalidade, experiência e narração*. Passo Fundo, UPF-EDUCS, 2004.
- Godoy, C.; Mauri, R. «Domesticar los sentidos: lectura, códigos y memoria en los manuales de Buenas Maneras.» En: Godoy, C. (comp.) *Historiografía y Memoria colectiva. Tiempos y Territorios*. Bs. As.: Miño y Dávila, 2002.
- Herrera, Mónica «De memorias y resistencias» en: *Memoria para armar* (comps.) *Palabras Cruzadas*, Montevideo, Sendas, 2005
- Jelín, E. *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002
- “Memoria para armar” Ponencia presentada por el Grupo “Género y Memoria” en el Seminario “¿Qué hay de nuevo en los estudios sobre el pasado reciente?” Montevideo, junio de 2003.
- Moore, H. *Antropología y feminismo*, Madrid, Cátedra, 1996.
- Nari, M. y Fabre, A. (comps.) *Voces de mujeres encarceladas* Bs. As., Catálogos, 2000.
- Portelli, A. «La interpretación de las fuentes orales». en: VVAA *Temas de historia oral. Primer Encuentro Nacional de Historia Oral*. Bs. As.; Municipalidad de la Ciudad de Bs. As.-Secretaría de Cultura-Instituto Histórico de la Ciudad de Bs. As., 1995.
- Sapriza, G. “Dueñas de la calle” en: Encuentros. Revista de Estudios Interdisciplinarios. (9) Montevideo, CEIL-CEIU-FCU, diciembre de 2003.
- Todorov, Tz. *Frente al límite*, México D.F., Siglo XXI, 1991.
- *Deberes & delicias. Una vida entre fronteras*. Buenos Aires, F.C.E., 2003.



Narrar desde el género: una historia oral de mujeres militantes

Laura Pasquali

El eje de este trabajo es la exploración de los motivos que conducen a la opción por la militancia; especialmente de las redes sociales que llevaron a las mujeres a tomar esa decisión en el proceso de conflictividad social y política, que se verificó entre 1969 y 1976. Más específicamente nos centraremos en la actividad militante de las mujeres en las organizaciones armadas, tomando específicamente el caso de un grupo de ellas vinculadas de diversas formas al PRT-ERP en el Gran Rosario.

Esto es parte de una investigación más general que se articula alrededor de las organizaciones guerrilleras marxistas y el objetivo fundamental es el análisis de los elementos que puedan proporcionar un mayor acercamiento al conocimiento de la vida cotidiana de las mujeres y varones que se sumaron a la militancia revolucionaria en la región del Gran Rosario entre 1969 y 1976. Desde ese punto de vista, este trabajo constituye el comienzo del planteo de estos problemas.

Conscientes de que un análisis que no introduzca la perspectiva de género quedará siempre en deuda con una parte de los sujetos de la historia (además de que implicaría adoptar una parcialidad de la realidad social que se intenta explicar), pretendemos abordar las relaciones de género en las y los militantes de las organizaciones armadas. De acuerdo con esta perspectiva el análisis no sólo intenta

recuperar la presencia de las mujeres sino apelar a los aportes conceptuales que brinda la categoría de género en tanto elemento configurador de las relaciones sociales.

Las estrategias teórico-metodológicas que proponemos como ruta de acceso a este análisis son de dos tipos; por un lado la historia oral, por el otro la "historia desde abajo"¹; ellas resultan de la articulación de los elementos provistos por una y otra. Esta perspectiva promueve la articulación con la historia oral como un criterio de relevancia para abordar a los grupos subalternos. Y en esta línea, la noción de género ha sido introducida más recientemente como una forma de referirse a la organización social de las relaciones entre sexos, con una fuerte insistencia en la cualidad, fundamentalmente, social de las distinciones basadas en el sexo y denotando un fuerte rechazo al determinismo biológico implícito en la idea de sexo o de diferencia sexual.

Del material consultado sobre el tema², queremos mencionar algunos elementos con los que trabaja Jo Stanley. En primer lugar, al comentar el proceso de su trabajo y algunos de sus resultados, Stanley da por supuesto que *debe* incluirse lo personal, ya que como *historiadora responsable*, considera que, omitir aspectos de nosotros mismos va en detrimento del futuro y además distorsiona la historia; y como *feminista*, coincide en que lo personal es realmente político y refuta la falsa dicotomía entre estos dos aspectos: "lo personal es un espejo de lo que sucede en nuestras sociedades y organizaciones y por lo tanto, en el futuro político de nuestro país"³.

Esta historiadora concluyó que es posible encontrar una cantidad de facetas que emergen de la mayoría de los testimonios de entrevistados socialistas, y de ellas, destaca la del género. Cuando narramos historias de vida lo hacemos desde la perspectiva de nuestro género. Esto señala una tendencia: que las mujeres tendemos a hablar sobre nuestra propia vida personal más que los varones, pero es menos probable que aparezcamos en publicaciones o entrevistas.⁴

Narrar desde el propio género también aporta a los relatos

orales una idea acerca de cómo deberíamos comportarnos socialmente⁵. Siguiendo a Stanley, podemos mencionar otros aspectos emocionales que no suelen estar incluidos en los testimonios, y que cuando aparecen (o cuando las y los historiadores orales tenemos la habilidad de “hacer aparecer”) resignifican tanto al relato, al que le otorgan un valor que potencia sustancialmente su riqueza narrativa, como al significado histórico y social de los procesos que intentamos explicar. Estos aspectos son: la “historia sexual”, que incluye la homosexualidad, los matrimonios y formas de convivencia no ortodoxos y las referencias al amor físico. Por ejemplo, “dudas y dolor”, es decir, dolor por la expulsión, angustia por renunciar al partido, culpa por no estar en actividad, furia contra los dirigentes, triste silencio por tener que adherir a decisiones del partido aun pensando que no eran las correctas, incluso actos heroicos realizados. “La persona física” se refiere a que la salud puede reflejar el costo que supone vivir una vida de activista y la importancia que la sociedad le da al trabajador corporizado. “Historias profundas de amistades y relaciones interpersonales”, esto es, afirmaciones (sospechadas de artificialidad) acerca de una excelente relación matrimonial, en la cual todo estaba bien, a pesar del trabajo arduo y las dificultades y, por último, “Atención prolongada a la vida familiar”, mientras que otros no hablan de la vida política porque no tienen el apoyo de la familia⁶.

Este trabajo se basa en el análisis de entrevistas realizadas a cuatro mujeres, militantes y/ o familiares de militantes del PRT-ERP de Rosario⁷. Es nuestra intención, a partir de éstas, destacar: los motivos y las formas de ingreso a la militancia, el rol, desempeñado en la lucha social y política por mujeres militantes y familiares de militantes - madres, hermanas, tías-; las formas en que fueron construidas las redes sociales que han involucrado a estas mujeres y, el modo en el que las militantes reconstruyen, hoy, su pasado y las percepciones que generan acerca de su propia historia.⁸

En la construcción de las experiencias narradas en las historias de vida, confluyen tanto el género y la posición social como la “generación”, además de los innumerables factores individuales

constitutivos de la personalidad. Coincidimos con Gabriela Cano y Verena Rdkau cuando señalan que:

“[E]l género, al igual que la situación social y temporal, puede vislumbrarse como alguna de las múltiples coordenadas que cruzan las experiencias humanas y, al hacerlo, las van conformando según el momento en que ocurren. No hay que perder de vista que si bien el género, la clase social, y la generación son abstracciones que permiten aislar y clasificar diversos aspectos de la vida humana para el análisis, existen como una unidad. De ahí que pequen de artificialidad aquellos esfuerzos explicativos unicastales (clases, género, por ejemplo) e incluso interpretaciones dualistas (patriarcado/ capitalismo).”⁹

De todos modos, la experiencia de las mujeres y sus formas de “experiencia” tienen una historia propia que, aunque no es independiente de la de los varones, debe ser valorada como una historia con rasgos propios. En este sentido, basta reflexionar sobre el modo en que la mayoría ingresa a la militancia y sobre los vínculos, muchas veces conflictivos con la familia y la pareja, los obstáculos para el acceso a roles dirigentes, etc.

Mujeres militantes: un primer acercamiento a los testimonios

En el caso específico de nuestro país, sabemos que la renovación del feminismo de los años '60 no ha calado profundamente, según señala Marcela Nari.¹⁰ Los cambios que se dieron en las vidas de las mujeres en Argentina desde los años '40 con la ampliación de la ciudadanía, el mayor acceso a estudios superiores y al trabajo asalariado y/ o remunerado y el impacto que esto provocara en las relaciones de género, no condujeron a las mujeres al feminismo. Más aun, “lo negaron, rechazaron o simplemente lo desconocieron. La radicalización política, la conflictividad social, ocultaban u ofrecían otras salidas...”.¹¹ De hecho, ninguna de nuestras entrevistadas

señaló ese espacio de participación política como posible; de todos modos, son varios los problemas vinculados con este tema que podemos destacar de sus testimonios.

Desde 1966, el número de militantes de todas las organizaciones políticas de izquierda se incrementó y un porcentaje mayor de mujeres ingresó al activismo político. Esto obligó a las organizaciones a pensar distintas estrategias ante las presiones de la nueva militancia femenina. Sobre las prácticas desarrolladas por el PRT-ERP, se destaca aquella que ubicaba a las mujeres en los frentes legales o de masas (barriales, estudiantiles, villeros).¹²

Tratar el tema de la participación de las mujeres en las organizaciones armadas en la Argentina de los años '70 es un interesante desafío porque se trata de investigar un partido de cuadros con frentes clandestinos. Esto desde el inicio impone ciertos límites: la consulta a cierta documentación, la inexistencia de "listas de afiliados", la dureza de la represión estatal con los y las militantes. En el intento por tratar de analizar el tipo de participación de las mujeres en la vida de la política revolucionaria de los años '70 no hay dudas, dado el estado actual de las investigaciones, que las mujeres no han participado en igualdad numérica en los cuadros de dirección de las organizaciones armadas. Si las condiciones de la lucha indica que ya es bien difícil reconstruir la vida de los militantes varones de la década de 1970, en el caso de las mujeres se dificulta encontrarlas militando en todos los frentes.

Si bien en la década del '60 la participación de mujeres en estas organizaciones fue de un bajo porcentaje y estuvo más vinculada a la actuación dentro del frente estudiantil, en la década siguiente y sobre todo desde 1973, se ve un aumento notable en su participación política. Es interesante el señalamiento de Pablo Pozzi que nos dice que sólo dos mujeres fueron incorporadas al Comité Central del PRT-ERP: las dos eran esposas de destacados cuadros del partido, una era la compañera de Roberto Santucho, la otra era viuda de Luis Pujals.¹³ Seguramente la competencia política y militar de estas mujeres era destacable pero cabe suponer que otras con similares o mejores

características debieron militar en el PRT-ERP. En este sentido, seguramente lo que determinó su acceso a puestos de dirección no fueron, exclusivamente, sus capacidades como militantes.

A continuación trazaremos brevemente el perfil de las entrevistadas, a fin de caracterizar el contexto personal y social de ingreso a la actividad social y/ o militancia.

Una de ellas es *Corina* que nació en un pueblo de la provincia de Córdoba. Desde muy joven trabajó como obrera y empleada textil, y aunque que su novio tenía actividad militante, esto inicialmente no le abrió las puertas de ese espacio. Sin embargo, ella comenzó a formarse de modo autodidacta en lecturas y se contactó con miembros del PRT, al que ingresó a militar en 1969, impactada por las movilizaciones que habían tenido lugar en el mes de septiembre en Rosario. Al año siguiente se incorporó a la Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (CoFaPPEG). Militó en el PRT-ERP en el frente legal y militar, en la ciudad de Rosario y Buenos Aires.

El segundo testimonio es el de *Hilda*, trabajadora textil desde muy joven, madre de dos mujeres y dos varones, de los cuales dos militaron en el PRT-ERP. A partir del ingreso a la militancia de dos de sus hijos, Hilda se involucró en la militancia, sin pertenecer a ninguna organización. *Lili* es una de las hijas de Hilda, que a partir de que uno de sus hermanos fue apresado, inició un recorrido por las comisarías, que la condujo a optar por la militancia. Se contactó con un grupo del PRT-ERP que realizaba algunas acciones conjuntas con el Peronismo de Base de la zona norte del Gran Rosario y, después, se dedicó al trabajo en villas. Fue obrera en una fábrica de calzado.

Finalmente, nuestra cuarta testimoniante es *Mónica*, también de la ciudad de Rosario, que ingresó a la militancia en Resistencia (Chaco), cuando se trasladó a esa ciudad con su familia. Militó en las filas de la Juventud Guevarista del PRT-ERP. En los inicios de la actividad era estudiante secundaria y trabajadora en diferentes fábricas textiles y de calzado.

Cuando nos preguntamos por el motivo que llevó a estas mujeres

a ingresar a la actividad militante en la mayoría de los casos la decisión se relaciona con la militancia de varones conocidos (hijos, novios). De hecho, el encarcelamiento de sus familiares, habría operado como un elemento “politizador”.

El caso de *Lili* es ilustrativo:

“Mi participación primera fue cuando a ellos [hermanos] los metieron en cana, lo único que podía hacer yo era laburar, tratar de sacar un mango para el grupo, para que tuviéramos para comer.” Las urgencias cotidianas fueron dejando paso a otras reflexiones: “No era yo sola, éramos todos, que ni soñábamos... lo que era la lucha armada, no teníamos ni idea lo pesado que era el tema. Después de ahí, bueno, ya empezamos.”

Para *Mónica* la noción “de que estaban ocurriendo cosas” se hizo palpable cuando encarcelaron a uno de sus hermanos por haber participado de la toma de una comisaría de Rosario. En consecuencia, el panorama para ella se abrió y su primera certeza fue que quería “hacer algo”. Como en el caso anterior, la intuición precede a la certidumbre: las visitas a su casa, las reuniones, los temas de discusión. Este es un ejemplo de que se intentaba mantener al margen a las mujeres de la familia.

“Yo me entero de la Comisaría 20ª (famosa) haciendo la cola de la comisaría y yo inmediatamente pensé en mis hermanos, como una cosa refleja. Era como que me estaba diciendo que por ahí pasaba la cosa. No sabía bien si ellos estaban ahí, pero por ahí pasaba la cosa. Y bueno, la historia me demostró que estaba intuitivamente bien. Ahí comencé otra etapa donde me fui interesando cada vez más sobre todo esto. Pero tenía varias trabas. Era la menor de mi familia y estaba superprotegida, yo era la nena que no podía.... muchas de las informaciones que me negaron fue por eso, yo entiendo, ‘La nena no’.”

Cuando trabajamos con testimonios de varones militantes notamos que los primeros manifiestan que “sus padres los apoyaban en todo,

muy enganchados” pero los relatos de las madres presentan más contradicciones y temores; *Hilda* dice sobre sus hijos:

“Estaban todos metidos. Cuando empezaron con eso yo les dije, tengan cuidado, no está nada formalizado. Yo veía muy mal control de las cosas. No muy resguardado, muchas canas al aire. Reflexionaba, sabía lo que podían sufrir. Pero ellos no, ellos eran ellos y oh, no!. No me hacían caso. Yo era la nena, la mamá, la que siempre tenía miedo. No era la compañera, que le decía todo que sí. Ante todo fui la madre. Me importaba más ellos que cualquier otra cosa.”

Estos datos nos llevan a indagar más en profundidad sobre el rol de las mujeres familiares de los militantes: madres, hermanas, tías. Casi todos los y las militantes coinciden en que sus familias conocían sus actividades, lo que variaba era el nivel de aprobación. Este podía ir desde el rechazo al familiar militante y la negación frente al entorno social, hasta el pleno involucramiento en las actividades (realizar reuniones en sus casas, guardar armas, etc.). En el caso particular de esta mujer, ella parece haber acompañado a sus hijos sin preguntar demasiado. Lo cierto es que una lectura capaz de cruzar varios testimonios nos permite suponer que los familiares conocían mucho más de lo que manifiestan. De hecho, sus frecuentes recorridos por las comisarías en busca de sus familiares le debe haber proporcionado una interesante cantidad de información y experiencias. Lo mismo debió ocurrir con las visitas a las cárceles.

De todos modos, lo anterior no es suficiente para explicar por qué decidieron ingresar orgánicamente como militantes, por qué realizaron recorridos diferentes a los de los varones, e incluso su opción por una organización diferente.

Diferente de los anteriores es el caso de Corina, que ingresó al PRT-ERP antes que su compañero (que militaba en un comando marxista):

“P: ¿Vos sabías lo que él estaba haciendo?, ¿te había interesado?

R: Sí, pero no nos daban bola en esa época a las mujeres. Aparte,

los compañeros me subestimaban porque yo era quizás clase media, no sé... era una empleada de comercio...

P: ¿Quiénes no te daban bola, el grupo al que tu novio pertenecía?

R: El tampoco me daba bola a mí, no enseñaba. Yo fui por la libre haciendo todo eso. Todos me subestimaban porque parecía una boludita; me tomaban como si fuera una boludita.

P: ¿No había mujeres en ese grupo?

R: Sí, una gran compañera. Pero yo no la conocía, no sabía que estaba. Era la única compañera que había. Bah, después las otras compañeras que... pero por suerte después...

P: ¿Cuándo cambia la actitud de subestimarte?

R: Nno, cuando yo me... cuando estaba de novia y ellos plantean la guerrilla rural... y después cuando me caso. Cuando nos casamos, que él cae preso que ahí me empiezo a ligar con la gente de CoFaPPEG y del partido y ahí ingreso al partido. Incluso ellos todavía no habían ingresado al partido en la cárcel.

P: ¿O sea que vos ingresaste primero? ¿Eso lo discutieron entre ustedes?

R: Más o menos. Ellos estaban en la discusión si entraban o no y yo ya me había ligado al partido.

P: ¿Y no fuiste una influencia para que tu marido ingresara?

R: No. No porque no teníamos ... él estaba en el sur en esa época, es decir, lo único que teníamos era la carta. Una carta que vos no podías ni siquiera... pero cuando fui allá le dije que había ingresado; en el viaje, en el primer viaje que hice le dije: ingresé al partido."

Sólo en un testimonio surgió espontáneamente el tema de la militancia de mujeres y las actitudes del partido y de los compañeros varones hacia las mujeres. De la serie de preguntas con que trazamos las entrevistas, nos interesó especialmente indagar acerca de cómo eran vistas las relaciones de género al interior de la organización, la percepción (o no) de diferencias en el acceso a responsabilidades y

cargos, la maternidad, los frentes a los que se las destinaba. Como supusimos después de revisar parte de la bibliografía, la actitud hacia las mujeres cambió por la presión del ingreso de las mismas. Asimismo a la dirigencia le costaba admitir que eso era valioso por sí mismo y se insistía en la cuestión familiar. Al interior del PRT-ERP, un grupo de mujeres militantes presionó para que se avanzara en el tema y se formó el Frente de Mujeres. “La realidad era que el PRT-ERP no tenía ni idea de cómo encarar el tema y, sobre todo, de cómo convencer a las distintas regionales de que esta orientación debía ser aplicada con la misma fuerza que cualquier otra”.¹⁴

Veamos en relación con esto una parte del testimonio de Mónica: “Yo había empezado a tener de vuelta contacto con la Juventud Guevarista y a formar un movimiento de mujeres vinculado al PRT, había otras mujeres, si bien era un grupo muy pequeño. Tratando de comenzar un laburo a nivel de ramas de mujeres. Las mujeres entre los 18 a 30 años. El tema de mujeres era tomado muy a la ligera yo creo. Primero porque no se hacía un análisis de la mujer dentro de la organización o dentro de la clase. Era una cuestión de hombres y mujeres. Yo creo que tengo las mismas críticas para los movimientos feministas de ahora que para los de entonces. Es decir, las mujeres tenemos algunos problemas para poder ocupar cargos, somos discriminadas en algunos aspectos, tenemos muchos problemas para poder avanzar en ciertas carreras, incluso dentro de las organizaciones teníamos problemas para avanzar. Siempre las compañeras éramos relevadas de algunas tareas, siempre estaba la onda de decir.... Yo siempre le decía a los varones que ellos tenían un discurso “Si, las compañera mujeres, que se integran a la lucha, todo bien, pero la mía no, que me acompañe *ma non troppo*.” Eso se veía en las discusiones de mujeres. Que tuve pocas por la gana... Por otro lado el error que se cometió en ese momento era que las compañeras que lo impulsaban estaban en la clandestinidad. Era un contrasentido, impulsar un movimiento de masas con gente clandestina.”

Este fragmento resulta significativo también desde el punto de vista de las características personales de esta militante. Mientras su familia estaba en el Chaco, ella regresó a Rosario porque quería vivir sola, “bancarse sola”, y terminar los estudios secundarios. El testimonio de esta militante es particular porque es el único en el que se introduce algún indicio de articulación entre género y clase ya que ella parece haber estado al tanto de los debates en torno al feminismo en los años '70.

Habíamos mencionado que en la mayoría de los casos, la militancia de las mujeres estaba en los frentes legales, los barrios o las villas. Lili, ingresó a militar a partir de sus inquietudes sociales, por eso optó por el trabajo en villas. Allí, destaca la importancia de la actividad vinculada a cuestiones de salud:

“Cuando nosotros vamos a la villa, me dicen si quería ir con ellos a laburar y vivir ahí en la villa. En esa época, los villeros, según la gente que ya había ido porque yo te digo que yo era nuevita... tenía algunas bases nomás de lo que yo quería como sociedad, este y... había empezado a leer algunas cosas este... y bueno me dicen si quiero ir con ellos y bueno, me voy con ellos se suponía que a militar. Y ahí conocía alguna gente, empezamos a militar, a militar... Porque un poco, creo que la militancia, ahí no se pudo pasar de lo reivindicativo a lo político, porque ahí terminamos haciendo asistencialismo. El dispensario, los médicos, íbamos a charlar con la gente. Los problemas de las mujeres, por ejemplo los abortos. Yo tenía recontra claro lo que era un aborto y las mujeres que se lo hacían y cómo se lo hacían. Mucha de la charla nuestra era con las mujeres en ese sentido si, con Ester que charlábamos bastante. El asunto de los anticonceptivos, porque se hacían abortos con las ramitas de ruda o con las agujas de tejer [...] Las mujeres que no querían ir a parar al hospital porque decían que le robaban los chicos, o se los mataban. Esas se sentían mucho más confiaban en la partera de ahí, que... Primero tratábamos de convencerla que tenían que ir al hospital. Pero eran duras de convencer. [...] El anticonceptivo, es difícil porque es un grupo social, (ahora no sé cómo estarán) con unas

costumbres muy primarias, relaciones de animales, casi, porque eh... el tipo, el hombre usar preservativo, ni en pedo; que las mujeres no tomaran nada por miedo a que les metieran los cuernos (aunque se los metieran igual), pero no les entra en la cabeza. [...]

"No era mucha la militancia tampoco. Más que nada íbamos a reuniones y a pintar paredes, ese tipo de cosas. Discutir proyectos que sí o que no, pero ese tipo de cosas. Uno intentaba. Teníamos una vida re- activa. Dormía 2 ó 3 horas por noche. Laburaba en la fábrica, venía, hacíamos los zapatos, de ahí siempre una actividad había y me había puesto de novia. Dormía 2 o 3 horas por noche."

Notamos que las propias militantes restan importancia a su tarea. Es sumamente significativo que, después del relato del trabajo en la villa, y mediando el comentario acerca de que dormían tres horas por día, además de tener una vida "re activa", se concluya en que "no era mucha militancia". Esto presenta más preguntas acerca de si se desestima esta tarea desde el propio protagonismo (y aquí se abre todo un debate según el cual cada testimoniante estima que lo suyo no fue significativo, inaugurado a veces con el comentario: "¿seguro que querés entrevistarme?, no se si te va a servir lo que te diga..."); o también reforzaría algunas interpretaciones que sugieren que en la práctica, los frentes de masas y legales eran considerados menos importantes que el frente militar, por ejemplo. O más aún, se considera un tema menor por que estaba realizado por mujeres.

Veamos cómo recuerda Corina su paso por los frentes legal y militar considerando que además estaba sola a cargo de su hijo, puesto que su marido estaba preso desde septiembre de 1973, producto del fracaso de la acción del cuartel del Comando de Sanidad del Ejército. Ante la pregunta de cómo fue ser mujer militante y madre se hizo un largo silencio:

"Era jodido. Es decir no a nivel compañeros, te digo, yo siempre estuve en el mismo grupo, Sombra, Lila, Edgardo, otra compañera

y yo. Siempre fuimos ese grupo que nos movimos hasta el '73, milité con ellos. Es decir, no... después, y... en la época esa también se trabajó con la CoFaPPEG Regional que no tuvimos mayor problema. [...] Y, era jodido, porque te imaginás que yo, por ejemplo en Buenos Aires tenía que laburar, nunca viví del partido, no sé si por orgullo o qué pero te puedo asegurar que nunca viví del partido. Yo empecé a laburar y vivía en la casa de unos compañeros y a mi hijo lo tenía que llevar a un bar, me lo recibían otros compañeros y yo cuando salía de trabajar... yo a mi hijo prácticamente lo veía el fin de semana. Yo laburaba desde las 8 de la mañana a las 9 de la noche y ahí me iba a reuniones. Te voy a contar lo que me pasó un día en un colectivo: yo salía de Capital y me iba a una reunión en San Martín, iba con el nene, porque aparte me permitían. Yo trabajaba enfrente de Ciencias Económicas, en una librería muy grande de Buenos Aires y el matrimonio que era dueño de la librería me dejaba llevar al nene, lo llevaba en el cochecito y ellos lo atendían de primera. Y de ahí me tomaba el colectivo y me iba a San Martín. ¡Y me quedaba dormida! Te imaginás que desde las 8 de la mañana a las 9 de la noche, tenía media hora para comer... y venía con el nene upa y me quedé dormida y un tipo que venía sentado al lado mío me dijo "señora, se le cae el nene.

P: Entonces era más complejo militar siendo madre...

R: ¡Claro que era mas complejo! Es mucho mas complejo militar siendo madre.

P: ¿Los compañeros responsables, tenían en cuenta esa situación?

R: A veces sí, a veces no. Te exigían cosas... yo llegó un momento que, mi hijo teniendo tres meses tuve que mandarlo con mis suegros al Chaco. Me quedé acá, justo era el congreso del FAS. Yo me enfermé, porque es lógico, porque uno es como los animales, te sacan el hijo... y me agarró una depresión total, y ahí me cuidó esa mujer Juanita y Perla me iba a ver todos los días. Y la compañera responsable hablaba para ver cuando iba... yo estaba bajo médico, me daban pastillas porque no dormía de

noche, me sentía mal, había adelgazado cualquier cantidad, hasta que pedíirme al Chaco, justo lo habían trasladado [a su compañero]. No me dijeron ni sí ni no, y yo me fui por la libre.”

Continuando con el problema de las relaciones familiares, Hilda, madre de militantes, demuestra la angustia que le significaba la situación de sus hijos e hijas, y los conflictos con su propia familia al verse involucrada en la militancia:

“¿La familia de mi marido?, chau, se perdió. No querían saber nada. ¿La mía? más o menos me ayudaron. Porque los demás, todo el que pudo salvarse se salvó de venir a estar en contacto.

P: ¿Sus otros hijos?

R: Estaban todos metidos. Yo opinaba que hasta cierto punto yo tenía un poco de culpa. Yo había fomentado la igualdad en la gente y todo eso. Por mi pasado, mi forma de ser, yo iba a actuar en los festivales para ese sistema, para la izquierda, hablando en plata. Pero yo no había tenido un motivo, yo no quería ni pensar, lo que más me hacía era sufrir por la forma en que sufrían ellos y la forma que estaba yo. La vida que llevábamos con mi marido, salíamos todos los días a hacer el reparto a quedarse sola completamente y mi marido muriéndose sin poder hacer nada.[...]

Ellos hacían reuniones para salir adelante, para conseguir el dinero. De eso hay muchas cosas que yo con mi forma de pensar no aceptaba. Una de las cosas que yo no acepté fue la muerte. Ni de un lado ni de otro. El robar, bueno, le robaban a quien tenía mucho o algo así, para repartir entre los que querían la liberación. Todo estaba muy bien. Yo estaba de acuerdo con muchas cosas. Más aún, yo te digo que yo me crié con mi cuñado Manolo, que era izquierdista, con Carlés que era una persona que renunció a todo. [...]

A pesar de su lucha en las cárceles, de apoyar y “guardar” a los hijos, de su propia historia como trabajadora, Hilda reproduce sobre

las mujeres militantes los mismos comentarios acerca de actitudes y de la relación con los niños, que podríamos encontrar en cualquier persona ajena a toda participación social o política:

“Uf! Un chusmerío. Había de todo. Había la que hablaba y no hacía nada. Y la que no hablaba y trataba de ayudar. Yo no tenía mucho contacto con ellas. Tenía contacto con mi nuera porque iba mucho a mi casa, le cuidaba al nene y entonces empezaron a venir mucha gente y ahí se “quemó” la casa. No podíamos mudarnos. Vos sabés lo que es Resistencia. Acá estábamos tan quemados como allá. ¿Adónde me iba a ir?. ¿a la casa de mis hermanas?. Yo digo que todo esto se obró con muy poca inteligencia. Que yo que era una pobre señora ama de casa, no tenía ninguna conducta militar, ni así. ¡Se vestían todas iguales! Con los pantalones estos, con el bolsito colgando. ¡todas iguales! Yo les decía, pero ¡no sean tontas! Se veían en el mismo café todas igual vestida, con los vaqueros (que no se usaban tanto como ahora) un bolsito... Para que se conocieran ellos, ¡pero los conocía todo el mundo! Con los chicos todo era sufrimiento... porque imaginate, o lo dejaban de la abuela, o allá o salían con ellos, cuántos chicos han ido a parar a la cárcel, cuántos se han muerto. Ha sido terrible. No ha sido terrible. No fue tan fácil. Yo por eso enseguida me llevé el nene de [su hijo] porque yo veía lo que pasaba, se llevaban con chicos y todo. Una vez hicieron explotar una casilla cerca de una casilla que iban a hacer reuniones. Yo reuniones no permití nunca. Que fueran, que dejaran algo, dinero que yo lo pasaba, o papeles. Pero reuniones no. Porque yo tenía mis hijos, mal, era un compromiso para ellos y para mí. Pero ya te digo, faltó inteligencia. Yo no sé si con un poco más de inteligencia no hubiera pasado todo lo que pasó. De acá para allá. He apoyado su gente, he recibido su gente en mi casa, eso sí. Lo digo y fue así. Pero de meterme de ir a una reunión con ellos, eso nunca. No tenía derecho a pasar todas las que pasé. Yo solamente cierro los ojos y veo a mi marido en un charco de sangre en el calabozo, después de una semana

buscándolo. Así que esa semana estuvo ahí tirado en Corrientes.
[...]
Viendo hacia atrás, lo hubiera hecho pero con más cabeza.”

Este último testimonio, parece confirmar la necesidad de introducir otros temas y problemas, construir otros ejes para explicar las relaciones de las mujeres con la militancia activa en una organización, o con sus relaciones en tanto adherentes, ya sea a partir de inquietudes sociales, ya sea por los vínculos familiares.

Como mencionamos anteriormente este trabajo forma parte de una investigación más general sobre la militancia armada marxista en el Gran Rosario. A partir del análisis de las entrevistas realizadas a estas cuatro mujeres hemos individualizado y desarrollado algunos de los problemas sobre la militancia de base, las relaciones familiares, las opciones por los frentes de militancia.

Quedan aún por investigar diversos temas. En primer lugar, el debate sobre cómo los roles más tradicionales, asignados a las mujeres también se reproducen en las organizaciones que tenían entre sus objetivos la construcción del “hombre” nuevo y que militaban en pos de eliminar las desigualdades. Pero éste último ideal no pareció alcanzar, por ejemplo, a la división del trabajo por géneros. No parece haberse roto el vínculo naturalizado de madre-hijo, pero tampoco habría habido consideraciones especiales para las madres de niños pequeños. En segundo lugar, desarrollar más en profundidad algunas de las variables formuladas por Stanley, especialmente aquéllas que nos señalan hasta qué punto y de qué manera podemos jerarquizar y rescatar lo personal en el testimonio político, sobre todo en aquellas mujeres que hicieron efectiva su militancia ingresando activamente al PRT-ERP. Recordemos, además el testimonio de la madre de los y las militantes cómo se ubica durante todo el relato en ese rol de madre y esposa y, como tal, habría recorrido las cárceles del Litoral en busca de su marido y sus hijos, sin reconocer o destacar su propia actividad en la militancia (organizar reuniones, guardar dinero, libros, armas –según el relato del mayor de sus hijos–).

En tercer lugar, otra línea de lectura posible es el tema de la militancia en una organización marxista, es decir, el porqué de la opción por el PRT y no por otra organización; asimismo, los debates en torno al socialismo y el rol de la mujer en la nueva sociedad que se quería construir.

Consideramos que el panorama de preguntas e hipótesis que se abren en esta dirección es amplio y sumamente interesante. Queda pendiente complejizar lo realizado hasta aquí con otros testimonios de mujeres, con los relatos de los varones militantes e incluso con un estudio de tipo comparativo entre las diferentes regionales. Y finalmente, un tema no menor, es ampliar esta investigación al espacio de otras organizaciones armadas marxistas con presencia en el período.

Notas

¹ La "Historia desde abajo" es una de las vertientes derivadas de la Historia social británica.

² Acerca de la especificidad del tema, mencionamos sólo algunos de los textos consultados: Marta Diana, *Mujeres guerrilleras*, Bs. As. Planeta, 1996; María Matilde Ollier, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Bs. As., Ariel, 1998; Jorge Aceves Lozano (comp.), *Historia oral*, México D.F., Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993; Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT – ERP.*, Bs. As., De la Campana, 1996; Noemí Ciollaro, *Pájaros sin luz. Testimonios de mujeres de desaparecidos*. Bs. As., Planeta, 1999; Eva Salgado, "Las mujeres en la Revolución". Revista *Secuencia*, N° 3, Instituto Mora, sept.-dic. de 1985.

³ Stanley, Jo. "Incluir los sentimientos: darse a conocer a uno mismo a través del testimonio político personal". En *Taller*, (N° 18), abril de 2002.

⁴ De la colección de grabaciones del Museo de la Guerra Imperial (Inglaterra), 16 se realizaron a mujeres y 74 a varones. Una lista de entrevistados por Andy Croft –con conocida sensibilidad al género– incluye a 1 mujer y 9 varones; de tres estantes de biografías y

autobiografías seleccionadas al azar de la biblioteca Marx, uno tenía grabaciones de 4 mujeres y 11 varones, otro de 3 mujeres y 24 varones y el tercero, de una mujer y media -porque dio testimonio junto al marido- y de 18 varones y medio). Jo Stanley, Op. cit.

⁵ Destacamos que si bien Stanley es una historiadora feminista profundamente preocupada por la documentación sobre la presencia de las mujeres en la militancia política, también trabaja con testimonios de varones.

⁶ Stanley, Jo. Op. cit.

⁷ Las mismas son de construcción propia, y se han consultado las elaboradas por Pablo Suárez, también investigador del CEHO.

⁸ Otros abordajes pendientes sobre el tema lo constituyen las formas en que vivieron los procesos de inserción laboral, matrimonio y maternidad, en el contexto de la militancia política y social.

⁹ Cano, Gabriela, Verena Rdkau; "Libertad condicionada o tres maneras de ser mujer en tiempos de cambio (1920-1940)". En *Secuencia* (Nº 13), enero-abril de 1989, p. 217.

¹⁰ Nari, Marcela, "'Abrir los ojos, abrir la cabeza': el feminismo en la Argentina de los años '70". En *Feminaria*, Año IX, Nº 18/19, 1996.

¹¹ Nari, Marcela, "Abrir los ojos..." Op. cit. p. 15.

¹² Pozzi, Pablo. "*Por las sendas argentinas...*" *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires, Eudeba, 2001. Es destacable la reflexión acerca de que la postura del partido ante el género se sintetizó en el folleto "Moral y Proletarización", que reproduce los prejuicios de la sociedad argentina según la cual las mujeres logra entidad en el ámbito de la familia.

¹³ Pozzi, Pablo, *Por las sendas argentinas, El PRT/ERP, la guerrilla marxista argentinas*, Op. cit. pp. 239, 240.

¹⁴ *Ibid.*, p. 243.



Testimonio, mujer y memoria¹

Silvia Valero

Entre las posibilidades que ofrece el tratamiento textual de la violencia en Colombia dentro del campo literario actual, es prolífica la literatura que responde a los parámetros de la *non-fiction*, el testimonio, la autobiografía, y todos las variantes genéricas narrativas que toman como referente a la historia colombiana de los últimos veinte años.² Periodistas, ex combatientes, ex narcotraficantes, víctimas, son los sujetos sociales que buscan dar su versión de cualquiera de los hechos de violencia que enlutan al país con una continuidad tan arraigada que dificulta la esperanza de solución pacífica.

Vera Grabe y María Eugenia Vásquez Perdomo, dos ex-militantes del Movimiento 19 de Abril (M-19 o Eme), publicaron en el 2002 *Razones de vida y Escrito para no morir* respectivamente, con un formato de autobiografía lindante con el testimonio. Al mismo tiempo, el periodista Alonso Salazar J. presentó *Mujeres de fuego*, una recopilación de testimonios femeninos relacionados con diferentes aspectos de la guerra en Colombia. Entre ellos, “La casa de los fantasmas”, en el que María Eugenia Vásquez testimonia acerca de los dos meses que duró la toma de la Embajada de República Dominicana en Bogotá por el Eme-19, en 1980.

Si bien no es el objetivo de este trabajo hacer una revisión de la historia colombiana, es importante ubicar contextualmente al Movimiento 19 de Abril, cuyo nacimiento se produce luego de las elecciones presidenciales realizadas el 19 de abril de 1970. Ese día,

los medios de comunicación transmitieron los resultados de las votaciones según los cuales, hasta las seis de la tarde, ganaba la Alianza Nacional Popular (ANAPO), liderada por Gustavo Rojas Pinilla, que se ofrecía como una variante a la bipolaridad liberales-conservadores que venía manejando al país históricamente. Sin embargo, al día siguiente la victoria era del conservador Misael Pastrana, candidato por el Frente Nacional, sistema de gobierno que rigió en el país por veinte años –1957-1977- y cuyas características fundamentales fueron la alternancia y la paridad. Esto significaba que la presidencia de la República se turnaría obligatoriamente cada cuatro años entre los candidatos de los partidos conservador y liberal y que se repartirían, por mitad, los cargos de la administración pública entre ambos. Al pueblo anapista no le cupo la menor duda del fraude y salió a la calle dispuesto a hacer respetar el triunfo. Este hecho dio origen y su nombre al M-19, muchos de cuyos fundadores provenían de otros grupos subversivos como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), quienes consideraron que la clase dirigente colombiana no iba a ceder su poder voluntariamente ante la sola decisión mayoritaria expresada democráticamente, sino que se la debía hacer respetar con las armas, de ser necesario. De ahí el lema del movimiento: “¡Con el pueblo, con las armas, al poder!”.

Para Colombia, sin embargo, el M-19 nació con el operativo que llevó al robo de la espada de Bolívar el 17 de enero de 1974, acción que, según el testimonio de Vera Grabe, tuvo su inspiración en el movimiento tupamaro uruguayo: “Habíamos leído mil veces ‘Las actas tupamaras’, que contaban las acciones de esta guerrilla urbana uruguayana, que nos había inspirado con su imaginación y su creatividad. Su recuperación de la bandera de Artigas inspiró la acción de la espada de Bolívar” (Grabe, 69).

Después de casi 20 años de lucha, en 1990, con la presencia de garantes internacionales, se realiza el acto de dejación de armas y el Movimiento 19 de Abril entra posteriormente en la política legal con

la formación de la Alianza Democrática M-19 (AD-M-19).

El siguiente trabajo intenta reflexionar, a partir de sus propios testimonios, sobre el descentramiento identitario que se produce en las guerrilleras una vez terminada su participación en la lucha revolucionaria, pero también qué sucedía con su condición genérica durante el proceso de militancia.

En estos testimonios, lo que entra a jugar en primera instancia, es la problemática de la memoria en dos vertientes: por un lado, el reacomodamiento de la historia pero con la mirada puesta en el presente y en el análisis de la dinámica de la política colombiana. Lo que Nelly Richard llama "memoria crítica": "una memoria que sea capaz de oponerse al desgaste, a la borradura del recuerdo que sumerge el pasado en la indiferencia o bien que neutraliza sus conflictos de voces tras el formalismo (y formulismo) político de una cita meramente institucional" (Richard, 2002: 188). En otras palabras, la búsqueda de la memoria como instrumento cómplice del dislocamiento de la historia oficial.

Por otro lado, sin embargo, el testimonio también es reordenador de la realidad individual, y en este aspecto, productor de sentido. Se acude, entonces, a la escritura para vehiculizar la memoria que ayude a reconsiderar aspectos y experiencias personales que formaron parte de un colectivo. De aquí que estos testimonios se enmarquen en la problemática de la identidad, tópico que la memoria se empeña en reconstruir al dar cuenta del proceso que llevó del "yo" al "nosotros" y de éste nuevamente al "yo", tras el acto de dejar las armas en el caso de Grabe o el abandono voluntario de las mismas, poco antes de la desmovilización del Eme, por parte de Vásquez. Éste es el camino que marca la construcción de una identidad colectiva revolucionaria con el primer trayecto (del "yo" al "nosotros"), y una identidad individual con el segundo (del "nosotros" al "yo"): "Habían pasado cuatro años. De pronto volteaba a mirar y me preguntaba: ¿Dónde termina la organización y dónde comienza uno? A estas alturas ya no sé dónde estoy yo y dónde está... el nosotros... Además, ¿qué importaba?... ¿Y mañana?" (Grabe, 90).

La identidad social, que se ha ido construyendo en base a un proyecto colectivo de nación, profundiza los lazos entre los miembros en cuanto también existe identificación en el proyecto de vida. La utopía que impulsa a la acción a los integrantes del Eme, lejos de implicar un mero sueño o un escapismo, parte de una realidad existente a la que critica, proponiendo aquello que debería existir: un país libre del poder de las oligarquías y el imperialismo, con justicia social y reivindicación de los valores nacionales, con una democracia real, entre otras cosas. Como soporte para esa misma acción, está la positividad con que se cataloga el pertenecer al "nosotros". De aquí, entonces, el desequilibrio que provoca la pérdida del "nosotros", produciendo una desestabilización en el orden de la identidad individual, que llega al extremo de no poder mirar el propio futuro sin la urgencia diaria a que obliga la lucha armada:

"Fijar la vida a largo plazo para nosotros es difícil, porque somos gente sin futuro, aprendimos a vivir al menudeo. Cuando un día nos dijeron vencer o morir, supimos que la muerte podía llegar en cualquier momento. Por eso no planificamos nuestra vida personal ni a mediano ni a largo plazo. Volverla a planificar en torno a un proyecto distinto a la política y al triunfo de la revolución, era algo muy difícil. Tenía que hacerlo primero a meses, luego a un año, luego a dos años..." (Salazar, 258).

Aquella tensión provocada por la pérdida del "nosotros" se establece, entonces, desde dos puntos de vista: por un lado, la identidad, mientras estuvo contenida en el "nosotros", fue percibida, como dijimos, como un valor positivo. Al dejar el colectivo y por ende la clandestinidad, debe asumírsela de manera manifiesta e individual, pero ahora negativamente catalogada, no sólo desde quienes tienen el poder de establecer distinciones identitarias a nivel social,³ sino del ciudadano común que ha sufrido los efectos de las acciones del Eme. Vásquez es elocuente en este aspecto:

"La hostilidad del medio hacía que, aun sin proponernos, mantuviéramos puntos de encuentro con quienes vivían igual

mismo (sic) proceso de búsqueda [...] esas tertulias eran claves para sentirnos menos solos, aunque fuera por momentos. Y entender que no éramos ni mejores ni peores que los demás, simplemente distintos” (Vásquez, 432).

Por otro lado, la resignificación a que se ve sometido el proyecto de vida, sin el amparo del grupo y desde una perspectiva individual, se convierte en un gran problema a resolver. En el caso de Vásquez, que abandona las armas cuando todavía el movimiento era clandestino, el conflicto surge porque hubo un aprendizaje colectivo que sirvió para la superación personal pero que, irónicamente, no pudo cumplir una función social desde la individualidad: “Uno de los más difíciles de superar fue sentir que podíamos y teníamos la obligación de transformar en el menor tiempo posible, una realidad tan compleja como la colombiana. Por último, el más grande inconveniente era aprender a vivir sin “la gran causa” (Vásquez, 433):

“Una cosa era decidir sobre situaciones que poseían un norte, como el trabajo revolucionario, y otra bien distinta hacerlo con respecto a un presente y un futuro individuales, con la poca importancia que los intereses personales tenían en medio del gran proyecto histórico de cambiar el mundo” (Vásquez, 435).

De esta manera, es claro que la identidad va atravesando un proceso dinámico, en una dialéctica entre permanencia y cambio que hace que aquella identidad colectiva se mantenga, pero adaptándose al entorno y tratando de recomponerse, sin dejar de ser, en su fundamento, la misma. No ha cambiado el proyecto de nación que unía a Vásquez al “nosotros”, sí el proyecto de vida, y esto provoca contradicciones internas:

“Todavía sentía a mi país, su alegría y su dolor, como parte de mi cuerpo; sin embargo, la opción guerrillera para transformarlo ya no me bastaba. (...) durante media vida luché contra el establecimiento y ahora no podía asimilarme totalmente a él; era madre que no sabía o bien no quería ejercer su función; era un

ser que sufría al mismo tiempo el marginamiento y la impotencia de romperlo” (Vásquez, 434).

En la medida en que la realidad socio-política nacional no ha variado, y el medio –la guerra– para combatir el régimen ha perdido su poder, quienes dieron años de su vida con el único ideal puesto en la utopía revolucionaria asumen, en medio de los problemas planteados, la tarea de llevar a cabo un proceso de escritura en el cual también se opera una autocreación, como un hecho del presente que recupera el pasado. Ambas autoras intentan una especie de análisis individual y social que les permita explicar su presente y encontrar sentido al pasado en función de sus propios destinos.

Ser mujer y guerrillera

Sumados a los conflictos señalados, en ambas revolucionarias surge otro aspecto en la problemática de la identidad que es el del género. A la importancia política que poseen los escritos como discursos testimoniales, se les agrega la mirada sobre la posición de la mujer desde dentro del movimiento revolucionario.

La identidad social que se asume en el grupo guerrillero tiene incidencia directa en la categoría genérica de estas mujeres, en tanto el proyecto de vida colectivo subsume sus necesidades e intereses íntimos. A esto se le debe sumar la fuerza jerárquica de la masculinidad en el ejército. Tanto el de la guerrilla, como luego el de la política en el caso de Vera Grabe, son mundos marcados por la impronta masculina que estigmatiza a la mujer con características que, si bien son culturales, no impiden su fuerza dogmática ni el potente sentido de naturalidad con que se asumen, tanto en el nivel de la autopercepción como de la percepción colectiva. Señalando la dificultad para ascender dentro de los cuadros guerrilleros, Vásquez reclama:

“Es que en la guerrilla ser mando mujer es un esfuerzo doble: no sólo hay que hacer lo mismo que hacen los hombres sino que hay

que hacerlo mejor para poder ser valorada. Las mujeres que íbamos ganado posiciones de mando, con algunas excepciones, nos quedábamos solas. Si éramos buenas guerreras no éramos las esposas ideales para nadie. Construir vida familiar significaba renunciar a la organización. Muchas renunciábamos a ser madres y esposas para mantener los espacios de guerreras, y los hijos se quedaron solos" (Salazar, 220).

Con la posibilidad reflexiva que les da la perspectiva temporal, asumen que su condición de mujer limitó, -y fue aceptado por ellas mismas como una lógica perteneciente al orden en que estaban inmersas- no sólo su actividad dentro de la organización como militantes guerrilleras, sino el aspecto doméstico, cotidiano, de sus vidas. En otras palabras, no sólo los espacios a ocupar no llegarían a ser los de jefes máximos, sino que la maternidad y hasta el amor debieron ser relegados en función del proyecto colectivo. Paradójicamente, a pesar de que asumieron el rompimiento de la institucionalidad vigente, no lograron escapar a las maneras de actuar propias de las mujeres de su tiempo, cediendo espacios de autonomía, asumiendo que las labores domésticas eran responsabilidad femenina y aceptando que las tareas del compañero tenían mayor importancia. Se renunció a los proyectos personales en función de la organización y de los "amados compañeros". Vásquez da cuenta de cómo se asumían sin cuestionamientos las postergaciones personales cuando debió abandonar a su segundo hijo, tal como lo había hecho con el primero: "Renunciaba por segunda vez a ser mamá. (...) El oficio de la guerra no era compatible con el de la maternidad. Una vez más, mi vida personal quedaba relegada por la misión de soldado, pero lo hacía sin remordimientos; con pena, pero sin remordimientos" (Vásquez, 392).

Con respecto a esto, Grabe recuerda la negativa de Jaime Bateman, padre del hijo que ella esperaba, a que ese niño naciera "por la responsabilidad revolucionaria". Así, en el presente de su escritura, impreca al colectivo en un claro "pase de factura": "La gran

diferencia era que ustedes, compañeros dirigentes, tenían responsabilidad histórica e hijos, porque había esposas-madres que los cuidaban y sacaban adelante, con inmensa generosidad y la claridad de mantener en alto la imagen paterna" (Grabe, 179).

La maternidad, en cuanto a la separación obligada de los hijos, es el tema recurrente de estas mujeres. Es evidente en Grabe, quien confiesa escribir su libro, fundamentalmente, para su hija a quien llama Juanita en el texto. Así, va intercalando entre el relato de la historia fragmentos con un tono altamente justificativo de su elección como guerrillera, en una búsqueda de comprensión de su hija por el abandono al que la sometió. Vásquez, por su lado, confiesa:

"Es increíble lo que éramos capaces de hacer con la vida de los hijos. Nos íbamos a un operativo y los dejábamos en manos de la mujer de cualquier compañero. Podíamos regresar o no, ¿y los niños? A veces nos acompañaban mientras íbamos armados, estaban presentes en las reuniones" (Salazar, 219).

La muerte en plena adolescencia del primer hijo de Vásquez, quien vivía con su padre mientras ella estaba en misión política en Libia, apura el desenlace de su vínculo con el Eme.

Una vez fuera de las filas del Movimiento, Vásquez ve en su redescubrimiento como mujer la posibilidad de autoperibirse genéricamente desde los lineamientos culturales. Comprender cómo era ser mujer en la guerra, representó tanto renunciar al poder en beneficio de otros como ceder su propio proyecto personal al interés colectivo: "[...] podía entender la camisa de fuerza que significaban los roles sociales y cómo, pese a mi rebeldía, los había desempeñado sin apartarme mucho del guión" (Vásquez, 437).

Así, si el ser guerrillera borraba, en el sentido íntimo, el ser mujer, a la hora del abandono de las armas y la inserción social, surge la necesidad de reconocerse. Y uno de los fundamentos para reconstruir la identidad fragmentada está marcado por el reconocimiento de su pertenencia de género:

"Muchas veces tuve la ilusión de que si me vestía con la ropa

elegante que me regalaba la abuela de mi hijo podría ser una señora como la dueña de la prenda, y me esforzaba en parecerlo para luego darme cuenta de que me cansaban los tacones y los gestos impostados. Quise ser como la mayoría de las mujeres y tener familia, casa y trabajo seguros; en otras ocasiones, cansada de todo sólo soñaba con tropezar en la calle con un hombre corriente que ofreciera cuidar de mí" (Vásquez, 426).

Aunque resulte extraño, también surge de estos discursos la figura de lo doméstico contra lo público, adaptado a la vida del monte. Si, como dice Estela Serret, el espacio doméstico es "creado como precondition de igualdad en el espacio público y social y está íntegramente estructurado en torno a la figura de la mujer doméstica"(42), ese espacio "privado" ocupado por las guerrilleras cumple la función del hogar en cuanto permite a los hombres llevar adelante las tareas que sólo "pueden" ser emprendidas por ellos:

"...La reclusión imaginaria de la mujer garantiza el funcionamiento del orden público moderno, dominado por el concepto de igualdad y libertad entre los individuos varones. (...) La igualdad de las mujeres se torna identidad; cada una es idéntica a la otra sin posibilidad de brindar (al entendimiento del sujeto masculino) en su misteriosa infinitud, ninguna cualidad constante que le haga discernible de las otras" (Serret: 42).

Es claro entonces que, esta construcción cultural se enmascara en la naturalización de la función doméstica de la mujer, que deriva, consecuentemente, en la naturalización de la exclusión de determinadas actividades: discusiones políticas, estrategias político-militares, designación de cargos.

Pero, si bien desde la mirada de Vásquez, en el terreno político y de participación se habían logrado algunos avances, el machismo de los guerrilleros en el terreno íntimo en nada se diferenciaba del de los demás hombres colombianos. Ella considera que las mujeres guerrilleras lograron plantear el amor como algo instrumental, pero

esta transgresión se volvió un boomerang en cuanto fueron "... las perfectas amantes, pero no las compañeras con quienes compartir un proyecto amoroso de largo aliento, menos aún si teníamos cargos de responsabilidad" (Vásquez, 439).

En otros términos, la imagen femenina socialmente aceptada se adaptaba a esa nueva realidad, de modo que permitía la subsistencia del código binario de jerarquización que seguía haciendo ver lo femenino, de acuerdo con los nuevos valores, bajo la lógica de subordinación propia de su género. Es ejemplarizante, en este sentido, la reflexión de Vásquez a la hora de analizar la elección de la "Chiqui" como negociadora con el gobierno durante la toma de la embajada de República Dominicana por el Eme que tuvo como objetivo denunciar las violaciones a los Derechos Humanos por parte del ejército, rechazar la justicia penal militar para juzgar civiles y negociar la libertad para los presos políticos. La toma, sin haber obtenido lo buscado, finaliza en abril de 1980, dos meses después de iniciada. Como parte de las negociaciones, los guerrilleros implicados abandonaron la embajada rumbo a Cuba.

El papel de "la Chiqui" en las negociaciones fue sumamente importante. Sin embargo, Vásquez no rescata la capacidad intelectual de su compañera: "...la presencia de esa pequeña mujer distensionaría los ánimos. Mostrarle al país una imagen femenina que rompía el estereotipo guerrillero y despertaba simpatía ayudó a crear un clima favorable a la negociación" (Vásquez, 210).

A pesar de los continuos reproches por el trato diferenciado que recibían las mujeres por parte de los compañeros guerrilleros, Vásquez asume en su discurso una identificación de lo femenino con aspectos sensibles a la percepción masculina: "La Chiqui tenía una voluntad inquebrantable y una especial capacidad para comunicarse con la gente, siempre con una sonrisa, un detalle, una palabra amable; eso hizo de ella una persona apreciada por embajadores y negociadores" (Vásquez, 210).

Con una mirada distinta en relación a las guerrilleras del Movimiento de Liberación Nacional (M.L.N.- Tupamaros), Miguel

Ángel Campodónico, en *Las vidas de Rosencof*, rescata una declaración de Mauricio Rosencof, dramaturgo uruguayo y militante montonero, a la revista "Punto final" el 27 de octubre de 1970, expresado en tono de homenaje masculino:

"Nunca es más igual un hombre a una mujer que detrás de una pistola 45. Una de las acciones que se hizo con más alegría en el Movimiento fue la evasión de las compañeras de la Cárcel de Mujeres. En un local del Movimiento de Liberación Nacional, se pegaron después las fotografías de ellas aparecidas en los periódicos, con una leyenda que decía: es verdad, no se puede hacer una revolución sin ellas" (Campodónico, 18).⁴

Ya en el plano de la guerra, cuando la lógica de subordinación es quebrada a través de la transgresión por la mujer, ésta es castigada doblemente, como guerrillera y como mujer, acentuando el poder masculino sobre la única función que le es permitida a ella, la sexual:

"Exploté mi condición femenina con propósitos conspirativos: ser mujer me servía para despistar, eludir requisas y conseguir información. Sobre todo, los más machos, los que nos subvaloraban, no nos concedían el estatus de enemigos suyos [...]. Pero si descubrían que habíamos penetrado en su terreno, el de la guerra, eran implacables. Nos castigaban doblemente: como subversivas y como mujeres. Por eso, en casi todos los casos de torturas a mujeres guerrilleras, se presenta la violación o un ultraje sexual de cualquier tipo" (Vásquez, 436).

Mauricio Rosencof relata en el testimonio citado, cómo en unas conferencias dictadas en Suecia poco después de ser liberado, debió retrucar a una conferencista nórdica cuyo estudio del caso le daba como resultado que sólo el siete por ciento de las mujeres detenidas había sido violada. El escritor responde coincidiendo en sus afirmaciones con lo que argumentan Vásquez y Grabe:

"Para referirse a las violaciones –insistió-Mauricio- hay que tener bien claro qué cosa es la tortura (...) Que, a su parecer, no había

mujer detenida en cualquier cárcel política del mundo que no hubiera sido violada. Y esto lo digo en razón de que cuando un guardia le cuenta a una detenida lo que le han hecho a su compañera, y a aquella otra, y le anuncia que esa noche le tocará a ella, ya la están violando. Esa mujer aterrada, cada vez que siente pasos que se aproximan por el pasillo, que escucha un cerrojo que se corre o un candado que se abre, está sintiendo la proximidad de la violación, sabe que minuto a minuto el horror se le acerca un poco más. Es violada permanentemente” (Campodónico, 313).

Sin embargo, una vez sobrepasado el período de torturas, el sexo se vuelve un tema restringido a lo masculino por lo que la estancia en prisión se convierte en algo “regresivo”, dice Vásquez, en la medida en que los hombres podían tener visita conyugal, pero las mujeres no.

Con la escritura, Grabe y Vásquez no sólo ordenan su pasado sino que revelan los mecanismos de poder patriarcales, que debieron sobrellevar durante toda su militancia. Lo paradójico de esta situación es la de estar frente a un grupo cuya utopía mayor es la igualdad y justicia social, a pesar de lo cual se comporta con toda la carga de autoritarismo y represión que, tradicionalmente, el orden masculino de la lógica y la razón ha venido sosteniendo discursivamente con respecto a las mujeres.

Siendo la escritura y el nombrar las cosas una actividad privilegiada en cuanto dadora de poder, es la adquisición de ese privilegio lo que estas mujeres están poniendo en juego. De alguna manera, están confirmando, a la vez que poniendo en tela de juicio, la imposición social trasladada a las filas de la guerra, de su invisibilidad como mujeres portadoras de un saber y de un poner en acto ese saber.

Notas

¹ Este trabajo es parte de una investigación mayor realizada para el proyecto colectivo de investigación “Veinte años en la

cartografía literaria del Cono Sur:1970-1990". *Relatos del Sur II*, producto final de dicha investigación, está en proceso de edición.

²Entre otras, podemos nombrar las siguientes obras: *La parábola de Pablo*, de Alonso Salazar J.; *Esta ciudad que no me quiere*, de Marta Ruiz; *Las mujeres de la guerra*, de Patricia Lara; *Diario íntimo de un fracaso*, de Edgar Téllez, Oscar Montes y Jorge Lesmes; *Adiós a la política, bienvenida la guerra*, de León Valencia, *Siembra vientos y recogerás tempestades. La historia del M-19, sus protagonistas y sus destinos*, de Patricia Lara; *Noches de humo*, de Olga Behar.

³“En estos casos, la percepción negativa de la propia identidad genera frustración, desmoralización, complejo de inferioridad, insatisfacción y crisis” (Jiménez Montiel, 47).

⁴Rosencof se refiere al plan de fuga de treinta y ocho presas de la cárcel de la calle Cabildo, a través de las cloacas, en una operación realizada bajo su responsabilidad, y cuyo plan “se llevó a cabo a la perfección” (Campodónico,17).

Bibliografía

- Butler, Judith. “Sujetos de sexo /género/ deseo”. En *Gender Trouble*. Nueva York, Routledge, 1990. En castellano: *El género en disputa*. México, Paidós, PUEG, UNAM, 2001.
- .“Vínculo obstinado, sometimiento corporal”. En *Los mecanismos psíquicos del poder*. Stanford, Stanford University Press, 1997.
- .“Sexo y género en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir”. En *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de estudios de género*. Bs. As. Universidad de Buenos Aires. N° 4, octubre de 1998, pp. 10-20.
- Bergero, Adriana y Fernando Reati, (comps.). *Memoria colectiva y políticas de olvido. Argentina y Uruguay, 1970-1990*. Rosario, Beatriz Viterbo Editores, 1997.
- Blanco Martínez, Rogelio. *La ciudad ausente: utopía y utopismo en el pensamiento occidental*. Madrid, Ediciones Akal, 1999.
- Campodónico, Miguel Ángel. *Las vidas de Rosencof*. Uruguay, Editorial Fin de siglo, 2001.

- Chihu Amparan, Aquiles. *Sociología de la identidad*. (coord.). México, U.A.M., 2002.
- De Beauvoir, Simone. "Introducción" y "Conclusión". En *El segundo sexo*. Bs. As., Sudamericana, 1999.
- Duse, Juan. "Las narraciones guerrilleras. Configuraciones de un sujeto épico de nuevo tipo". En Jara, René y Hernán Vidal, (comps.), *Op. cit.*
- Gimenes Montiel, Gilberto. "Paradigmas de identidad". En Chihu Amparan (coord.), *Op. cit.*
- Galindo Caballero, Mauricio y Jorge Valencia Cuellar. *En carne propia*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1999.
- Grabe, Vera. *Razones de vida*. Bogotá, Planeta, 2000.
- Jara, René y Vidal, Hernán (comps.). *Testimonio y literatura*. Minneapolis, Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1986.
- Lara, Patricia. *Siembra vientos y recogerás tempestades. La historia del M-19, sus destinos*. Bogotá, Planeta, 2002.
- "Mejor tarde que nunca". *Revista Semana*. Colombia, enero 19 a 26 de 2004, N° 1, 133, p. 26-27, S/ datos del autor.
- Richard, Nelly. "La crítica de la memoria". En *Cuadernos de Literatura*. Bogotá, Pontifica. Universidad Javeriana, enero - junio de 2002, N° 15, p. 187-193.
- . "Las reconfiguraciones del pensamiento crítico en la postdictadura". En *Heterotropías: narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*. Jáuregui Carlos y Juan P. Dabove (Edits.). Pittsburg, Biblioteca de América, 2003, p. 287-300.
- Salazar J, Alonso. "La casa de los fantasmas", en *Mujeres de fuego*. Bogotá, Planeta, 2002.
- Serret, Estela. *Identidad Femenina y proyecto ético*. México, U.N.A.M., 2002.
- Vásquez Perdomo, María Eugenia. *Escrito para no morir*. Bogotá, Antropos, 2000.



El feminismo es un humanismo. La década del 70 y “lo personal es político”

Mabel Alicia Campagnoli

“Hay que inventarnos”
Rosario Castellanos

Las reflexiones de este texto abrevan en dos vertientes. Una, la conjunción del existencialismo feminista de Simone de Beauvoir con el humanismo sartreano, aludidos en la paráfrasis “el feminismo es un humanismo”. Otra, el bagaje conceptual de Michel Foucault, fundamentalmente en *Tecnologías del yo*, *Historia de la sexualidad* y *La verdad y las formas jurídicas*.

Voy hacer converger ambas vertientes en el análisis de los grupos de concienciación feminista de los años 60/70. Desde las categorías foucaultianas, considero que las prácticas feministas que emergen en aquella coyuntura, inauguran una tensión, al permitir la inserción de la *gubernabilidad* en la *biopolítica*. Desde el existencialismo, pienso que estas prácticas destacan la construcción nunca acabada de las sujetos mujeres a la vez que enfatizan su condición humana.

I

Las prácticas de concienciación feminista se enmarcan en el ideario general de los movimientos de liberación que incitaban a entender que el lugar de fricción en la lucha política del momento era

la diferencia.¹ Y en esta diferencia, la de los géneros, encontró su acogida dentro del proceso revolucionario en la búsqueda de utopías. Es así que en su primera declaración pública importante, el colectivo italiano *Rivolta femminile* enunciaba: "La diferencia es un principio existencial que concierne a las distintas maneras de ser humano, la peculiaridad de las propias experiencias, los objetivos propios, el propio sentido de la existencia en la situación que uno/a desee para sí mismo/a".²

De esta manera, aunque con variedad de acentos, las feministas luchaban por explicar la naturaleza de las características comunes a todas las mujeres, pero transgrediendo sistemática y hábilmente las distinciones tradicionales que separaban el reino de lo "personal" o "privado" del de lo "político" o "público". El conocido eslogan "lo personal es político" no sólo sirvió para llamar la atención acerca de la voluntad de las feministas de no permitir que cuestiones tales como las relativas a las prerrogativas del marido en el matrimonio o a la violencia sexual quedaran confinadas en el ámbito de la moralidad individual, al margen de la discusión pública y, por tanto, política, sino que, además, "lo personal es político" señalaba la importancia que para las feministas revestía la reconstrucción de sí mismas. En otras palabras, lo personal representaba tanto un proyecto político como un espacio político.

Esta preocupación por la especificidad y la reconstitución del sujeto femenino tuvo su resonancia en la praxis que, con asombrosas semejanzas, desarrollaron los movimientos feministas en muchos países. La praxis de separación y distinción, cuyos elementos reaparecieron con modificaciones de un movimiento a otro, llamaba a un mundo de mujeres en pugna con el medio, diseñado para reconstituir la subjetividad femenina y al mismo tiempo promover las facultades y las capacidades femeninas.

Lo mismo que el separatismo, la concienciación produjo disensión entre las feministas; no obstante, surgió como una técnica fundamental alrededor de la cual se construyeron los feminismos contemporáneos. Se trataba de buscar un discurso desde las mujeres, sobre las mujeres

y para las mujeres y de reconocerse en él. La idea que guiaba este objetivo era la de que las mujeres habían estado pensadas, habladas, representadas desde los varones; se buscaba un posicionamiento como mujeres desde un lugar de mujer. Dado que este punto de interpelación nunca había existido, había que crearlo. El objetivo era la creación de una conciencia nueva en las mujeres. A esto alude el término “concienciación” para diferenciarse, a su vez, de la concientización propugnada por los grupos de izquierda que buscaban una clarificación de la conciencia, un cambio en la misma, un pasaje de una “falsa” conciencia a otra “verdadera” que había que descubrir. Para la perspectiva feminista que aquí nos preocupa se trataba, en cambio, no de un descubrimiento sino de una invención: “Ya no se trataba de adoptar actitudes solidarias para con otros y otras luchas; lo que estaba en juego era la propia identidad y la propia lucha. Identidad en el sentido de identificación/ reconocimiento del malestar social originado por la desigualdad sexual y de género derivada de la anterior, identidad en cuanto reconocimiento del “sí misma” por el hecho de saber de la existencia de “otras” como una misma[...]”.³

A ello apuntaban los grupos que concentran nuestro interés que surgieron en 1966-67 en EE.UU. y se caracterizaron por un trabajo en pequeñas células con sesiones de denuncia. Estos se guiaban por criterios organizativos informales: estaban compuestos exclusivamente por mujeres, se basaban en el trabajo colectivo, eran numéricamente reducidos, denunciaban ciertas prácticas de poder asociadas hasta el momento a la moralidad individual y marginadas de la discusión pública.

Los grupos comprendían desde seis a ocho mujeres. El fin era verse a sí mismas como colectividades revolucionarias que, tras analizar la opresión común, se planteaban las estrategias pertinentes. La coordinación del grupo era rotativa a cargo de sus mismas integrantes, garantizaba que cada mujer se encontrara lo suficientemente segura para indagar su propia experiencia de opresión personal y sobre esta base comprender a las demás y la manera cómo se origina la opresión. Sin embargo, estas “otras” son las del propio grupo y no las de afuera o de otra parte, que deberán hacer el mismo

trabajo, ya que las peculiaridades y la severidad de los modos de opresión varían según la clase y la raza de que se trate. En los grupos se buscaba un funcionamiento contrario a todo tipo de dominio, basado en el desarrollo colectivo del trabajo y en tratar de evitar el surgimiento de dirigentes ególatras. Se promovía la no existencia de "centros" ni de "portavoces", con lo que se intentaba contrarrestar tanto la naturaleza jerárquica de la sociedad opresora, como el aislamiento y/o subordinación a la que la mujer se ve forzada dentro del hogar y en sus relaciones personales.

Si bien desde el sentido común se asocia el método exclusivamente con los grupos de mujeres de países desarrollados, de manera incipiente y en condiciones socio-políticas muy diferentes, también en Argentina se lo practicó en los 70.⁴ Podemos hacer una aproximación a su práctica a través del temario que circulaba en el ámbito de Buenos Aires, traducido de un texto estadounidense y que señalaba lo siguiente:⁵

- 1 - De carácter general: qué razones tenemos para estar aquí.
- 2 - Padres: relación y relación diferencial con varones.
- 3 - Familiar: relación con mujeres de la familia.
- 4 - Infancia y adolescencia: problemas de crecer como niña ¿heroínas, héroes? Juegos favoritos. ¿Cómo sentiste tu cuerpo con la pubertad?
- 5 - Varones: relaciones con amigos, amantes, jefes. ¿Hay pautas recurrentes?
- 6 - Estado marital.
- 7 - Maternidad ¿elección? Presiones sociales y personales.
- 8 - Sexo ¿sentiste alguna vez que el varón presionaba a tener relaciones? ¿Alguna vez mentiste sobre el orgasmo?
- 9 - Objetos sexuales: ¿deseás ser bella? ¿Te sentís/te invisible?
- 10 - Mujeres: relaciones; competencia ante varones. ¿Te sentiste atraída hacia otra mujer?
- 11 - Conducta: ¿qué es una nena de mamá? Hablá sobre las veces que te llamaron egoísta. ¿Sentiste que sonreías con ganas?
- 12 - Edad ¿qué te parece envejecer? ¿Qué sentís al ver envejecer

a tu madre? ¿Qué aspectos de la edad madura te producen expectativas, miedos? Diferencia con varones.

13 - Ambiciones: ¿qué es lo que más te gustaría hacer en la vida? ¿En qué incide sobre esto el ser mujer? Menciona algunas cosas que buscas obtener.

14 - Actividad en los movimientos.

Esta minuta nos da un indicio de cómo, desde una práctica constante, se buscaba revertir lo que había sido adquirido como “natural”: la desconfianza hacia las mujeres, la división y rivalidad, el chisme, lo solapado. En un sentido más amplio, estas consignas apuntaban a desnaturalizar la división entre el espacio doméstico, femenino, y el socio-político masculino. Esa separación ideológica distribuía tanto espacios como roles entre mujeres y varones que estaban jerárquicamente valorados. Esa valoración diferencial en detrimento de lo femenino fue denunciada tempranamente –1949– por Simone de Beauvoir en la conocida expresión “el segundo sexo” que dio título a su libro. Es así que los movimientos feministas de las décadas del sesenta y del setenta tienen por objetivo lograr otra mirada sobre las mujeres, no heterodesignada sino autónoma, en el sentido de surgida de las mujeres mismas generando una valoración de sí y desde sí. El recorrido que propone la minuta es el de una reflexión desde la interioridad subjetiva hacia los vínculos sociales, de lo interpersonal a lo socio-político. La posibilidad de comprender en la vivencia personal de la socialización (familia, infancia, adolescencia, otras instituciones) rasgos comunes de subjetivación se transforma en una conciencia política de la historicidad del “ser mujer”.

Así podemos afirmar que los encuentros generaban una preocupación por una misma con sentido político práctico que arrojaba un conocerse a sí misma. Tenían una dimensión política a la vez que pedagógica y afectivo-erótica. Como lo expresa Hilda Rais, militante feminista de la época:

“En los grupos de concienciación teníamos un intenso vínculo cargado de afectividad sin requerir amistad, también tuvimos

que aprender a no interrumpir, a escuchar a la otra sin abrir inmediatamente juicios morales o de valor ante un relato, a bucear en la profundidad de lo íntimo y luego intentar un nivel de abstracción, a descubrir cuánto de político había en lo personal y todo esto 'poniendo el cuerpo'."6

El temario citado fue una buena guía al principio pero al poco tiempo se consideró que pertenecía a otra realidad socio cultural. Algunos temas eran demasiado amplios o estaban demasiado dirigidos a encontrar rápidamente la opresión con el riesgo de envolver a las mujeres en el algodón de las generalizaciones. Entonces las participantes de los grupos de concienciación fueron buscando otras zonas que no les garantizaran a priori las conclusiones: la menstruación, los celos, la masturbación, una relación oculta, el llanto. Y aparecieron preocupaciones más locales: "con quién vivimos y por qué, la experiencia psicoterapéutica, el maquillaje, la moda, los ingresos económicos en la relación de pareja, el tema del dinero".7

Desde las consideraciones abordadas, entonces, la exposición pública de la vida personal e íntima tiene sentido en tanto puede politizar aspectos de la vida cotidiana hasta el momento considerados "privados", enmarcándolos en relaciones sociales de poder; al tiempo que se reformulan los términos de "lo político" al incluir las vivencias personales en la tradicional esfera pública. Desde una mirada más ambiciosa aún, los testimonios de vida aportan a lo grupal y de allí a lo social, con una perspectiva de cambio de la situación de subordinación y opresión, que no sólo tiene a esa mujer como protagonista sino que aspira a ser una estrategia social de transformación. "Lo personal es político" vincula la singularidad de la experiencia vivida con las condiciones objetivas de subordinación femenina en un momento dado y las estrategias posibles para su transformación, a la vez que extiende los alcances de lo que se entiende como "político" a esferas de las vidas de las personas hasta el momento consideradas exclusivamente privadas.

II

A partir de la descripción previa, surge que la sexualidad, así como la corporalidad en general, es política, en lugar de reducto secreto del mundo privado. Este modo de concebirlas altera la dicotomía moderna liberal entre público y privado. Este ámbito, connotado tradicionalmente como “no político”, se devela como fuertemente pautado, jugando la construcción de las subjetividades de modo funcional al ámbito público. Este, fundado en el contrato social, puede constituirse gracias a la separación del ámbito privado, basado en el contrato matrimonial. La regla básica para esta ficción social es la diferencia sexual, jerarquizada en lo privado y solapada en lo público/político que se piensa como neutro.⁸ La politización de los cuerpos y de las sexualidades a la que contribuyó el feminismo de los años 70 permitió desocultar la neutralidad de lo público y evidenciar el carácter socio histórico de las relaciones íntimas y de la construcción de las subjetividades.

Considero que este cambio en la significación de la sexualidad permite realizar la inserción de la gobernabilidad en la biopolítica en sentido foucaultiano. Es decir, la politización de las sexualidades, la marcación del carácter político de los cuerpos, por un lado evidencia el control de los mismos por parte del Estado, ya que, a través de la apariencia de “libertad” relegada a lo privado, se juega una fuerte regulación de lo sexual. Pero por otro lado, abre la posibilidad de apropiarse de esa regulación para construir otras corporalidades; en particular, otros modos de ser mujeres y de ser varones. De ahí que permita la gobernabilidad; o sea, el gozne desde la biopolítica (procesos de sujeción) hacia los procesos de subjetivación.

Me refiero a que hasta ese momento, en el marco del desarrollo de la modernidad, según el análisis de Foucault, la corporalidad era significada desde una perspectiva biopolítica, es decir, desde un dispositivo de poder “centrado en el cuerpo - especie, en el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad,

el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad".⁹ Sugiero que esta mirada da particular relevancia a los cuerpos de las mujeres en tanto vehículos de conservación de la especie. Esta sugerencia se funda, por un lado, en afirmaciones de teóricos del siglo XVIII como Kant:¹⁰, por otro lado, en la existencia de medidas estatales de control y regulación de la sexualidad femenina, en particular, de la maternidad. Es así que el siglo XIX estuvo marcado por la noción de "instinto materno" y la criminalización de las prácticas abortivas.¹¹ En tal sentido, diversas medidas estatales "secuestran" a los cuerpos femeninos para "fijarlos" a la procreación en función del objetivo geopolítico de los estados nacionales de incrementar su población.¹² La demonización del placer, la condena a las orientaciones no heterosexuales, la penalización del aborto, el estímulo a la procreación, el interdicto de la masturbación, forman parte de las estrategias del dispositivo biopolítico de secuestro.

Pero Foucault no considera particularmente la operación de género en su análisis del dispositivo. En consecuencia, cuando en 1970 Kate Millet escribe *Política sexual* lo está aventajando doblemente. Por un lado, porque el primer volumen de *Historia de la sexualidad* es de 1976. Por otro lado, porque Millet revela el carácter político de la sexualidad y sus implicancias para las mujeres, cuestión no relevada por Foucault.¹³

El texto de Millet, en conjunción con las prácticas de concienciación de la época, visibiliza la "revolución sexual" como masculina. La perspectiva de partir "de sí mismas" puesta en juego en la concienciación devela que la separación entre placer y procreación posibilitada por las nuevas técnicas anticonceptivas instala el imperativo de "acceder al placer del varón". Hay que cargar al "amor libre" de un sentido liberador también para las mujeres. De ahí la idea de "controlar el propio cuerpo". No sólo en tanto elegir o no la opción reproductiva; sino también elegir o no la opción heterosexual, elegir o no la opción del placer, pero del placer propio, no sólo del placer del otro.

Se va imponiendo poco a poco, como consecuencia de "lo

personal es político”, la “apropiación del cuerpo” por parte de las mujeres. La expresión misma es una resistencia al “secuestro del cuerpo” en sentido biopolítico. Si bien, como señalaba en el párrafo anterior, el problema aquí implicado va más allá de la relación procreación vs. placer; la consecuencia más visible en sentido inmediato fue la lucha por la despenalización y legalización de la práctica del aborto.

Para entender la especificidad de este reclamo feminista es importante ahondar en el dispositivo biopolítico de la criminalización del aborto. Porque este dispositivo conjuga diversas dimensiones. Es decir, no se agota meramente en la existencia, por ejemplo, de un artículo prohibitivo en el Código Penal; sino que a su dimensión jurídica se anudan otras, médica y religiosa, por ejemplo; pues la práctica, desde su ilegalidad, queda en los márgenes de lo clandestino. Esto sumerge a las mujeres en la vulnerabilidad de una mala praxis que, en el mejor de los casos, las hospitaliza por infecciones derivadas. En tal situación, se corrobora que el dispositivo médico tiende a que las mujeres “declaren” la causa de su infección.¹⁴ Actúa así el dispositivo de la sexualidad (en sentido foucaultiano) que hace “hablar al sexo” para denunciar el placer de origen. El dispositivo toma así un cariz religioso: la declaración de las mujeres se torna confesión, reconocimiento de un pecado. Esto permite comprender el sentimiento de culpa incluso en mujeres sin adscripción religiosa.

En sentido biopolítico, entonces, discurso jurídico, médico y religioso se articulan para “fijar” los cuerpos de las mujeres a la procreación y hacerles confesar, (cuando tal fin no se cumple), la ilegalidad, la clandestinidad, el pecado. En este marco de cosas, los movimientos de concienciación inventaron una práctica de resistencia que permitió desatar los cuerpos de las mujeres del dispositivo biopolítico. Me refiero a las marchas de mujeres que, en los setenta, manifestaron colectivamente en el espacio público el enunciado “yo aborté”.¹⁵

Esta innovación significa la transformación de una marca de biopolítica (la mujer atrapada en el orden médico “confesando”

haberse practicado un aborto) en una marca de gobernabilidad (las mujeres como sujeto político revelando en la multiplicación de los “yo aborté” el carácter de “nosotras” y apropiándose de sus cuerpos). Del espacio privado, secreto y vergonzante de la confesión (la individualidad del “yo aborté”) produjeron la visibilidad política, pública y denunciante de la protesta, del reclamo (la colectividad del “yo aborté”).

En el tránsito de este enunciado, desde el encierro institucional de las paredes hacia el espacio abierto de los adoquines, se opera el pasaje hacia la gobernabilidad. Entonces, plantear la gobernabilidad, en términos de Foucault, implica prestar atención tanto a las prácticas de las/los demás sobre una y viceversa, como a las prácticas de una sobre una misma.¹⁶ Es decir, se trata de prácticas de subjetivación antes que de sujeción. La biopolítica, pone el acento en el sujeto en tanto “atado / sujetado”; mientras que la gobernabilidad destaca la dimensión de “constitución subjetiva” del sujeto, de autoproducción en la intersubjetividad. Esta dimensión es construida por los colectivos feministas de los 60 y 70 que, a partir de una práctica de inter - subjetivación producen un “nosotras” y abren una posibilidad nueva en la mirada personal de las mujeres.

III

Según lo expuesto, podemos considerar la *concienciación* como una tecnología del una misma. Así, parafraseando a Foucault, podríamos definirla como una práctica “que permite a las mujeres efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otras, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo una transformación de sí mismas con el fin de alcanzar la creación de una conciencia feminista”.¹⁷ De este modo, se trata de una práctica de gobernabilidad, que cobra particular relevancia pues implica una resistencia a la apropiación biopolítica y patriarcal de los cuerpos de las mujeres al tiempo que

permite valorar, con relevancia política, prácticas genealógicas entre mujeres.

Es así que entiendo estas prácticas feministas desde una consideración existencialista: el feminismo es un humanismo. Esto significa parafrasear a Sartre en clave beauvoiriana para dar una lectura provocativa de la política feminista de los 70:

“¿Cómo puede cumplirse un ser humano en la condición femenina? ¿Qué caminos le están abiertos? ¿Cuáles conducen a callejones sin salida? Es decir que, puesto que nos interesamos en las oportunidades del individuo, no definiremos esas oportunidades en términos de felicidad, sino en términos de libertad.”¹⁸

Este giro existencialista ha sido de particular importancia para las mujeres, dado que la cultura androcéntrica dictó siempre de forma heterónoma cuál era el ideal de felicidad que nosotras debíamos perseguir. Fue tarea de Simone de Beauvoir criticar esos rasgos en el existencialismo sartreano y focalizar el concepto de “situación” para buscar especificidades de las experiencias en las que nos constituimos como mujeres.¹⁹ Esta dilucidación permitió comprender qué rasgos histórico culturales nos condicionaban (biopolítica) así como cuánto se podía inventar respecto del “ser mujeres” (governabilidad). De esta articulación surgieron, y a ella contribuyeron, las prácticas feministas de los años 60 y 70. En su desconstrucción de la esencia “mujer” y en la propuesta de prácticas concientizadoras de un “nosotras” pero respetuosas de la diversidad, permitieron que la gobernabilidad se insertara en la biopolítica y así, cambiaron el sentido unívoco de la subjetividad.

No pretendo aquí abrir juicios de valor, mi intención no es la de caer en criterios de autenticidad, al modo de aquel existencialismo. Se trata, más bien, de considerar que estas prácticas posibilitaron la ampliación de perspectivas subjetivas para la construcción de identidades de mujer. La invención de un reconocimiento genealógico abrió el juego a subjetividades para las que ser mujer no fuera contradictorio con ser personas participantes de la cultura. Esto no

implica la necesidad de tener que devenir mujer en un único sentido sino la posibilidad de devenir mujer en sentidos múltiples, diversos y no unívocos. Es decir, la producción de subjetividades que no se atengan a los fórceps de "tener que" ser madre, "tener que" estar casada, "tener que" ejercer la heterosexualidad, "tener que" ser comprensiva, etc...".

En este sentido aparece el humanismo existencialista: "el ser humano siempre está por realizarse".²⁰ La mujer, entonces, también es un constructo. Por esto, sin caer en idealizaciones, considero que nuestra época es deudora de aquel trabajo de concienciación. Deudora no porque tengamos que sentarnos a celebrar los logros, sino porque podemos reconocer un camino que apenas está iniciado y aceptar el desafío de continuarlo: el de alterar las subjetividades.

Notas

¹ Ver Mabel Bellucci. "De los estudios de la mujer a los estudios de género: han recorrido un largo camino..." en Fernández, Ana M^a *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*, Bs. As, Paidós, 1992, pp. 27-50.

² Carla Lonzi. "Significado de la autoconciencia en los grupos feministas" en *Escupamos sobre Hegel y otros escritos sobre liberación femenina*, Bs. As, La pléyade, 1978, p. 126.

³ M^a Jesús Izquierdo. "20 años después de las Women's Lib". en *Women's Lib*. Centro de Documentación de la Dona, Barcelona, 1988. p. 15.

⁴ Ver "Dossier: Feminismo por feministas. Fragmentos para una historia del feminismo argentino 1970-1996", Op.cit.

⁵ Fotocopia sin fuente facilitada por una participante de los grupos de concienciación. El texto fue traducido del inglés estadounidense por alguna de las participantes.

⁶ Hilda Rais. "Desde nosotras mismas"; ver nota 4, p.23.

⁷ *Ibid*; p. 21.

⁸ Ver Carole Pateman. *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995.

⁹ Michel Foucault. *Historia de la sexualidad*. Vol. 1; Madrid, Siglo XXI, 1998, p.168.

¹⁰ Ver Immanuel Kant. *Antropología en sentido pragmático*. Madrid, Alianza, 1991.

¹¹ Ver Yasmine Ergas. "El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta" en Duby, Pierre y Perrot, Michel *Historia de las mujeres*. Vol. 10. Madrid, Taurus, 1993. pp. 155-181.

¹² Aquí establezco una analogía con el planteo de Foucault en *La verdad y las formas jurídicas*; México, Gedisa, 1986. Foucault plantea el secuestro de los cuerpos en tanto son fijados al aparato productivo del capitalismo no por encierro explícito sino por una serie de reglamentos y leyes que regulan su cotidianidad intra y extra laboral. Desarrollo más exhaustivo en Campagnoli, Mabel: "María Ester en el país de las pesadillas o de cómo rescatar nuestros cuerpos" en Martha Rosenberg, Op.cit.

¹³ Ver Rosa M^a Rodríguez Magdá, *Foucault y la genealogía de los sexos*. Barcelona, Anthropos, 1999 y Butler, Judith, "Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault" en Seyla Benhabib y Cornella Drucilla. *Teoría feminista y teoría crítica*; Valencia, Alfons El Magnànim, 1990.

¹⁴ Ver Mónica Gogna, Mónica Petracci, Silvina Ramos, Mariana Romero y Dalia Szulik. *Los médicos frente a la anticoncepción y el aborto*. Bs. As., CEDES, 2001.

¹⁵ En 1971, 375 mujeres conocidísimas de Alemania occidental declararon que habían interrumpido voluntariamente el embarazo. Ese mismo año, 343 francesas firmaban un manifiesto que admitía que también ellas habían tenido abortos voluntarios.

¹⁶ Ver Michel Foucault. "Tecnologías del yo" en *Tecnologías del yo*. Barcelona, Paidós, 1990. El traductor aclara la elección del término "yo" que refiere a "uno mismo" por una cuestión de estilo.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Simone de Beauvoir. *El segundo sexo*. Bs. As., Siglo XX, 1968, p. 31.

¹⁹ Ver Teresa López Pardina. "Simone de Beauvoir y Sartre:

Coincidencias y diferencias”, Jornadas en Homenaje a Simone de Beauvoir en el Cincuentenario del Segundo Sexo, IIEGE/ FFyL (UBA), 5 y 6 de agosto de 1999.

²⁰ Reformulo a Sartre en tanto reemplazo “hombre” por “ser humano”. *El existencialismo es un humanismo*; Bs. As., Losada, 1996, p. 44.

Bibliografía

Benhabib, Seyla y Cornella Drucilla. *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia, Alfons El Magnànim, 1990.

De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Bs. As., Siglo XX, 1968.

Ergas, Yasmine. “El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta” en Duby, Pierre y Michel Perrot. *Historia de las mujeres*. Vol 10; Madrid, Taurus, 1993.

Fernández, Ana M^a (comp.). *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*. Bs. As., Paidós, 1992

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad*. Vol 1. Madrid, Siglo XXI, 1998.

----- *La verdad y las formas jurídicas*. México, Gedisa, 1986.

----- *Tecnologías del yo*. Barcelona, Paidós, 1990.

Gogna, Mónica; Mónica Petracci, Silvina Ramos, Mariana Romero y Dalia Szulik. *Los médicos frente a la anticoncepción y el aborto*. Bs. As., CEDES, 2001.

Kant, Immanuel. *Antropología en sentido pragmático*. Madrid, Alianza, 1991

Lonzi, Carla. *Escupamos sobre Hegel y otros escritos sobre liberación femenina*. Bs. As., La pléyade, 1978.

López Pardina, Teresa. “Simone de Beauvoir y Sartre: Coincidencias y diferencias”, Jornadas en Homenaje a Simone de Beauvoir en el Cincuentenario del Segundo Sexo, IIEGE/FFyL (UBA), 5 y 6 de agosto de 1999.

Pateman, Carole. *El contrato sexual*. Barcelona, Anthropos, 1995.

Rosenberg, Martha (ed.). *Aborto no punible*. Bs. As., Foro por los

- Derechos Reproductivos, 2000.
- Rodríguez Magdá, Rosa M^a: *Foucault y la genealogía de los sexos*. Barcelona, Anthropos, 1999.
- Sartre, Jean P. *El existencialismo es un humanismo*. Bs. As., Losada, 1996.
- VV.AA. "Dossier: Feminismo por feministas. Fragmentos para una historia del feminismo argentino 1970-1996" en *Travesías* (n.º 5). Bs. As, Cecym, octubre de 1996.
- VV.AA: *Women's Lib*. Centro de Documentación de la Donna, Barcelona, 1988.



Verano del '72: ollas populares en la huelga de Salinas Grandes (La Pampa)

María Herminia B. Di Liscia y Ana María Lassalle

De la elección del tema y sus implicancias para nosotras

No hay estudios en La Pampa que hayan encarado la polémica década del '70. Las movilizaciones gremiales, las luchas estudiantiles por la nacionalización de la universidad, la presencia y actuación de los partidos políticos tradicionales y de otros nuevos sectores de izquierda son vastos campos inexplorados de la historia regional.

Al recibir la convocatoria de estas Jornadas, el primer desafío consistió en la elección del tema, que llevó largas conversaciones a fin de intentar responder y respondernos a la pregunta, nada fácil, que propone Bertaux: "¿por qué está usted haciendo esta investigación?".¹ Decidimos abocarnos a la huelga de Salinas Grandes ya que este suceso ha quedado en la memoria popular como una de las luchas más prolongadas e importantes de la clase obrera de La Pampa.

La organización de la supervivencia durante la huelga, mediante las ollas populares que daban de comer a las familias, estuvo a cargo de salineras y esposas de salineros. Este fue nuestro centro de interés, el que en definitiva nos convenció del hallazgo y de la necesidad de rescatar a estas mujeres, invisibilizadas en los registros escritos y desdibujadas en la evocación de la militancia. El objetivo principal fue dar lugar a sus recuerdos e impresiones teniendo en cuenta las significaciones que ellas, junto a otras mujeres y militantes varones, otorgaron a su participación.

Además, desde nuestra doble condición de mujeres integrantes de una institución académica dedicada a los estudios de la mujer (dato no menor) y de “observadoras participantes” en el sentido propuesto por Bruyn² que es, en síntesis, el de investigadoras participantes de la cultura de sus sujetos de estudio, nuestro compromiso con el resultado de la investigación se ha ido agrandando con el correr del tiempo. En tareas de este tipo, tanto la identidad de los/las informantes como la de las investigadoras se pone en juego y experimenta cambios irreversibles, profundamente movilizadores y enriquecedores. Estas modificaciones, relacionadas con la “formación de los/as investigadores/ras” que trabajan en contacto con los propios sujetos de estudio, han dado lugar a constantes debates, nuevas reflexiones y búsquedas teóricas que permitan su elucidación. Tal ha sido el riesgo y el desafío de comenzar a escuchar y dialogar con aquellos/as trabajadores/as y habitantes de Salinas Grandes y militantes de la época.

El problema

A fines de la primavera 1971, estalló en Salinas Grandes una huelga que se prolongó a lo largo de 120 días ininterrumpidos. Obreros y obreras, apoyados por militantes del campo popular, suspendieron sus tareas en la empresa CIBASA³ que dejó de pagar los sueldos. El motivo fue la aplicación de una cláusula de un convenio colectivo que establecía un descuento importante en los salarios que había sido pactado con la empresa por un trabajador que no tenía representatividad gremial.

Dos fueron los actores que dieron cuerpo a la huelga: por un lado la “militancia” de izquierda, con un discurso teórico que, por fin, podrían experimentar y, por otro, salineros/as que, intuitivamente y casi sin experiencia de lucha previa, jugaron su destino. Las familias salineras sobrevivieron por la olla popular.

La huelga terminó con un “arreglo” en el que fueron despedidos

cinco trabajadores varones y una obrera mujer, con mediación del Ministerio de Trabajo y el gobierno provincial. Los despedidos debieron mudarse a la capital de la provincia con casa y otro trabajo. Los salarios fueron restituidos en un alto porcentaje. A poco tiempo de finalizada la huelga la empresa destruyó las viviendas y los galpones donde se efectuaba el trabajo y trasladó la planta a Macachín, población cercana a Salinas Grandes.

Nuestra hipótesis de trabajo plantea que en tanto las acciones de estas mujeres no fueron registradas ni en los periódicos,⁴ ni en la historia oficial, las mismas no eran considerárselas ni protagonistas ni militantes. Este mecanismo de “olvido” o de “invisibilización” nos conduce a nosotras a la búsqueda de sus voces, a través de la construcción de testimonios orales. Las depositarias únicas de esta memoria que permanece silente son, justamente, las sobrevivientes partícipes de la huelga de 1971-1972. Sus narraciones constituyen el centro de este trabajo que forma parte de una investigación más amplia.⁵

Aspiramos a componer un discurso en el que interactúen varias voces, hasta ahora acalladas o al menos ignoradas, a fin de develar la presencia activa de estas mujeres. Nos interesa saber por qué voluntaria o involuntariamente han permanecido ocultas, las circunstancias, las acciones individuales y colectivas que desarrollaron dentro de la trama de lo cotidiano y las relaciones de género durante la gran huelga de Salinas Grandes.

Organizaciones populares y sindicales de la provincia constituyeron una amplia red de apoyo en torno a la huelga en la que también tuvieron presencia otras mujeres, algunas nucleadas en la incipiente UMA y otras por su pertenencia a espacios laborales o de militancia.

El abordaje de nuestro tema es exploratorio, dado que, como se mencionó anteriormente, no hay investigaciones previas sobre el tema, y en él convergen diversas cuestiones: el estudio de un conflicto obrero situado en una empresa que se ocupa de una de las explotaciones más antiguas de la provincia, las relaciones de género

y el papel desempeñado por las mujeres, en el contexto de los movimientos políticos de los '70 y la "nueva izquierda". En nuestro trabajo, se pondrá énfasis en rescatar la presencia femenina, es decir, la tercera de las cuestiones mencionadas, por lo que las demás quedarán subordinadas a ella.

Búsqueda y construcción de los datos. Evasivas, reticencias y finalmente aceptaciones

La búsqueda y construcción de los datos no fue fácil; transitamos por distintas etapas; nuestro creciente interés y compromiso con el tema se mezclaba, por momentos, con sensaciones de desánimo y frustración, ya que nos resultaba difícil individualizar a las informantes o a los testimonios y, una vez individualizadas, era arduo lograr la aceptación para realizar la entrevista; se advertían fuertes resistencias y evasivas a hablar.

Las primeras informaciones fueron obtenidas a través del contacto con representantes de las organizaciones políticas de los '70 que nos brindaron, en diferente medida, información si bien, no aquélla que más buscábamos): los nombres de las mujeres⁶. Las menciones sobre ellas eran generales y no se las individualizaba. En definitiva, nadie las recordaba, y al insistir, reconocían la omisión y hasta se lamentaban de la fragilidad de su memoria. El primer nombre surgió a partir de vínculos con informantes de Macachín y de allí fueron apareciendo los demás. El discurso de los militantes varones fue recogido en encuentros programados y, también fortuitos, en distintos espacios de sociabilidad santarroseños, de las que resultaron breves -pero jugosas- conversaciones que registramos con la técnica de toma de notas.⁷

Los datos centrales de nuestra investigación se obtuvieron en entrevistas semiestructuradas realizadas a trabajadoras y esposas de salineros.⁸ En el primer contacto con cada una de las entrevistadas, los rodeos y la falta de valoración de lo vivido como relevante ("no me acuerdo de casi nada", "no sé si tengo algo importante para decirles",

“quién sabe si les sirve...”⁹) dio paso a un recuerdo que - como sucede en todas las entrevistas- tuvo diferentes tramos de intensidad y detalle. Un aspecto que debimos cuidar fue el orden de las entrevistas y la evaluación constante acerca de si mencionar o no lo aportado por un/a informante a otro/a.¹⁰ Es necesario aclarar que cuando se estudian representaciones sociales sobre una práctica, creencia o actividad, resulta indistinto el orden de los entrevistados, ya que su lugar en la muestra está dado por su pertenencia a un colectivo que puede estar dado por la relación con la clase, el género u otra adscripción. En nuestro objeto de estudio, sin embargo, cada actriz/ actor desempeñó papeles intransferibles en lo que respecta a las acciones desplegadas y al lugar desde el que se posicionó en el conflicto. La construcción mítica que se forjó sobre esta huelga, está atravesada por implicancias ideológico políticas y juicios de valor que persisten aún treinta años después.

Hasta ahora, no hemos obtenido de las mujeres militantes la misma disposición a hablar que desplegaron las salineras. Demasiadas desapariciones, muertes de compañeras y compañeros y sueños derrumbados dificultaron la tarea que, sin embargo, estamos encarando en esta etapa de la investigación. Estos escollos y avatares, propios de la construcción de las fuentes orales se disuelven frente a la ventaja -y la enorme satisfacción- de rescatar la palabra de su lugar de silencio, vislumbrar insospechadas relaciones sociales, ingresar a universos desconocidos y “dar la palabra a los que no tienen voz” en los estudios académicos.

La olla popular en el testimonio de sus protagonistas

Los testimonios obtenidos brindan información sumamente valiosa y heterogénea que aporta, tomando como eje la huelga, cómo era la vida en la colonia de Salinas Grandes, las relaciones de género en esa pequeña comunidad y las repercusiones en la construcción de la subjetividad e identidad de estas mujeres. Transcribimos a continuación

algunos fragmentos significativos que refieren la organización de la olla popular y los días del verano de 1972. Para ello presentaremos a cada una de las protagonistas y transcribiremos sus voces.¹¹

- Rita: nació en 1951 en Salinas Grandes. Pudo completar la escuela primaria. Su padre fue jefe de talleres de la empresa. Se casó a los 17 años con Mariano, uno de los dirigentes despedidos, originario de San Luis, trabajador de las Salinas de El Bebedero (planta perteneciente a la misma firma). Tuvo tres hijos, dos varones -que tienen un síndrome que les provoca discapacidad- y una mujer sana. Rita desgrana un relato en el que se menciona que:

“A las doce se les daba la comida y a la noche. [...] la mercadería la conseguían en distintos pueblos, venía de acá [...] Había otros pueblos de La Pampa que se organizaban con las iglesias y ayudaban a que la gente donara comida. [...] Siempre que cocinaba había una señora, en el grupo mío estaba Pepa que son las que más sabían las cantidades de cuánta comida poner según la cantidad de personas. Yo en ese momento era jovencita y no sabía llevar una casa así de tantos, para mi casa sí porque éramos poquitos pero no para hacer comida para tanta cantidad de gente. [...] Yo vine [a Santa Rosa] en dos oportunidades, una vez a la CGT y a otro lado que no me acuerdo cuál era... sí, venían mujeres porque se trataba de venir a pedir, de hacerle entender a la gente que la huelga no era porque sí, sino porque se necesitaba. [...] la que tuviera coraje de hablar, yo no lo hice nunca porque no entendía bien cómo eran las cosas, yo más que nada las apoyaba. Lo que ellas hacían lo apoyaba. [...] había algunos que ya no aguantaban más, que querían trabajar y si había algún grupo que se iba a trabajar, hasta fuimos un día las mujeres a hacer frente a la policía. Entraron a trabajar... y cerraron las puertas, era gente de ahí de Salinas y de Macachín, era justo el tiempo de extracción de sal. Entonces, nos avisaron, nos soplaron gente de ahí ..che, vos sabés que hay gente trabajando, entonces avisamos colonia por colonia que hay

gente trabajando y nos fuimos hasta allá... las mujeres... caminando, nos fuimos a defenderlos a los hombres, si ellos pegaban, nosotras también. Y le hicimos frente a la policía y todo, pero no se animaron porque las mujeres nos pusimos enfrente..."

- Pepa: nacida en 1924, obrera salinera,¹² "capataza" en el decir de otras informantes y "encargada" en su propia definición, sin estudios primarios, esposo [que durante la huelga se fue a trabajar a el Chocón] e hijos salineros, también partera de la colonia; nos dijo:
"Hubo una señora que prestó la casa [...], trajeron del ejército la olla, se hacía polenta, se hacía locro y a veces había como noventa personas para dar de comer, yo sabía cocinar ahí [...] También se hacían guisos de arroz. [...] una alemana, se llamaba Elisa Ruiz, hacía esa comida alemana de masa... strudell, con queso adentro se hacía.
[...] Empezábamos a las seis, las siete de la mañana. A la una, ya tenían que estar comidos. Porque se hacía debajo de las plantas unos tablones y ahí... el día que llovía, llevaba la gente la comida a las casas. Estuvo lindo, porque agarró tiempo de verano y se comía debajo de las plantas. [...] Hay que decirlo, había latitas de salsa debajo de la cama en la casa de esa señora.
[...] Yo nunca fui a las asambleas, iban los maridos.
[...] A todas las que trabajaban les ensuciaban el delantal con brea cuando ellas se iban... les pisaron los delantales con la brea y el gasoil."

- María: nació en 1942 en Macachín. Primaria incompleta. Obrera salinera. Esposa del dirigente que condujo la huelga. No participó en la olla pues estaba distanciada afectivamente con su marido. La echaron en el "arreglo" y se fue a vivir a Santa Rosa donde entró a trabajar en el molino harinero. No aguantó ni el trabajo ni la vida en la ciudad. Regresó a Macachín con sus dos hijas y formó pareja con otro hombre, también trabajador de la empresa. Tuvo dos

hijas con el primer marido y dos hijos con el segundo; expresó:

“Fue una época muy triste. Hacían una olla popular y comían de esa olla la mayoría. Juntaban entre todos y la gente les daba acá, estuvieron tres meses [...] Yo estaba en mi casa. Hay gente que comió, hay gente que no. Los obreros eran los que más participaban de la olla popular. [...] yo me acuerdo que tenía una compañera, Nilda [...] Esa chica quería ir a trabajar y le querían cortar el pelo, tenía un pelo largo, rubio... la corrieron y le querían cortar el pelo los huelguistas.”

• Mónica: nació en 1954 en Salinas Grandes. Primaria completa. Su padre y un cuñado eran obreros de la empresa. Su cuñado era del grupo dirigente y fue despedido luego del “arreglo”. Empleada de la cooperativa que abastece a la colonia de Salinas Grandes. Colaboró en la olla. Pintó carteles. Viajó a Santa Rosa y participó de las asambleas y de la salida a pedir. En su relato nos dijo:

“La olla popular se hizo y sostuvo hasta último momento por la gente de Santa Rosa. Sin la gente de Santa Rosa no dura cuatro meses. Vamos a decir la verdad. Y nos apoyaban porque veníamos para acá [Santa Rosa]. [Los huelguistas] venían a ATE que prestaba el salón para que la gente viniera. Venían en colectivo, en camión, en lo que fuera. [...] Se hacían grupos, tres, cuatro varones y una mujer y salíamos casa por casa a pedir. Por toda Santa Rosa. [...] porque con todo el problema, cuando uno llegaba a la olla ahí, que estaba toda la gente sentada esperando que le sirvan... se vivía una alegría, era todo una unión pero, se hacía una reunión a ver qué había pasado, si había alguna noticia [...] pero después era todo alegría, unión, fue muy fuerte, todo el mundo se apoyaba. [...] Pintábamos los carteles que llevábamos a Santa Rosa, los atábamos con lo que teníamos.”

• Estela: nació en 1933 en Salinas Grandes. Primaria incompleta. Tuvo 9 hijos, 7 varones y 2 mujeres. Uno de sus hijos tiene discapacidad mental. Obrera salinera. En su casa se cocinó por primera vez para

la olla popular. Participó de los turnos para cocinar y en todas las acciones de la huelga. Trabajó 15 años y en 1982 la echaron, le pagaron una indemnización mínima y reclama no haberse podido jubilar. Ella comentó:

“Nos íbamos a Santa Rosa en colectivo, pedíamos, en los supermercados, en las casas, fideos. Acá nomás salían los chicos a buscar corderos, carne...”

“En mi casa tuvimos la olla [aclara que no es donde estamos haciendo la entrevista sino en su casa de Salinas]. En mi casa la tuvimos un mes y pico, dos, no me acuerdo, muchos días. Y después la pasaron a otra casa, porque ya... así descansaba yo. Porque teníamos la cocina expresamente, nada más que para hacer la comida. Y después afuera como eran días de verano, debajo de las plantas, ahí dábamos de comer. Venían todas las mujeres, la gente, había mesas, así... Llenábamos la olla y la llevábamos y la gente venía y le dábamos a la gente, a toda Y, sí, el sindicato ellos eran los que arreglaban. Después venían y nos informaban a nosotros, como seguía la huelga. Con la huelga pasamos unos días hermosos.

Fue lindo porque nos divertíamos, comíamos, capaz que eran las tres de la tarde y estábamos ahí, a las cuatro recién se iba cada uno para su casa. Después los platos, cubiertos, cuchara, lavábamos todo. Todos ayudaban, porque vamos a decir, toda la gente, todas las mujeres ayudaban muchísimo, eso valió mucho también. Hubo mucho compañerismo, siempre unidos.”

• Hilda: nació en 1943 en San Luis. Primaria incompleta Tuvo tres hijos, un varón tiene cierta discapacidad. Vino a Salinas ya casada. Su hijo mayor ha trabajado en la planta como personal temporario. Esposa de un salinero que manejaba la usina de la colonia. Prestaba la casa para que se cocinara para la olla popular. Fue obrera transitoria después de la huelga. Ella dijo:

“Sé que mandaban mercadería, que salían a pedir, salían a cazar, a los campos

Sí, iban, iban mujeres (a las asambleas) pero yo no. No me daba, yo presté la casa, cocinaban, todo, pero no. Ir de reuniones, de aquí para allá, no.

Debajo de las plantas, que eran todos eucaliptus, había sombra, se ponían las mesas. [...] Y, los días de huelga se comía ahí todos los días.”

A continuación presentamos también las expresiones de una mujer participante en los sucesos del grupo de apoyo de Santa Rosa:

- Tita: nació en 1940 en un puesto del oeste pampeano. Escuela primaria completa. En 1948, cuando se cortó el agua en el río Atuel se trasladó con su familia a Santa Rosa. Se casó en 1962 con un periodista y militante de izquierda que estuvo preso durante el proceso. Tuvo cuatro hijos. Colaboró en todas las tareas de organización y manifestación de la huelga y viajó varias veces a Salinas Grandes. En su relato expresó:

“Cuando ellos veían, desde que llegaba el colectivo con la gente, si había que ir a la CGT a enfrentarse con los burócratas, estábamos, en las marchas...yo hasta hace poco todavía tenía un vestido que me chorrée con las antorchas y recorríamos el centro. [...] generalmente hablábamos las que estábamos acá porque las compañeras salineras eran más inexpertas. Entonces vos sabías que tenías que acompañarlas y hacer que la próxima vez golpeará ella. [...] Vos viste, en general, las mujeres diciendo y haciendo.”

La olla popular fue, entre todas las medidas tomadas (manifestaciones, marchas, apariciones en la prensa oral y escrita, movilizaciones a la capital provincial y asambleas esclarecedoras en otras localidades, puesta en escena de una obra teatral, recitales, exposiciones, etc.) uno de los acontecimientos más significativos y perdurables que registra la memoria colectiva. Las provisiones, a menudo almacenadas en casas particulares como la del abogado del gremio y su esposa (que manifestó un apoyo entusiasta y permanente

de la huelga según el relato de varios informantes), se cargaban en camiones y se llevaban a Salinas en viajes polvorientos, largos y dificultosos. El momento en que todos se reunían a comer, tenía una alta significación para el grupo y, en muchas oportunidades, salineros y salineras estaban acompañados por militantes de Santa Rosa que concurrían a participar de las reuniones en el lugar. La olla era el ámbito de la alimentación física y simbólica del colectivo de obreros dentro del espacio de Salinas Grandes. Allí se informaba, se conversaba y se tomaban decisiones políticas (la comunicación con la empresa o con el gobierno, la convocatoria para las marchas) pero también se definían acciones inmediatas (a quién pedir, cómo organizar los grupos para cocinar, etc.). Este desarrollo, que parece casi idílico, se quiebra frente al relato de una de nuestras informantes que menciona que, al rotar las casas donde se cocinaba y guardaban los alimentos, se descubrió, en por lo menos una, que se estaba acopiando comida que no era precisamente para la olla. Con el transcurrir del tiempo, las familias fueron agotando sus propios recursos y la presión sobre la olla se hizo sentir. En los últimos meses, prácticamente todos dependían de ella y, en consecuencia, era necesario más trabajo de cocina, una actividad ya pesada de por sí. Las voluntades fueron mermando y en un momento dado la comisión de huelga decidió pagar a una obrera para que realice esa tarea. Según la reconstrucción hecha hasta el momento, no todas las mujeres están al tanto, aún hoy, de esta situación de "contrato". La organización de la olla popular estuvo sujeta, entonces, a continuos ajustes, como por ejemplo el de este caso y el de otros referidos al comportamiento como grupo.

Política y género

Hasta hace algo más de dos décadas las relaciones de género estaban ausentes de los análisis socio-históricos. El dominio del funcionalismo y el estructuralismo marxista marcaban el estudio de los sujetos sociales a partir de la integración a roles e instituciones

sociales -en el primer caso- o a su inserción de clase en el segundo. Por otra parte, la interpretación de las movilizaciones políticas estuvo anclada en una concepción androcéntrica de la división del espacio público/ privado, que ubicó a los géneros excluyentemente en uno u otro ámbito.¹³ En este sentido, los estudios de la mujer y el feminismo abrieron otros caminos de visibilización, conceptualización, discusión y crítica.

En general, puede decirse que el espacio público es identificado como el campo por excelencia —de la toma de decisiones y donde las mujeres históricamente han tenido una condición subalterna mientras que el espacio privado es identificado sobre todo con el ámbito de lo doméstico, cuyas labores se asignan especialmente al género femenino. Esta divisoria produce también un doble reduccionismo, en el que lo doméstico queda despolitizado y la política, circunscripta a lo público como consecuencia de lo cual se diluyen las implicancias políticas de lo doméstico.¹⁴

Ha sido la teorización feminista la que ha redefinido el concepto de lo político —considerado desde los paradigmas tradicionales de las Ciencias Sociales como un ámbito restringido en su ejercicio a las instituciones formales— y de esta manera ha deslizado la mirada hacia otras dimensiones y espacios de la vida humana.¹⁵

Las concepciones acerca de la política, en la práctica concreta, inclusive de la militancia de izquierda, reprodujeron ideas y actitudes de que implicaban la subordinación de las mujeres a los varones militantes, encasillándolas en determinadas tareas, marginándolas de otras y, en definitiva, menoscabando una participación igualitaria en las posibilidades de ser artífices del cambio social.¹⁶ En el caso que analizamos, más aún tratándose de amas de casa y obreras sin experiencia de militancia, las salineras y las mujeres militantes fueron rotuladas como “acompañantes” del conflicto.

Pero para las protagonistas que hemos presentado hoy, los días de la huelga con sus diferentes actividades: la distribución de tareas, que implicó organización de víveres, turnos y grupos para alimentar a contingentes que eran numéricamente variables, el traslado a la

capital y la interacción con otras personas ajenas a la colonia, quedaron indeleblemente marcadas en sus recuerdos. La imagen refleja una época de continuo intercambio y dinamismo, que rompió la rutina del *ghetto* de Salinas.

Es posible que las mujeres no hayan decidido el rumbo de la huelga ni hayan tenido posiciones definidas en torno a ella, pero su aporte fue vital y mucho más allá de las tareas asistenciales. Se mantuvieron firmes frente a un conflicto prolongado para el que no estaban preparadas. Afrontaron una circunstancia donde la propia supervivencia estaba en juego ya que debieron resistir durante cuatro meses sin salario, en una situación prácticamente de encierro en cuanto a infraestructura y servicios, dependientes en todo de la patronal. No hay que olvidar también la amenaza siempre posible y latente de la represión física, ya que hubo algunos ensayos represivos y las mujeres pusieron el cuerpo para frenarla. Existieron también otros desafíos tales como enfrentar a los "rompehuelgas" y resistir a las provocaciones, que podían ocasionar reacciones de violencia y miedo.

Ellas ensayaron y pusieron en práctica nuevas formas de vida en la rutinaria colonia de Salinas en la que hemos rescatado una militancia desdibujada en el tiempo que, sin embargo surge con fuerza -aunque con diferentes matices- en una lectura atenta de sus recuerdos. A través del registro de estos hechos pueden observarse manifestaciones políticas *sui generis*.

Sobre la memoria y sus laberintos

De los testimonios obtenidos se desprende que las respuestas ofrecidas son complejas y no hay identidad ni en la información ni en las valoraciones realizadas. Así, podemos advertir pluralidad y singularidades. Nuestro material refleja una de las proposiciones básicas de Maurice Halbwachs¹⁷ que refiere que puede haber "una historia, pero existen muchas "memorias colectivas", ya que la

recordación representa “lo más social de las instituciones” y, podríamos decir también, de las individualidades.

El producto de las fuentes orales es un nuevo texto con dos autores: los testigos de primera mano y las investigadoras. Ambas producen una creación conjunta que nos lleva a preguntar por el rol de cada una en esta tarea y aproxima algunas respuestas. que permitieron a las antiguas salineras, que brindaron su testimonio, sentirse partícipes valoradas de una gesta infrecuente.

Estudiar esta Gran Huelga a través de fuentes orales implicó -ya que nuestras investigaciones se inscriben dentro de la historia de la mujeres y, al mismo tiempo en la investigación regional- el intento de analizar las relaciones entre los fenómenos estructurales y superestructurales con la vida cotidiana de los protagonistas de la historia, hombres y mujeres.¹⁸ Asimismo, las fuentes orales nos permitieron hacer visibles a los protagonistas de los hechos; trabajadores y trabajadoras excluidos de la documentación que custodian los archivos, ausentes de los medios gráficos nacionales, ignorados por los discursos académicos. Sucesos y protagonistas que las fuentes orales, (lo sabíamos por experiencia) tan valiosas para los estudios de género, habrían de contribuir a desocultar y visibilizar. A partir del análisis de la vida cotidiana de las mujeres, de los hechos y actividades del ámbito privado, podemos inferir la influencia que estos dominios pueden tener en los cambios político sociales más amplios del conjunto de la sociedad, porque nos permite constatar el papel de transmisora de ideología y de socialización política que la mujer juega en la familia.¹⁹

El trabajo de campo nos permitió internarnos en un territorio desconocido: la sociedad salinera circunscripta a la demarcación geográfica y sociocultural constituida en torno al trabajo en la empresa CIBA S.A., en el *ghetto* de Salinas Grandes. Para nosotras, investigadoras, nos permitió comprobar que, aunque miembros pertenecientes, a la misma cultura, la pampeana, esto no daba por sentado conocer el universo social y cultural salinero. Es decir, esa vida cotidiana en la villa obrera que denominaban La Colonia. Un

espacio geográfico pero también simbólico. Para las salineras informantes un paraíso perdido, el de los años jóvenes, aquellos vinculados con el trabajo, la formación de las parejas y la procreación.. Para la militancia: la explotación, el aislamiento y la exclusión.

Y era el abismo en la mirada y la tremenda fractura entre uno y otro discurso (el de la militancia también expresado en las notas periodísticas locales y los panfletos de la época) uno de los puntos a develar. Aunque pronto quedó en claro que estas diferencias tenían que ver, en el caso de las salineras, con la memoria (que recuerda y olvida, que borra e ilumina simultáneamente) por nosotras convocada en el tiempo presente; mientras que en el caso del discurso militante quedaba, para siempre inalterado, encerrado en el verano del '72, en el de la Gran Huelga. Y ha sido este discurso aprendido y mil veces repetido en las asambleas y en las marchas, reproducido por los diarios regionales, el que desgranaron en las entrevistas algunos/as militantes.

En la memoria militante, la ubicación de las salineras exclusivamente en las tareas de la alimentación junto a una recortada y subordinada visión de la acción política invisibilizó a las mujeres de carne y hueso e impidió el registro de quienes tuvieron presencia y construyeron parte de su identidad a partir de la participación en la huelga.

Aproximando algunas conclusiones

Un primer análisis de los relatos biográficos junto a algunas inquietudes acerca de la modalidad que asume el accionar político de las mujeres, nos permiten realizar algunos señalamientos.

La participación de las salineras en la huelga, parece entrar en aquel marco que circunscribe el actuar político de las mujeres a las tareas asistenciales y sociales. Específicamente en este caso: la preparación de los alimentos; actividad de alto contenido simbólico, por ser clave en la división sexual del trabajo y factor de construcción de identidad.

Cocinar en la olla popular, sería un desplazamiento de la tarea desde la unidad doméstica al colectivo externo que se originó por la huelga, desplazamiento permitido en la visión de los géneros ya que traslada una función "natural" hacia un fuera de los límites hogareños. Hasta tanto no relevemos e interpretemos qué nivel de decisión o autonomía política tuvieron las mujeres ante los distintos hechos de la huelga, pareciera que su militancia política queda atrapada en los parámetros esperables para su género: las tareas prácticas antes que las abstractas.

Mientras ellas cocinaban, ellos negociaban políticamente el destino de la huelga. Este esquema de tareas, anclado en la división tradicional de las funciones de los géneros, aparece como una continuación de la relación jerárquica entre los sexos masculino/femenino trasladada a la esfera política en el contexto histórico de la huelga.

Luego de ponerse al servicio de los otros, el trabajo de las mujeres que, actualmente sabemos se extendió más allá de la cocina, quedó en la valoración por fuera de la esfera política. Así se naturaliza su aporte al invisibilizarse en las tareas (la alimentación) propias del género y los hombres quedan, los maridos en este caso, a cargo de la conducción de la huelga.

Cómo participaron las mujeres y cómo valoran hoy esa participación ha sido una tarea de relevamiento, ajuste y contrastación entre sus testimonios y el discurso periodístico que sólo menciona las actividades pero las ignora totalmente. En este espacio sólo tienen registro los dirigentes sindicales varones y las organizaciones en forma global. Así, la presencia de las mujeres más que certezas nos motiva preguntas y dudas vinculadas con sus propias subjetividades y con los procesos para continuar desentrañando cómo vivieron el hecho, ya que no aparece mencionada la identidad ni en la información ni en algunas de las valoraciones realizadas. Puede advertirse pluralidad y singularidades, lo que nos lleva a no englobar a las salineras en una categoría esencial ni uniformizadora.²⁰

La huelga de Salinas Grandes permite comenzar a descifrar un

discurso: esto es el reconocimiento y reconstrucción de un complejo de prácticas, experiencias, ideas y expectativas presentes en la interacción comunicativa, la significación de lo real y la emergencia de modos y categorías de pensar²¹ de varios sectores y tendencias que construyeron en ese momento su identidad como integrantes del campo popular y que, de diversas maneras, continuaron con su pertenencia ideológica actuando esporádicamente en distintos sucesos provinciales.

La intención de este trabajo ha sido presentar una serie de señalamientos cimentados en relatos biográficos, dentro de la trama de las relaciones de género durante la huelga de Salinas Grandes de mujeres que enfrentaron una triple marginación en la consideración de la historia oficial: por ser mujeres, de clase obrera y vivir ocultas en un pequeño poblado del interior de la provincia. Además, hemos tratado de visibles y audibles a las mujeres que ancestralmente han tenido nulas o escasas posibilidades de construir su identidad autónomamente a fin de que la memoria las incluya y se constituya en un mecanismo de autovaloración.

Notas

¹ Adherimos a las consideraciones que realiza sobre "La elección del tema", en "De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica (1993)", en José Miguel Marinas y Cristina Santamarina, *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993, pp. 19-34.

² Bruyn Severyn. *La perspectiva humana en sociología*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.

³ No se han localizado archivos oficiales de la empresa para saber el tamaño de la misma. De la información periodística y de algunos testimonios se mencionan entre 150 a 200 trabajadores que vivían con sus familias en un predio próximo a la laguna de extracción de sal, denominado "la colonia". La empresa proveía de electricidad, agua y era la dueña de las viviendas que habitaban los obreros.

⁴ Los periódicos de la época son los únicos registros públicos que se han ubicado hasta el momento.

⁵ Memoria, género e identidades colectivas. Recuperación de voces e imágenes de mujeres. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de La Pampa. Programa Nacional de Incentivos. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.

⁶ Uno de los informantes dijo: "lo que estás buscando no hay".

⁷ Se contactó a siete informantes pertenecientes a distintos gremios, al PC y otros grupos de izquierda.

⁸ Se realizó también una entrevista al abogado del gremio y a un obrero salinero del grupo de conducción que fue despedido al finalizar la huelga.

⁹ Estas menciones nos recuerdan las apuntadas por Luisa Passerini, En: Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*. México, FCE, 1986, al relatar la misma reticencia inicial de sus informantes.

¹⁰ Debemos señalar que entre nuestros/as informantes hay relaciones de parentesco, como ocurría en la fábrica en esa época, por lo cual las opiniones sobre las actividades en la huelga estuvieron teñidos de circunstancias familiares y en algunos casos impidieron profundizar la información.

¹¹ Se utilizan otros nombres para resguardar el anonimato de las entrevistadas.

¹² Las mujeres en la empresa trabajaban en el proceso de envasar la sal y limpieza de los locales. Hay disparidad de información con respecto a la cantidad de horas y turnos, probablemente esto tiene que ver con distintos momentos en la organización del trabajo en la fábrica. Algunas describen el trabajo como estrictamente manual y otras han desempeñado funciones operando una máquina. Se les proveía de delantales y gorros.

¹³ Ana Sojo. *Mujer y Política. Ensayo sobre el Feminismo y el sujeto popular*. San José de Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1985.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Tal como plantean: Arlette Farge, "La historia de las mujeres. Cultura y Poder de las Mujeres: ensayo de historiografía", en: *Historia Social*. Universidad de Valencia, N° 9 1991; Mary Goldsmith, "La

construcción de nuevos espacios”, en: *Mujer/Fempress* N° 136/137. feb./mar., 1993 y Chantal Mouffe, “Clase obrera, hegemonía y socialismo”, en: Juan del Campo (coordinador): *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea (Seminario de Oaxaca)*, México, Siglo XXI, 1986.

¹⁶ Varias obras que reseñan la vida de guerrilleras en América Latina dan cuenta de esto. También se plantea el “machismo” de los trabajadores en la consideración de sus compañeras (Ver: Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, 2000, “Resistencia, cultura y conciencia: el proletariado de las catacumbas”, en Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *De la Revolución Libertadora al menemismo. Historia social y política argentina*. Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2000).

¹⁷ Citado en: Cristina Godoy (comp.). *Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002.

¹⁸ Joan Del Alcázar i Garrido. “Una aportación al debate: las fuentes orales en la investigación histórica”. *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, N° 35, Primer Semestre de 1994, pp. 231-250.

¹⁹ P. Folguera. “La historia oral como fuente para el estudio de la vida cotidiana de las mujeres”. *Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinar*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 177-211, en: Joan Del Alcazar i Garrido, 1994: Op. cit

²⁰ Isabel Morant. “El sexo de la historia”, en Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, ed. *Las relaciones de Género. Ayer*. Marcial Pons, Madrid, N° 7, 1995.

²¹ Claudia Oxman. *La entrevista de investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Bibliografía

Bertaux, Daniel. “De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica (1993)”, en: Marinas, José Miguel y Santamarina, Cristina: *La Historia Oral: Métodos y experiencias*, Debate, Madrid, 1993, pp. 19-34.

- Borderías, Cristina. "Subjetividad y cambio social en las historias de vida de mujeres: notas sobre el método biográfico", en *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*. Universidad de Granada, Vol. 4, N1 2, julio-diciembre 1997, pp. 177-195.
- Bruyn Severyn. *La perspectiva humana en sociología*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972.
- Camarero, Hernán, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider. *De la Revolución Libertadora al menemismo. Historia social y política argentina*. Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2000.
- Castellanos Llanos, Gabriela, Simone Accorsi, y Gloria Velasco. *Discurso, género y mujer*. Santiago de Cali, Colombia, Colección Estudios de Género y Universidad del Valle, 1994.
- Chanfrault-Duchet, Marie Françoise. "Mitos y estructuras narrativas en la historia de vida: la expresión de las relaciones sociales en el medio rural", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*. Revista Semestral del Seminario de Historia Oral del Departamento de Historia contemporánea de la Universitat de Barcelona, N° 3, Año 1990, Reedición 1996)
- Del Alcázar i Garrido, J: "Una aportación al debate: las fuentes orales en la investigación histórica". *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, N° 35, Primer Semestre de 1994, pp. 231-250
- Di Liscia, María Herminia y Ana María Lassalle. "*Esta fue mi vida. No se la deseo a ninguna*". A propósito de la "*Narración de mi vida, 1884-1937*" de Anaís Vialá. Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer/Instituto de Estudios Socio-Históricos. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de La Pampa, 2002.
- Farge, Arlette. "La historia de las mujeres. Cultura y Poder de las Mujeres: ensayo de historiografía". En: *Historia Social*. Universidad de Valencia, N° 9, 1991.
- Folguera, P. "La historia oral como fuente para el estudio de la vida cotidiana de las mujeres". *Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinar*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 177-211. En: Del Alcazar i Garrido, Joan, 1994: Op. cit

- Godoy, Cristina (compiladora): *Historiografía y memoria colectiva. Tiempos y territorios*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002.
- Goldsmith, Mary: "La construcción de nuevos espacios". En: *Mujer/Fempres*, N° 136/137, feb.-mar., 1993.
- Joutard, Philippe. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México, FCE, 1986.
- Kovalskys, Dariela Sharim. "Dimensión subjetiva del género: una aproximación desde los relatos de vida", en *Proposiciones*, Chile, Ediciones Sur, N° 29, 1999.
- Marinas, José y Cristina Santamarina. *La Historia Oral: Métodos y experiencias*. Madrid, Debate, 1993.
- Massolo, Alejandra. "Testimonio autobiográfico. Un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos urbanos en México". En *La Ventana. Revista de Estudios de Género*. México. Universidad de Guadalajara, N° 1, 1999, pp. 62-84.
- Morant, Isabel. "El sexo de la historia". En Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, ed. *Las relaciones de género. Ayer*. Marcial Pons, Madrid, N° 7, 1995.
- Mouffe, Chantal. "Clase obrera, hegemonía y socialismo". En del Campo, Juan (coordinador): *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea (Seminario de Oaxaca)*, México, Siglo XXI, 1986.
- Oxman, Claudia. *La entrevista de investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Piña, Carlos. "Tiempo y memoria. Sobre los artificios del relato autobiográfico". En: *Proposiciones*, Chile, Ediciones Sur, N° 29, 1999, pp 75-79.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider. "Resistencia, cultura y conciencia: el proletariado de las catacumbas". En: Camarero, Hernán; Pablo Pozzi, y Alejandro Schenider, Op. cit.
- Sojo, Ana. *Mujer y Política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular*. San José de Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1985.



Mujeres y participación política. El caso de Santa Fe en los '70

Lilian Ferro

Introducción

Desde mediados del Siglo XX las mujeres se incorporan progresivamente al espacio público desde diferentes lugares y con diferentes estímulos. No se trata de un proceso histórico lineal sino de avances y repliegues, enmarcados entre coyunturas extraordinarias, que sin embargo van sumando experiencias y alfabetización política en las vanguardias de los movimientos de mujeres y feministas.

En la Argentina, en la década del '40 conquistan el sufragio (1947) y en 1952 acceden por primera vez a la representación política formal tanto en el Congreso Nacional como en las Legislaturas provinciales.¹ El Estado de Bienestar peronista (1946-1955) las incorpora masivamente a sus estructuras administrativas en general y de gestión, especialmente a la Salud y Educación públicas. Tal situación posibilita la inserción significativa en la militancia gremial y sindical del sector público.

En la década del '60 la comercialización masiva de la píldora anticonceptiva provee a las mujeres de sectores medios y altos (Felitti, 2000:159-160) de una valiosa herramienta para controlar su reproducción y así desarrollar en mejores condiciones sus proyectos vitales. Es así que una gran cantidad de mujeres se incorporan a las Universidades y especialmente desde allí a la militancia revolucionaria y social.

En los '70 se produce el cenit de la participación política de las mujeres, un punto de inflexión histórico trascendente para la comprensión de su protagonismo político. Al finalizar la década, con el clima de violencia política y la posterior represión dictatorial, algunas se replegarán a los espacios privados-domésticos, otras hacia el exilio.

En este trabajo se intentará recuperar y confrontar las vías político-institucional y social-revolucionaria referidas a un caso provincial con el objetivo de dilucidar las lógicas incluyentes/excluyentes de las diferentes culturas políticas. A través de las categorías analíticas de los estudios de género en su relación con la participación política se pretende recuperar y visibilizar los aportes de la acción política de las mujeres a la historia. Estos serán aplicados al estudio de campo para el que también se utilizarán parámetros de análisis provenientes de la Historia Oral como los testimonios de protagonistas de la década.

Una narrativa histórica que recupere el protagonismo político de las mujeres debe contemplar los casos regionales desde sus generalidades y particularidades con el proceso histórico nacional; lo que permitirá respondernos la siguiente pregunta: ¿En que sentido la experiencia setentista explica la conducta política de las mujeres en las etapas subsiguientes?

El contexto urbano

El "Rosariazo" de 1969 se constituyó en un encuentro que reunió a: los sectores obreros combativos, los universitarios pertenecientes a la izquierda peronista, las organizaciones armadas y las y los militantes de base en general, contra la dictadura de Onganía. Esto demuestra el dinamismo, la organización y la voluntad contestataria de la sociedad de la época. Para muchas militantes fue el "bautismo de fuego" de su educación revolucionaria.

"Cuando definitivamente entro a militar de lleno es con el Rosariazo, en el MJP Movimiento de la Juventud Peronista. Los

encontré en una reunión de CGT, había un plenario por lo que estaba aconteciendo en Rosario. Mi hermano y yo estábamos con papá, viene un grupo de jóvenes que les dijeron a los sindicalistas: -Ustedes están reunidos acá y la gente se está muriendo en las calles- esas palabras me impactaron. Se acercaron y me propusieron conocer el pensamiento de Perón, tenemos grabaciones -me dijeron, los famosos cassettes de Perón... Bueno sí, sería interesante -les dije y nos metimos a militar con mi hermano."² [habla una ex-diputada que contaba en ese momento con 22 años).

También el activismo estudiantil secundario fue el marco de expresión política para muchas adolescentes. En este caso testigo quien habla, una ex militante de una organización revolucionaria, tenía 16 años:

"Yo participé del Rosariazo, junto con mi hermano, conocía a un grupo importante de pibes que venían de la Federación Comunista, yo no era peronista en esa época era mas bien justiciera. Fue una experiencia importante, estaba la gente en la calle, mataron a estudiantes..."³

Muchas mujeres, impulsadas por el clima de compromiso social que imperaba en la época participan intensamente de agrupaciones juveniles universitarias, estudiantiles, barriales, de organizaciones insurreccionales, de sindicatos y gremios, de estructuras partidarias, en todo el país. En la provincia de Santa Fe se daba una correspondencia con lo que sucedía en el plano nacional. Muchas de ellas pusieron sus vidas en juego, también sus proyectos de vida y familiares. Los registros de la CONADEP y numerosas investigaciones actuales dan cuenta de los costos que debieron afrontar, incluso con sus muertes, además de las terribles experiencias de las que lograron sobrevivir. Hay, además, un olvido del aporte del protagonismo de las mujeres en otras formas de expresión política como la legislativa, partidaria, sindical e institucional en general en los '70.

En el campo

Los conflictos en el campo santafesino, reflejaron también las expresiones contestatarias de la época. Necesariamente la acción política ruralista estará determinada por las particularidades emergentes de las profundas diferencias regionales encorsetadas en los límites provinciales. La zona sur, orientada hacia la exportación debido a que es rica en recursos naturales para la agricultura *pampeana*, la ganadería y la industrialización agroalimentaria, no estaba exenta de conflictividad debido a las desiguales condiciones para el acceso a la tierra, a la rentabilidad fundiaria, al crédito y a la innovación tecnológica.

La Federación Agraria, continuidad organizacional e ideológica del "Grito de Alcorta", será el marco donde se expresará la militancia ruralista juvenil del sur y centro provincial, que atrajo a tantas mujeres productoras e hijas de productoras/ es.

"Me incorporé a la Federación Agraria a partir del 1976, acompañando a mi padre a los Congresos anuales, me sentí identificada con la lucha gremial y la defensa de la democracia, en esos momentos nos movilizábamos en contra de la dictadura militar." ⁴

La militancia ruralista que intentaba modificar las relaciones de producción en el campo, devino en lucha por el restablecimiento democrático, en la década del '80:

"Participé en las movilizaciones previas que llevaron a la gran Asamblea de Villa María en 1982 en contra del proceso militar. Cuando me recibí de profesora, alterné la docencia con los cursos de formación de la FAA, y junto a jóvenes agrarios de mi pueblo fundamos nuestro Centro Juvenil 'Alborada'." ⁵

En el Norte provincial con una producción agropecuaria para el mercado interno y con amplios sectores insertos en una economía rural de subsistencia, la emergencia de movimientos sociales estarían

definidos por una agenda de reivindicaciones y de estrategias de acción política sustancialmente diferente a la desarrollada en las otras regiones productivas mencionadas.

Así, nacidas desde el influjo del Movimiento Rural, liderado inicialmente por sacerdotes tercermundistas, las Ligas Agrarias se integran con pequeñas/os y medianas/os productores, colonos y arrendatarios.

Las Ligas Agrarias (1971-1976)⁶ se focalizan principalmente en el Nordeste del país, desde el Norte de Santa Fe hasta Misiones. 20.000 familias y 45.000 jóvenes participaron de la organización y militancia ruralista en el marco del *liguismo*. En el Norte Santafesino, como en otras provincias y en otros países latinoamericanos, las mujeres protagonizaron su acción reivindicativa, fueron mayoría en las bases aunque anecdóticas en los puestos de conducción y decisión.

Con el Golpe de Estado de 1976 las y los dirigentes *liguistas* serán perseguidos y algunas/os militantes exiliados, otros detenidos y desaparecidos, lo que desarticuló el movimiento social más importante que se haya dado en el campo en el marco de la Historia Reciente.

Breve e intenso

El 25 de mayo de 1973 se recuperaba, transitoriamente, la constitucionalidad en el país, tras dieciocho años de constantes Golpes de Estado entre breves interludios de democracias proscriptivas y controladas por las Fuerzas Armadas.

La reimplantación del Estado de Derecho se lograba ante una sociedad hipermovilizada. La resistencia peronista iniciada en 1955 fue protagonizada en gran medida por los y las jóvenes. Estos se vieron influenciados en los años que siguieron por las transformaciones políticas mundiales y latinoamericanas como los movimientos estudiantiles en Europa (mayo francés en 1968) y el movimiento

hippie en Estados Unidos, la Revolución Cubana de 1959 y la conformación de grupos guerrilleros latinoamericanos. Esa resistencia llegaría a los '70 con sus organizaciones armadas y grupos consolidados de militancia de base enfrentados con la *burocratización* de sectores sindicales y partidarios peronistas.

Las mujeres, principalmente jóvenes, integraron tanto las organizaciones armadas clandestinas como FAP,⁷ Montoneros y ERP, entre otras y las de "superficie" que conformaban la Tendencia Revolucionaria del peronismo, en sus diversas expresiones como la Agrupación Evita de la Rama Femenina, la Juventud Universitaria Peronista, Juventud de Trabajadores Peronistas, Movimiento de Villeros Peronistas, el Movimiento Juventud Peronista, la Juventud Peronista Femenina, entre otras.

En ese momento existía una discusión entre las militantes respecto a si era conveniente integrar cualquier organización compuesta por varones y mujeres, de modo de conformar una suerte de "transversalidad de género revolucionaria" o si, por el contrario, era mejor militar en las organizaciones específicamente femeninas, como una continuidad de la política de "cuarto propio" en el Movimiento y Partido Justicialista que había sido inaugurado durante el primer gobierno peronista con la Rama Femenina, creada por Eva Duarte.

Estos grupos, tanto clandestinos como de superficie, provenientes del peronismo, actuaban a nivel nacional y en la provincia de Santa Fe, especialmente en los conglomerados urbanos importantes como Rosario, Santa Fe y Rafaela.

En marzo de 1973, con sistema de segunda vuelta electoral, es electo Gobernador Carlos Silvestre Begnis, un extrapartidario candidato por el Frente Justicialista de Liberación Nacional. Lo acompañaba Eduardo Cuello, vinculado a la poderosa UOM, lo que evidencia que las fuerzas político- sindicales se disputaban la supremacía en el peronismo santafesino. Completaban el espectro electoral, la opositora Alianza Popular Federalista integrada por el Partido Demócrata Progresista, la Unión Popular y el Partido de Orientación Legalista. También participó electoralmente la Unión

Cívica Radical. "Toda la campaña se caracterizó por mujeres y hombres en las calles, por multitudinarios actos en plazas y parques animados sobre todo por sectores juveniles" (Viano, 2000: 85).

El peronismo utilizó su sistema de cupos para las candidaturas en las listas electorales, instituido en su Carta Orgánica de entonces: 25% para la Rama Femenina, 25% para la Juventud, 25% para los sindicatos peronistas y 25% para la rama político-partidaria. De todas maneras la transversalidad de las mujeres en otros estamentos como "Rama Juvenil", "Sindical" o "Partidaria", lejos de redundar en el cumplimiento efectivo del 25% arrojó una cantidad en las listas del FREJULI (y peor aún en otras listas partidarias) del 11% de mujeres candidatas, ubicadas mayoritariamente en lugares no previsibles.

Las deliberaciones se enmarcaron en un Congreso multitudinario: "Llego a las listas por encuadramiento, ya que los grupos de juventud no iban a participar de los cargos electivos, ninguno. Se pensaba que la juventud debía seguir organizando al Movimiento y no entrar en la rama política que era lo partidario, pero hubo una orden de Perón que pedía que la Juventud participe, que había que darle un cupo el 25%. En el Congreso, en el Sindicato de la Carne, estaba la Rama Femenina con Yamile Nassif, y entre muchas otras Julia Gasalla, que allí es elegida para candidata a Diputada Provincial y la Rama también elige a Pepe García. La organización (Movimiento Juventud Peronista) decide que va a elegir sus cuadros para proponer a ese cupo de Juventud. La dirigencia nacional del MJP decía que a los cargos políticos deben llegar los cuadros más organizados, y más militantes porque eso daba una garantía a la organización, ya que, (por ejemplo) los sueldos eran socializados..."

Aquí hay dos elementos para destacar. La implementación de cupos para las mujeres con mucha antelación a las prescripciones de CEDAW-ONU y el hecho de que a pesar de que esa división cuatripartita podría favorecerlas aún más ya que su presencia podía

darse en las Juventudes, en la Rama Partidaria y en menor medida en la sindical, su participación en los cargos electivos no superó el 10%.

Ingresan a la Cámara de Diputados cinco mujeres sobre un total de cincuenta (10% de representación femenina).⁸ Ellas son Susana Abaca, propuesta por el sector Juventud Peronista (MJP), Julia Moreira de Gasalla, propuesta por la Rama Femenina, Fani Oñate de Morello, abogada, propuesta por el "ala partidaria" como Zulma Córdoba de Vallejos y Teresa Cozzarini que accede a la banca por un Partido opositor al FREJULI, El Partido Orientación Legalista (POL) cuyo líder era Manrique. En el Senado no hay ninguna mujer. Recordemos que no existían medidas de acción afirmativa en este momento, como la Ley de Cupo provincial que se sancionaría recién en 1992.

Zulma Córdoba de Vallejos es elegida Vicepresidenta 1ª de la Cámara de Diputados⁹ por lo que en oportunidades presidió sesiones, en ausencia del Presidente Hector Dunda. También presidió el Bloque Justicialista en el año legislativo de 1974.

La cultura de acción política revolucionaria donde muchas mujeres estaban insertas se caracterizaba por el predominio de lo grupal por sobre lo individual. El lugar público, legislativo, estatal o partidario a ocupar era un mandato en función de las estrategias de la organicidad verticalista donde varones y mujeres estaban insertos. En un proyecto revolucionario, las relaciones tradicionales genéricas se adaptaban también a ese funcionamiento, se relajaban en las organizaciones guerrilleras y movimientiles y se reafirmaban en los partidos políticos y sindicatos.

De allí que el acceso a los niveles decisorios dentro de la institucionalidad legislativa por parte de alguna mujer era resultante de la relación de fuerzas en el ámbito partidario o movimientil, entre su estructura y las demás. Para comprender las razones de la subrepresentación femenina en esta etapa hay que analizar primero la lógica incluyente /excluyente de las mujeres en los niveles decisorios al interior de los grupos políticos de pertenencia y posteriormente en su proyección institucionalizada en el período 73-76.

¿Había conflictos entre mujeres en política formal o revolucionaria? ¿Legisladoras versus guerrilleras? De los testimonios se desprende que el conflicto estaba focalizado en clave generacional más que referido a los ámbitos de actuación, ya que cuadros destacados en organizaciones guerrilleras y juveniles, partidarias y sindicales también eran legisladores y legisladoras. En esta etapa, las instituciones republicanas parecían estar subsumidas dentro de un esquema de acción política donde predominaban lineamientos partidarios burocratizados en conflicto con la acción movimientil o insurreccional de mayoría juvenil.¹⁰ La construcción de una subjetividad genérica aparece atravesada y subordinada a la lucha de clases y generacional.

Legislar en tiempos turbulentos

Los casi tres años que duró la *primavera 73-76*, estuvieron signados en el ámbito legislativo por las acciones de reconstrucción del aparato estatal, la investigación de torturas y asesinatos a militantes políticos detenidos y desaparecidos, leyes de amnistía, reincorporación de cesantes por las *purgas* administrativas de los militares, la subordinación a las autoridades constitucionales de las fuerzas de seguridad. Todo esto se vivía en un clima de gran inestabilidad política ya que en julio de 1974 fallece Juan Perón, produciendo un vacío en la conducción de su vasto y heterogéneo movimiento, que da lugar a disputas violentas entre los sectores sindicales, partidarios y guerrilleros que se disputan la herencias de su poder.

La violencia política era el sustrato de la acción en el espacio público y también fue el telón de fondo para actores institucionales como legisladoras y legisladores. Algunos legisladores concurrían armados a sesionar y antes de entrar a recinto colocaban las armas en un lugar adyacente. Son numerosas en los Diarios de Sesiones las menciones y repudios a amenazas, atentados y amedrentamientos a legisladores.

En una sociedad atravesada por dicotomías irreconciliables: peronismo y antiperonismo, gorilas y revolucionarios, burocracias sindicales y juventudes guerrilleras; etc, las desigualdades jerárquicas entre varones y mujeres parecían quedar a la espera de un debate, subsumidas por la lucha de clases.

Algunas leyes provinciales y un mayor número de proyectos sin sancionar,¹¹ de autoría de diputadas, como los pedidos de creación de más Juzgados de Menores, Hogares de madres Solteras, Registros de Adopción, Guarderías para hijos de mujeres trabajadoras etc; permiten inferir una relación entre las demandas de organizaciones de mujeres y las legisladoras y asesoras.

Estas Leyes, sancionadas en el período, dan cuenta de esta afirmación, aunque también se presentaron numerosas iniciativas referentes a diversos temas: Ley 7.839 Exámen citológico - exfoliativo (Papanicolau) obligatorio para toda la población femenina, Creación de guarderías infantiles para mujeres de sectores pobres (Ley 7.762), Creación de Centros de detección del Cáncer Ginecológico en Santa Fe y Rosario (Ley 7.573), Ley de Bien de Familia, Leyes subsidiando a la Liga de Amas de Casa, organización de vanguardia en la lucha por el reconocimiento de los derechos de las mujeres en Santa Fe, Sociedad de Damas de Beneficencia y otras en el mismo sentido.

La adhesión de la Legislatura en 1975 al año Internacional de la Mujer demuestra que existía permeabilidad en las legisladoras a los avances del feminismo internacional. Recordemos que en esta década en los países desarrollados se produce lo que se denomina como el "feminismo de la segunda ola" que rechaza el poder político por considerarlo masculino y lo relaciona con la violencia de la guerra y la discriminación. Su meta fue construir sujetos políticos alternativos en espacios alternativos (Archenti, 1994:31), esa situación explica las pocas referencias que tenían las militantes políticas de la agenda de temas feminista.

Maternidad y militancia

La maternidad y la militancia revolucionaria, en el campo institucional como en las organizaciones insurreccionales, no eran contradictorias. De los testimonios recogidos se desprende que para las mujeres militantes no había una “opción” o delimitación entre la vida pública y privada, entre un proyecto colectivo y personal, todo era parte de la misma decisión. Muy frecuentemente las parejas militantes compartían su vida doméstica con otros/as compañeros de lucha, incluidos sus hijas/os.¹²

Tanto en el caso de Susana Abaca como de Marta Bertolino que pertenecían a diferentes organizaciones, y que desarrollaban sus acciones políticas en diferentes ámbitos, una en la Legislatura y otra en la Universidad, cuentan que se embarazan y tienen hijas, cada una en muy diferentes circunstancias.

Susana Abaca, en el momento de asumir el 25 de mayo de 1973 el cargo legislativo, estaba embarazada de tres meses y su maternidad estará inmersa en sus actividades militantes e institucionales en esos años de mandato. Por su parte, Marta Bertolino, relata que al momento del Golpe de Estado estaba embarazada y que parirá su hija y la cuidará los primeros seis meses en cautiverio, luego pasará años separada de la crianza ya que su madre se hace cargo mientras ella sigue encarcelada.

En otras formas menos coactivas, la maternidad será un límite autoimpuesto en este caso a la militancia ruralista: “La función gremial exige viajar por todo el país, como la política no hay días ni horarios, hecho que podía resolver por ser soltera, pero cuando me casé y tuve mi hija cambié por la docencia que me permitía estar más tiempo con mi familia”.¹³

Los grandes cambios en la dimensión cotidiana que se vive en esta década pueden pensarse a partir de uno de los tópicos fundantes de la identidad femenina, la maternidad. Desde el feminismo maternalista en que el ejercicio de la maternidad se convierte en la acción política feminista en sí, sobre todo en algunas expresiones del

anarco-feminismo de finales del XIX, a la maternidad setentista enmarcada en un proyecto militante y trascendente,¹⁴ pasando por la maternidad de las detenidas y secuestradas, cuyos cuerpos con objeto de otros de los delitos de los represores, a la maternidad como legitimación de un reclamo de Derechos Humanos en la transición democrática en los '80; hay un proceso histórico que imprime, selecciona y excluye significantes en la construcción del imaginario colectivo y subjetivo de la maternidad.

La contracción

El 24 de marzo de 1976, un nuevo Golpe de Estado, pone fin al Estado de Derecho. Se clausuran el Parlamento y las legislaturas provinciales. Será la más oscura etapa política y social de la Argentina: la Dictadura que se autodenominara eufemísticamente "Proceso de Reorganización Nacional" (1976-1983) producirá un gran retraimiento en la participación pública de las mujeres debido a los horrores padecidos por varones y mujeres en campos de concentración y a las distintas formas de exilio, exterior e interior.

Es necesario investigar más las implicancias duraderas de una forma de exilio que involucró a la mayoría de las mujeres argentinas a partir de ese momento: el exilio de las mujeres de la política. Las militantes sociales y políticas que no fueron encarceladas, o que lo fueron por períodos breves entre el '76 y el '83 debieron buscar cualquier trabajo para sostener a sus familias negando, para ser admitidas, toda experiencia previa en militancia política y para no ser rechazadas en ocupaciones muchas veces precarias y para las que estaban regularmente sobrecalificadas.

El opresivo silenciamiento social y el aparato discursivo que a fuerza de terror se impuso en el país imponía como riesgo físico o de desocupación cualquier referencia de actividades políticas de muchas mujeres que debieron proscribirse a sí mismas para sobrevivir junto con sus familias. Las legisladoras santafesinas del '73-'76 no fueron la excepción.

Desde el momento de retorno a la democracia en 1983, las mujeres en el país y en la provincia se volcarán masivamente a afiliarse a los Partidos Políticos, convirtiéndose desde ese momento en un poco más de la mitad de sus padrones aunque se trató de una participación relativa.

“Pero sucedió, Señor Presidente, la noche más negra y cruel para la política de Argentina, mujeres de nuestra patria torturadas, encarceladas, hijos en cautiverio, mujeres vejadas, muertas y otras, como dijera en la pasada sesión, en peor situación, condenadas al tormento cruel de perder a sus hijos para siempre. Cuando hubo que volver poco a poco y muchas veces a escondidas a hacer política, la mujer casi por defensa propia se retrajo, y el retorno a la democracia las encontró alejadas de los ámbitos políticos a los que habían tenido acceso durante tantos años de militancia y lucha. En 1983 los hombres ocupamos cargos y fuimos acumulando poder, las mujeres lo fueron perdiendo y a pesar de las renovaciones generacionales o frutos de los fracasos, la camada de hombres políticos que inauguraron la democracia en 1983 no le abrió la puerta del poder a las mujeres.”¹⁵

Conclusiones

Recorrer históricamente el período de la década del '70 desde el género y la participación política en la acción política institucionalizada o insurreccional, permite establecer claramente que las mujeres encuentran más obstáculos a su ingreso en condiciones de paridad a los niveles de decisión cuanto más institucionalizada está una acción política.

Una característica de la época es que la mayoría de las militantes setentistas se incorporaban a lo público junto con sus parejas. La militancia, el amor, el cuidado de los hijos, la vocación profesional eran dimensiones puestas al servicio de una causa trascendente, excluyentemente política.

En los '70, a lo largo de la década, los actores políticos que ocupan la escena serán tanto las organizaciones tradicionales como las de nuevo cuño. De los testimonios aquí mencionados se desprende que las organizaciones juveniles "movimientísticas", las insurreccionales y guerrilleras, expresiones que en pos de una sociedad revolucionaria, revolucionaban también al interior de sí mismas los códigos de las relaciones entre varones y mujeres y los "viejos" estereotipos de género. En qué medida lo hacían y en qué organizaciones eran más género —equitativas en sus valoraciones, identidades, relaciones simbólicas y de poder en la participación y toma de decisiones, es una cuestión a ser desarrollada en una investigación más exhaustiva.

Este proceso se desanda en las décadas siguientes. Desde los '80 las mujeres serán desalentadas a participar en esos términos, los discursos religiosos, sociales y las regulaciones culturales tienden a "reubicarla" en sus roles tradicionales. En el campo político- estatal con la recuperación de la democracia en 1983, los actores legítimos para el juego político serán los partidos políticos, los sindicatos, las corporaciones económicas y la Iglesia Católica, todos altamente institucionalizados y con estructuras rígidas que excluyen y subordinan a las mujeres de sus espacios de decisión a pesar de que están compuestos por una mayoría de ellas.

Hacia la década del '90, la participación política de las mujeres se da en dos direcciones. Por una parte, las demandas por la implementación de medidas de acción afirmativa en los regímenes electorales que garanticen un piso mínimo de inserción real en la representación formal. Por otra, en el gran crecimiento de las Organizaciones No Gubernamentales a las que las mujeres se vuelcan masivamente.

La preferencia femenina por la acción política en Organizaciones No-Gubernamentales de lo que se llama "tercer sector" podría estar relacionada con la experiencia setentista en que fue visible y contrastable para las militantes la fuerte lógica excluyente de las estructuras estatales y partidarias y la mayor permeabilidad incluyente

en las organizaciones que actuaban fuera de ellas.

La expansión de la alfabetización política de las mujeres y la contracción represiva posterior son dos momentos claves que recorren la década de los '70 que permiten comprender el comportamiento político de las mujeres en la actualidad. Investigaciones históricas que recuperen su protagonismo en los diversos ámbitos de acción política de la época aportarán a la historiografía experiencias valiosas que permitan construir un relato más completo de la dinámica de organizaciones e instituciones de la democracia en sus distintas expresiones territoriales.

Fuentes Orales

Entrevista grabada en agosto de 2004, en la ciudad de Rosario, a la psicóloga Marta Bertolino, ex integrante de una organización juvenil peronista, que pasó seis años encarcelada y fue madre en cautiverio.

Entrevista grabada en septiembre de 2004, en la ciudad de Rosario, a la abogada Susana Abaca, ex Diputada Provincial por el mandato inconcluso 1973-1977 proveniente de una agrupación juvenil peronista MJP.

Testimonios del abogado Danilo Kilibarda, en la ciudad de Santa Fe, quien fuera diputado provincial en los mandatos inconclusos de 1958, 1963, 1973, (además de Convencional Constituyente en 1962) y actualmente está ejerciendo su cuarto periodo como Dip. Pcial desde el 2003.

Agradecimientos

A las entrevistadas. Susana Abaca y Marta Bertolino, al testimonio escrito de Isabel Jové, dirigente ruralista y primer mujer en ocupar cargos directivos en las FAA en la década del '80, a la buena disposición del personal del Archivo Bicameral Legislatura Provincia de Santa Fe para las demandas documentales de esta investigación, a los aportes del Dr. Kilibarda, Diputado Provincial y a Carlos Cardozo.

Notas

¹ Acceden a las bancas seis senadoras y veintiuna diputadas nacionales. En Santa Fe son electas por el período 1952-1958 la senadora provincial por el Departamento Iriondo R. C. Montoya de Desanzo y las ocho diputadas provinciales Velia Barichello (San Martín) Haydeé Reyes Cortez (Rosario), Clementina Giavarini (Rosario), Raquel Hernández (San Justo), Dominga Adela Millo (Las Colonias) Elvira Muñoz (La Capital), María Mercedes Pérez (Garay) y Asunción Soler (Caseros)

² Fragmento entrevista grabada a Susana Abaca, Diputada Provincial Mandato cumplido por el período constitucional inconcluso 1973-1976, septiembre 2004.

³ Fragmento de entrevista grabada a Marta Bertolino, ex militante de la Juventud Peronista y encarcelada por la Dictadura desde 1977 hasta 1983, agosto 2004.

⁴ Testimonio de Isabel Jové, docente, militante ruralista y psicóloga.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Esa práctica institucional de vicepresidencia 1º para un mujer se mantendría una vez recuperada la democracia.

⁷ Entrevista realizada en 1970 a un alto mando de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) por la Revista "Cristianismo y Revolución" N° 25. Extraída de PIGNA, Felipe. www.elhistoriador.com Copyright 2002. Una de las preguntas fue: "Se ha observado una presencia casi invariable de algunas mujeres en los grupos de acción de las FAP. ¿Qué significado se le da a este hecho?"

FAP: "Nosotros partimos por principio de una amplia concepción revolucionaria de acuerdo a la cual la mujer tiene que tener el mismo grado de participación que el hombre en todos los procesos de la sociedad y, sobre todo, en el proceso de cambiar una sociedad que la ha sumergido en una situación de marginación y dependencia. Es por ello que en las FAP, mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate. Además es la continuación de toda una trayectoria en nuestro

movimiento, ejemplificada no sólo por Eva Perón sino también por las medidas concretas del gobierno peronista que elevaron a la mujer argentina en todos los ordenes especialmente el político”.

⁸ El Régimen electoral prescripto por la Constitución Provincial reformada en 1962, establece que “son electores todos los ciudadanos, hombres y mujeres, que hayan alcanzado la edad de diez y ocho años y se hallen inscriptos en el Registro Cívico Provincial” (Art.29). Pero en el párrafo dedicado a la elegibilidad la redacción no es tan explícita en cuanto a las mujeres como en el caso de “electores”, ya que dice en el artículo 30: “Todos los ciudadanos pueden tener acceso a los cargos electivos en condiciones de igualdad, según los requisitos establecidos en cada caso por esta Constitución provincial”. La redacción constitucional utiliza el universal masculino para dar cuenta del status de ciudadanía, de donde se podría inferir que estarían contempladas las mujeres, por ejemplo para el caso del Senado (Art.33) “Son elegibles para el cargo de diputados los ciudadanos argentinos que tengan, por lo menos 22 años de edad...” y en el Art.37 “Son elegibles para el cargo de senador los ciudadanos argentinos que tengan por lo menos, treinta años de edad y dos años de residencia inmediata en el departamento”. (Subrayado de la autora)

⁹ Esa costumbre institucional se mantendría en los períodos en que hubo diputadas luego de recuperada definitivamente la democracia en 1983.

¹⁰ “Yo ya era diputada y seguía pintando paredes no tenía idea de lo que era el cargo, tuve que estudiar un poco lo institucional. Los movimientos juveniles éramos muy críticos con lo institucional”. Fragmento entrevista Susana Abaca.

¹¹ Es difícil realizar un seguimiento exhaustivo de cada una de las iniciativas legislativas de las diputadas del período ya que los registros de su actividad, Diarios de Sesiones, registros de otras acciones institucionales y documental afín no se encuentran encuadernados o sistematizados más allá del año 1973 en el Archivo Bicameral Legislativo.

¹² En entrevista, Susana Abaca recuerda que aun siendo diputada vivía en “convivencia”, es decir que los cuadros dirigenciales, parejas con sus hijas/ os, parejas sin hijos o solas y solos convivían en una casa por un período de tiempo donde además de las actividades formales debatían sobre doctrina. Estas “convivencias” tenían la función de cohesionar al grupo en lo relacional y fortalecerlo en lo “humano”.

¹³ Isabel Jové, *Ibídem*

¹⁴ La hija de la ex-diputada entrevistada que nace en 1973 se llama María Eva.

¹⁵Intervención del Diputado Justicialista de extracción sindical Oscar Barrionuevo. Versión Taquigráfica de la sesión del 28 de noviembre de 1991 donde se dio media sanción al Proyecto de Cupo Femenino en la Legislatura Santafesina. En el mismo sentido y observando la experiencia latinoamericana se afirma: “En países que experimentaron cambios políticos drásticos, la participación activa de las mujeres en el proceso de democratización, produjo importantes cambios políticos y legales. Pero la llegada de la democracia no trajo necesariamente igualdad en la política y la toma de decisiones”: FERRARO, Geraldine. “El avance de las mujeres” en *Mujeres en Política*, Revista Fundación Mujeres en Igualdad, Año 5, N° 13, Buenos Aires, Verano de 1998-1999.

Bibliografía

Archenti, Nélica “Las mujeres, la política y el poder. De la lógica del príncipe a la lógica de la acción colectiva” en Maffía, D. y C. Kuschnir, *Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual*, Buenos Aires, Feminaria Editora, 1994.

Felitti, Karina “El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta” en Gil Lozano, F., M. Ini, Directoras. *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX* (Tomo II) Buenos Aires, Ediciones Taurus, 2000.

Ferrara, Francisco *Que son las Ligas Agrarias. Historia y Documentos de las organizaciones campesinas del nordeste argentino*.

México, Siglo XXI Editores, 1975.

Ferraro, Geraldine. "El avance de las mujeres" en *Mujeres en Política*, Revista Fundación Mujeres en Igualdad, Año 5, N° 13, Buenos Aires, Verano de 1998-1999.

García Prince, Evangelina. "Derechos Políticos y Ciudadanía de las Mujeres: una vía género sensitiva y paritaria al poder y al liderazgo". Venezuela, *GENDHU, Centro para el Adelanto de las mujeres*, 1996.

Henault, Mirta. "Gremialismo y participación femenina" en Maffi y Kuschnir, Op. cit.

Romero, Luis Alberto. *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. 1999.

Stolkiner, Alicia "El amor militante". Argentina, *Revista Los '70* N° 5, *El arte, el amor y la violencia*, En www.los70.org.ar, 2003.

Viano, Cristina "Una ciudad movilizada (1966-1976)" en PLA, Alberto, Coordinador *Rosario en la Historia (de 1930 hasta nuestros días)* Tomo 2. Rosario, UNR Editora. 2000.



Surgimiento de prácticas propias

Fernanda Gil Lozano

Otra revolución

A primera vista, vivir una revolución sin darse cuenta puede parecer absurdo. Pero si reflexionamos acerca de esa posibilidad quizá no lo es tanto. En la historia de la humanidad, comenzando con la Neolítica, ha habido muchísimas revoluciones, sin embargo, creo que la mayoría han sido vividas sin demasiado registro conciente, un modo que denomino “sin darse cuenta”.

Vivir una revolución y tener conciencia de ello fue un invento de los tiempos modernos. Todo comenzó “después” de la Revolución Francesa, cuando algunos filósofos europeos decidieron dar sentido a una historia cuyo curso iba a ser determinado, supuestamente, por dicha Revolución. Quiero enfatizar ese “después” porque antes de este acontecimiento en Francia una revolución quería decir exactamente lo contrario. Los pueblos se sublevaban cuando se hacían modificaciones en las prácticas consuetudinarias.

La revolución, tal como hoy la entendemos, es un concepto posrevolucionario. La Revolución Francesa por ejemplo, llegó a ser un contexto dentro del cual fueron interpretados una serie de acontecimientos (motines de campesinos hambrientos, rebeliones del bajo clero, etc.) que gracias a la revolución, adquirieron un sentido que, aparentemente, los trascendía.

De la misma manera, gracias a la distancia que se obtiene después que los acontecimientos han transcurrido, fue posible entender que la francesa fue solo una expresión política de otra revolución mucho más amplia como fue la industrial en Inglaterra, la filosófica en Alemania o la anticolonialista en Norte y Sur América, etc.

Las revoluciones son procesos multidimensionales formados, paradójicamente, por muchas revoluciones. Pero son procesos históricos y esto quiere decir, objetos de interpretación historiográfica producidos por historiadores, personas que, entre otras, tienen la tarea de establecer límites entre un período y otro. En la vida cotidiana, en cambio, esos límites no se ven, de modo que si los cruzamos no nos damos cuenta de que estamos viviendo una revolución. Los fabricantes de máquinas de vapor en Inglaterra, por ejemplo, se propusieron solo aumentar sus ganancias y no cambiar la faz del mundo y, sin embargo, la cambiaron.

Afirmar hoy en día que estamos en medio de una revolución es quizás nadar contra la corriente en un océano tormentoso. Pues, a primera vista, no hay nada que pueda aparecer menos revolucionario que los tiempos que estamos viviendo. El desequilibrio que se percibe actualmente, que muchos denominan posmodernidad, caracterizado por el sin sentido de las cosas y en cuyo interior deambulamos sin objetivos colectivos, ausentes de toda historicidad, puede ser un quiebre histórico profundo. Y esto es una revolución: produce desconcierto, desorden, perplejidad y una reacción casi instintiva a refugiarnos en nosotros mismos o en los restos de una individualidad que sentimos amenazada por fenómenos que no logramos comprender. Así se explica que el tono predominante entre muchos intelectuales "posmodernos" sea melancólico y depresivo.

En uno de sus libros, Fernando Mires comenta:

"Algunos me recuerdan a Poncio Pilatos quien, según cuentan, fastidiado en la calurosa y provinciana vida de Jerusalén, escribía a un amigo de Roma: "Aquí la vida es insoportable; no sucede nada". En ese mismo momento pudiera haber pasado en un burro un hombre flaco llamado Jesús.

Poncio Pilatos, en verdad, no tenía por qué saber que en ese momento comenzaba a cambiar la historia de una gran parte del mundo. El era, después de todo, un simple burócrata, y al parecer bastante mediocre” (Mires; 1995: 10).

Si bien yo no he visto a nadie andar en burro, veo mucha gente andando en bicicleta porque quiere cuidar el oxígeno, muchas mujeres protestando por diversas causas propias, movimientos de campesinos estableciendo redes solidarias a través de Internet, situaciones que me conducen a extraer la conclusión de que muchas cosas, afuera, ya no son las mismas de antes.

Uno de los objetivos de la historia o al menos de los que escribimos haciendo tal actividad es ordenar y vincular hechos que a primera vista no parecen tener mucho que ver unos con otros. Así intento dar un orden y sentido a procesos que aparentemente se encuentran separados. Aunque parezca extraño, la idea de que estamos viviendo en medio de una revolución que solo un grupo de mujeres en cada país o en cada época soñó conscientemente, la elaboro y sostengo como pensadora de reflexiones feministas.

Feminismo latinoamericano

Las ideas, el programa y los métodos de la lucha del movimiento feminista latinoamericano de los últimos decenios del siglo XX fueron notoriamente influidos por las experiencias y la teoría europea y estadounidense. Sin embargo, con el transcurrir del tiempo, de un tiempo de práctica social, el feminismo latinoamericano comenzó a adquirir una fisonomía propia y diferenciada. En la década del '70 se generaron grupos de mujeres que, a partir de su propia reflexión de vida y traduciendo el material teórico proveniente de los países centrales, comenzaron a tomar conciencia política feminista.

Emergencia y toma de conciencia en la Argentina

En Argentina, la caída del presidente Juan Domingo Perón, a mediados de los años '50, implicó el inicio de un período de casi veinte años de crisis política en la cual el movimiento político mayoritario, el peronismo, sufrió una interdicción política que abrió camino hacia vías insurreccionales de acción política. A su vez, en 1960 y 1961, se produjo el viraje de la Revolución Cubana, que se inició como un típico levantamiento democrático contra una dictadura corrupta y represiva pero, que en esos años declaró que deseaba constituir una república socialista a sesenta millas de las costas estadounidenses. La Revolución Cubana apareció como una alternativa a las esclerosadas formaciones políticas de la izquierda tradicional que no atraían especialmente a los sectores juveniles. Esto daría lugar al nacimiento de una nueva izquierda latinoamericana.

En particular, en la Argentina el movimiento fue creciendo en forma más bien larvada hasta el año 1969 en que un levantamiento obrero y estudiantil, producido en la segunda ciudad del país y denominado "el Cordobazo", dio cuenta de los límites de una dictadura conservadora y retrógrada encabezada por el General Juan Carlos Onganía. Entre otros aspectos, "El Cordobazo", fue también la expresión del malestar provocado por una sociedad opresiva y represora. En particular el "onganiato", se ensañó con los jóvenes y las vanguardias artísticas quienes sufrían maltratos por usar el pelo largo o por vestirse informalmente. El clima de represión cultural alcanzaría extensiones nunca vistas ya que llegaron a suprimirse funciones de ópera debido al contenido "indecente" del argumento, como fue el caso de la ópera *Bomarzo* del compositor argentino Alberto Ginastera que fue retirada de cartel en el teatro Colón. Para un gobierno que reivindicaba una cultura tradicionalista, las mujeres sólo podían estar en sus casas o en instituciones aprobadas por ese consenso reaccionario. En este marco hicieron su aparición las primeras organizaciones feministas.

Antes de reseñar las actividades de estos grupos es conveniente tener presente sus objetivos y fuentes ideológicas. Para estos primeros grupos, la influencia de elaboraciones teóricas que llegaban de Europa y EE.UU., se amalgamó con necesidades propias que dieron lugar a la generación y desarrollo de grupos de reflexión sobre el tema de la Mujer. Las participantes buscaron los puntos en común de sus experiencias como mujeres, ya fueran amas de casa o profesionales, artistas o militantes políticas. La idea fue crear una "nueva conciencia", es decir, encontrar factores unificadores, más allá de las diferencias ideológicas, de clase o de edad. La dinámica adoptada consistió en la organización de grupos de autoconocimiento y concienciación sobre diversos temas: dependencia económica de la mujer, inseguridad, maternidad, celos, narcisismo, simulación y sexualidad. Para separarse de las agrupaciones de izquierda que hablaban de conscientización, palabra derivada de un verbo que tiene que ver con cambiar las cosas; los grupos de mujeres, prefirieron derivar la palabra del sustantivo, porque su intención era crear una conciencia. Al principio la actividad de los grupos de mujeres se redujo a contar las experiencias personales; la producción escrita fue un objetivo posterior. Asimismo trabajaban en la traducción y lectura de material elaborado en los países centrales que circulaba gracias a la cultura de la fotocopia. Con estas características se formaron varios agrupamientos con relativa inserción en sectores de la clase media.

En los años '60 las reuniones se hicieron en el marco de un grupo llamado: Movimiento de Liberación de Mujeres (MLM). En este horizonte participaron mujeres que integrarían la mayor parte de los agrupamientos posteriores. Disuelto el MLM, en 1970 aparece la Unión Feminista Argentina (UFA), impulsada por un grupo de mujeres que ocuparían un lugar protagónico en todas las agrupaciones feministas posteriores: Nelly Bugallo, Leonor Calvera, Gabrielle Christeller y la cineasta María Luisa Bemberg, entre otras. En el momento de mayor desarrollo el grupo alcanzó a reunir alrededor de setenta integrantes. El mismo logró atraer también a mujeres militantes

de grupos y partidos políticos como fue el caso de una reunión realizada el 22 de agosto de 1972, el mismo día de los llamados “fusilamientos de Trelew”.¹

El auge de la militancia política que tuvo lugar entre fines de los años '60 y mediados de los '70 impulsó el surgimiento de grupos de mujeres que intentaron la construcción de un lugar propio dentro de sus respectivas agrupaciones políticas. Cuando las Organización de las Naciones Unidas eligió 1975 como Año Internacional de la Mujer, una intensa actividad se desarrolló agrupando a mujeres de diferentes partidos políticos y grupos feministas. Se planteó la realización de un gran acto central. Lamentablemente surgieron diferencias entre los grupos feministas y los grupos de mujeres que provenían de partidos políticas en torno a los temas de sexualidad y aborto. En efecto, las agrupaciones feministas planteaban la necesidad de incluir en el documento la discusión sobre esos temas, mientras que las segundas preferían excluirlo por considerarlo excesivamente provocativo. Las tensiones aumentaron cuando las mujeres políticas comenzaron a reunirse separadamente.

El gobierno, cuya presidencia estaba ocupada por una mujer, María Estela Martínez de Perón, continuó en la misma línea y organizó un encuentro en el Centro Cultural del General San Martín, que no contó con la presencia de las feministas. Evidentemente esta exclusión de las feministas tuvo que ver con directivas provenientes de las estructuras partidarias que las mujeres políticas aceptaron y llevaron adelante. Hay que tener presente que si bien presidido por una mujer, el gobierno de 1975 tenía un claro perfil reaccionario y represivo incluso en lo relativo a temas de género. Entre otras medidas, el mismo dispuso la prohibición de venta de anticonceptivos. Esa no sería la primera vez ni la última en que las mujeres políticas priorizaron los mandatos partidarios patriarcales traicionando las reivindicaciones históricas del feminismo.

Esta situación de exclusión radicalizó la acción de las mujeres feministas que organizaron un frente de Lucha por la Mujer, donde confluyeron los diferentes grupos. Sus consignas giraron en torno a

la Creación de Guarderías, la Patria Potestad compartida, la igualdad de oportunidades, la difusión y el uso de anticonceptivos, el aborto legal y gratuito y la no discriminación de la madre soltera.

Indudablemente el movimiento de mujeres, tanto de aquéllas que llevaban una doble militancia (política y feminista) como de las feministas puras, se vio fuertemente afectado por la sangrienta dictadura militar que se inició el 24 de marzo de 1976 y que perduró hasta el 10 de diciembre de 1983. Hubo verdaderamente un antes y un después del golpe militar ya que la represión política e ideológica que se estableció impidió el libre intercambio de ideas. Los ámbitos se cerraron y las discusiones en espacios públicos pasaron al interior de las casas.

A su vez, durante los años de la represión, iba a surgir un movimiento de mujeres no específicamente feminista, pero en el cual ellas tendrían un importante protagonismo. Nos estamos refiriendo al movimiento de derechos humanos cuya agrupación emblemática fueron las “Madres de Plaza de Mayo”. Este movimiento que es infaltable en toda historia de las mujeres de la Argentina no será analizado en este trabajo ya que si bien fue un movimiento genuinamente femenino no se inscribió dentro de las discusiones y los debates feministas del momento. No obstante el clima de represión imperante podemos encontrar durante la dictadura algunas organizaciones que resistieron.

Algo más

Retomando la idea de revolución con que comencé este artículo, quiero decir que las prácticas y propuestas de los movimientos feministas y de mujeres que, a simple vista durante fines de los años 60 y 70 en la Argentina, aparecían como gritos aislados sin un sentido claro, permitieron diez años después modificar los programas y plataformas de todos los partidos políticos.

Como feminista vivo para ver “más” pero soy consciente a esta

altura de los acontecimientos que no estamos solas remando a la deriva sino construyendo un nuevo paradigma junto a otros/ as rebeldes.

Nota

¹ Para una ampliación de este tema ver, en este mismo libro, el trabajo de Alejandra Vasallo "*Las mujeres dicen basta': movilización, política y orígenes del feminismo argentino en los 70*".

Bibliografía

- Archenti, Nélica. *Situación de la mujer en la sociedad argentina: formas de organización en Capital Federal*, Buenos Aires, Fundación Friedrich Naumann, 1987.
- Bellotti, Magui. *El feminismo y el movimiento de Mujeres. Una contribución al debate. Argentina 1984-1989*. Buenos Aires, Centro de Documentación sobre la Mujer, 2002.
- Cano, Inés. "El movimiento feminista argentino en la década de los 70", en *Todo es Historia*, N° 183, Bs. As. 1982.
- Cavera, Leonor. *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990.
- Chejter Silvia, *Travesías*, N° 5, Buenos Aires, Centro de encuentros Cultura y Mujer (CECYM), 1996.
- Chejter Silvia, Laudano Claudia. "Argentina. Género y movimiento sociales", en Carmen Torres (ed.), *Mundos paralelos. Agenda de Género y movimientos sociales en Argentina, Chile y Uruguay*, Santiago de Chile 2002, pag. 11-54.
- D' Antonio Débora, "Mujeres, complicidad y estado terrorista. Estudios críticos sobre Historia reciente. Los 60 y los 70 en la Argentina" en *Cuaderno de Trabajo* N° 33, Centro Cultural de la Cooperación. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Bs. As. 2003, Pag 5-63.
- Gil Lozano, Fernanda, Valeria Pita y María Gabriela Ini, *Historia de las Mujeres en la Argentina, Siglo XX*, Buenos Aires, Taurus, 2000.

- Grammático, Karin, "Mujeres políticas y mujeres feministas en los tempranos setenta: ¿un diálogo (im)posible?", en las *Primeras Jornadas de reflexión, Historia, Género y Política en los 70*, octubre de 2004, IIEGE, Buenos Aires, Argentina.
- Pita, Valeria, "Voces en conflicto, espacios en disputa. Experiencias feministas en la Argentina en los 90", ponencia presentada en 12 Berkshire Conference on the History of Women, University of Connecticut, Usa, junio 2002.
- Vassallo, Alejandra, "A feminist Movement in the 70s? Issues of periodization and Politics in Argentina from a Comparative Perspective.", 12 Berkshire Conference on the History of Women, junio, de 2002.
- Vitale, Luis *La mitad invisible de la historia. El protagonismo social de la mujer latinoamericana*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987.